

CARTELES

ALFREDO GARCÍA, DIRECTOR

VOL. XVII. No. 26
LA HABANA,
AGOSTO 30, 1931

En este número:

MARRUECOS:

La Recaptura de la
Caravana

Cuento por
Warren Hastings Miller



STUDIO
Rembrandt

Esta conocida galería fotográfica desea hacer conocer a sus amigos y clientes, que ha trasladado sus estudios y laboratorios al Paseo de Martí Núm. 35 (antes P. del Prado), donde se ofrece como en su anterior local de Obispo, 100.

Teléfono A-1440.

Para anuncios en las revistas **"SOCIAL"** y **"CARTELES"**, pida informes por el teléfono

U - 8 1 2 1

Dr. JUAN ANTIGA

EMPLEA EN EL TRATAMIENTO DE LAS ENFERMEDADES EXCLUSIVAMENTE EL MÉTODO TERAPÉUTICO HOMEOPÁTICO

No da consultas por teléfono ni visita

HORAS ÚNICAS de Consultas, de 1 a 4 p. m.
Exceptuando SÁBADOS y DOMINGOS

**SÓLO RECIBIRÁ 10 PERSONAS
HONORARIOS DISCRECIONALES**

(Mientras persista la crisis económica en Cuba cada persona abonará lo que pueda, de acuerdo con sus recursos)

SAN MIGUEL, 109, entre Lealtad y Escobar, HABANA

NOTA.—Ruega a sus amigos y a las personas que traten de asuntos particulares no lo visiten a las horas de consultas.

FOTOGRAFÍA PARA TODOS!

BLEZ Estudios

mejores trabajos fotográficos
calidad y precio.

nuevos sistemas establecidos, nos
público una línea de magnífica
99 la media docena en adelante.

Tel. A-5508.

Dime lo que lees, y te diré
quién eres."



Donde haya una mujer,—
donde haya un joven,—
donde haya un niño,—allí
debe de estar "EL HOGAR".

Lleve usted a su casa
"EL HOGAR"

LA REVISTA DE LAS FAMILIAS

Encontrará en cada número:
Preciosas novelas de actualidad
La crónica de la Moda al día y
figurines a colores

Cuentos y poesías selectas
Páginas para los muchachos y
las niñas

"Mutua Ayuda", el arca
del saber, etc, etc.

ENVÍE VEINTE CENTAVOS EN SELLOS Y RECIBIRÁ EL ÚLTIMO EJEMPLAR PUBLICADO

Apartado No. 1431.

Habana

(Fuera de la Isla, dirijase usted a "EL HOGAR" Apartado No. 1814 MÉXICO, D. F.).

**No maldiga su
barba**



La hoja **KIRBY**
la hará
desaparecer



La única
hoja cuyo
filo es tan
agudo que equivale a
anestesia

KIRBY
HOJAS Y MÁQUINAS

DE VENTA EN TODAS LAS

Distribuidores para Cuba:

ALVARADO y PÉREZ "LA CASA"
OBISPO, 52 TELE. A-2298. AP.



CARTELES

DIRECTOR  ALFREDO T. QVÍLEZ

FUNDADO EN 1919.

Se publica en La Habana, Cuba, por el Sindicato de Artes Gráficas de la Habana, S. A.—Oficinas y redacción: Almendares y Bruzón.—Teléfonos: Dirección: U-1651; Redacción: U-5621; Administración: U-2732; Anuncios: U-8121.—Representante en América y Europa: Joshua B. Powers Inc., con oficinas en New York (250 Park Ave.), en Londres (14 Cockspur Street), en Buenos Aires (616 Roque Saenz Peña), en París (22 Rue Royale) y en Berlín (Unter den Linden 39).—Número atrasado 20 cents. (M. N.).—Suscripciones para Cuba y países dentro del Convenio Postal: Un año, \$3.00; Seis Meses, \$2.75. Correo Certificado: Un año, \$9.00; Seis meses, \$4.75. Acogido a la franquicia postal y registrado en las Oficinas de Correos de La Habana como correspondencia de 2ª clase.—No se mantiene correspondencia sobre material no pedido, ni se devuelven originales.—Ciros o cheques a nombre del Sr. Administrador.

Director: ALFREDO T. QVÍLEZ.

Sub-director: E. Roig de Leuchsenring. Jefe de Redacción: A. Alfonso Roselló. Redactor en París: Alejo Carpentier.

SUMARIO

"Matando el Tiempo", por Luis SAENZ	4
"Lea en nuestro próximo número"	7
"La partida de damas", caricatura	8
"Optimismo", fotografía	9
"El Jarrón Chino", por Alejandro YAKOVLEV	10
"Remanso", desnudo artístico	11
"Asesinato", por Frederick HAZLITT BRENNAN	12
"Un crimen descubierto por el sueño de un magistrado", (segunda parte), por J. GALVEZ OTERO	14
"De nuestro archivo"	15
"Quisicosas" (De la sicalipsis y los sicalípticos), por U. NO- QUELOSABE	16
"Cerca de las estrellas", fotos	17
"Pasión azteca", por George CREEL	18
"La abeja y su economía", por José COMALLONGA	20
"Extranjeras", fotos	21
"El Restaurador", por Rafael SABATINI	22
"La muerta", por Pierre DOMINIQUE	24
"Nada que no sea cierto", fotos	25
"Cartas a Helen", notas de cine por Mary M. SPAULDING	26
"Actualidad", fotos	27
"Marruecos: La recaptura de la caravana", por Warren HAS- TINGS MILLER	28
"El combate de Gibara", fotos	30 y 31
"Del momento", fotos	32
"Galería Deportiva N° 2: Retrato de Johnny Weissmüller"	33
"Balompie", fotos	34
"Por la República", fotos	41
"Solidaridad", por Mari Blanca SABAS ALOMA	53
"Tiranía", capricho cubano, por PRATS	55
"Apuntes íntimos de la vida de John L. Sullivan", por Arthur LUMLEY	56

LISTA NEGRA

Para general conocimiento to publicamos en esta lista los nombres de aquellos agentes de las revistas "SOCIAL" y "CARTELES", que por haberse apropiado indebidamente de los fondos recolectados por concepto de venta y suscripciones a ambas publicaciones, han quedado suspendidos por esta administración.

Miguel Zubizarreta
Bernardo Pérez
José García Díaz
Puerta de Golpe. Pinar del Río.

Narciso Sánchez Álvarez
Vereda Nueva, Habana.

Cayetano Violante
Olivares
Tuxpan (Veracruz), México.

José P. Castro
Central "Elia", Camagüey.

Oscar Capín
Mantua, (P. del Río).

José F. Tercero Z.
Granada, Nicaragua.

Hermínio Enríquez
Santiago de Cuba.

Francisco Llera
Camajuaní, Sta. Clara.

Rafael Beltrán
Central "Algodones", (Camagüey).

Calixto E. Cué
Consolación del Sur.
Pinar del Río.

Joaquín Álvarez
Central Senado (Camagüey).

José Veiras Gil
Mata y Central Santa Lutgarda,
(Santa Clara).

Rufino García
Cárdenas.

Zoila Blanco Prieto
Consolación del Sur (P. del Río)

NOTA.—Recomendamos a todos nuestros colegas y lectores que tomen nota de los nombres que aquí aparecen, a fin de proteger sus intereses contra posibles sorpresas.

PIDA

EL ÚLTIMO:

DE

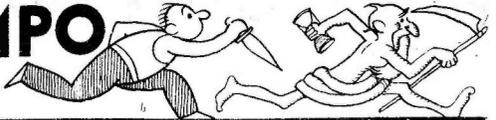
AGOSTO

SOY CAL

40¢

MATANDO EL TIEMPO

SECCION A CARGO DE LUIS SAENZ



SOLUCIONES

NOTA.—Queremos hacer una aclaración a los estimados señores concursantes. Solamente son válidas las soluciones correctas y completas. No nos gustan los términos medios. Ahora bien, pondremos a la disposición de los señores solucionistas toda nuestra benevolencia y consideración en la interpretación de alguna solución dudosa, dado el caso que existiera.

Por ejemplo: El pasatiempo Nº 2 de la primera página, la charada gráfica, tiene como solución "COMENTA", puesto que son dos las personas que comen; y no "COMETA", con "come" en singular, como han remitido una cantidad apreciable de concursantes. En este pasatiempo no ha habido duda de ninguna clase, sino falta de observación.

Solución a los pasatiempos de la página sexta:

64.—¿Cómo la identificaste?:
FUE SEÑALADA CON UNA CRUZ

65.—Problema de Ajedrez:
1.—C4A.

66.—Problema de Damas:
1.—DEL 26 AL 22.

67.—Charada Gráfica:
ACORDEON

68.—Frase corriente:
TOMAR CARTAS EN EL ASUNTO

69.—Dicho muy común:
IR DE CUPA CAIDA

70.—¿Dónde está Pepe?:
EN LA QUINTA DE DEPENDIENTES

71.—Refrán:
QUIEN DA PAN A PERRO AJENO,
QUIERDE EL PAN Y PIERDE EL PERRO

72.—Eso es lo que tú eres:
UN FRACASADO

73.—No se puede saber:
LA NOTA CIFRADA ES SECRETA

74.—A alguno le debe haber sucedido:
DEJAR PLANTADA A LA NOVIA

Solución al crucigrama de la 6ª:

O	C	A	L		A	M	O	S				
I	B	O	N	R	O	L		I	D	I	S	
A	B	C	E	L	A	N	O	C	A			
A	A	O	N	I	C	E	M		R			
R	E	O		D	A	V	I	S		E	S	A
O	L	E		A	C	I	N	O		T	A	O
E	R	A		I	N	O		A	R	O		
R	E	A	L	A	M	O		A	V	O		
O	N		A	L	I		A	S		A	S	I
L	A	R	B	E	F	A	T	O	N			
O	S		C	O	N	O		P	A	R	E	
F	M	O	R	T	E	R	E	T	E			
F	I	E	L	O								

75.—Gráfico:
COMETE UNA FALTA

76.—Frase hecha:
GUARDAR LAS FORMAS

77.—¿Y cuál fué la causa?:
UN DISGUSTO CON SU CARA MITAD

78.—Dicho corriente:
TIRAR DE LA OREJA A JORGE

79.—¿Dónde está esa muchacha?:
NOTO LA FALTA DE SOL A MI LADO

Solución a los pasatiempos de la séptima página:

80.—Me gusta mucho:
EL CRISANTEMO ROJO

81.—Frase corriente:
JUGAR UNA MALA PARTIDA

82.—Dicho corriente:
LO HA PARTIDO POR EL EJE

83.—Uhhh...:
CASPITA, LA PITONISA SE ENCARIÑO CON ESE

84.—Facilito:
CONVALECIENTES

85.—Problema de Ajedrez:
1.—D3T.

86.—No te ensañes así con él:
TOTAL ES UN CERO A LA IZQUIERDA

87.—¿Cómo se llena este aparato?
POR LAS ASAS ASPIRAS LAS SALSAS

Equivocadamente publicamos el diagrama del crucigrama de la séptima página entre las soluciones de la quinta. Damos ahora el de la 5ª en substitución del de la 7ª.

Solución al crucigrama

T	A	S		S	O	D	O	M	I	T	A	
E	T	E	R		S	O	L	E	R	A	S	
M	O	D	A	S		S	O	S		R	E	
E	L		T	E	N		R		P		U	S
R		N	O	T	A	S		D	O	G	O	
C	E	N	A	D	O	R		D	A	R		
P	A	R		S	A	L	O	N	E	S		
Y	E	L	O		R	O	T	A	R		C	
T	O	N		C		N	O	S		G	E	
A	M		S	E	T		R	A	M	A	L	
C	E	C	I	N	A	S		S	U	M	A	
A	L	C	E	N	A	S		S	O	R		

88.—Charada gráfica:
ALDEA

89.—Fué soberano:
FEDERICO EL GRANDE

90.—¿Nunca usted lo ha hecho?:
DEJAR A UNO CON UN PALMO DE NARICES

91.—Casi inevitable:
EN LAS PARTIDAS HAY LLANTOS

92.—Problema de Damas:
DEL 14 AL 18.

93.—¿Cómo fué eso?:
LA VISTA QUEDO EN SUSPENSO

Solución a los pasatiempos de la página octava:

94.—Problema de Ajedrez:
1.—T7T.

95.—Gráfico:
REMOJA A GRANEL

96.—Como mucha gente:
NICASIO VIVE AL DIA

97.—Problema de Damas:
DEL 18 AL 23.

98.—Frase corriente:
CAMBIAR DE ESTADO

99.—Charada:
TOMATE

100.—Frase histórica:
LA PAZ REINA EN VARSOVIA

Solución a los pasatiempos de la página novena:

101.—Salto de caballo:
EN LA VIDA NO BASTA HACER LAS COSAS; HAY ADEMAS QUE SABER HACERLAS.

Solución al crucigrama de la 8ª:

A	M	A	N		B	A	B		R	U	S	A	
S	I	V	E		E	R	O	S		N	O	N	
I	C	A	R	O		A	F	A	N		L	O	
B	A	D	I	L	A		E	S	O	S		N	
S	A	T	A	B	E		A	T	O	L			
I	N		A	D	A	V	A		A	T	A		
A	A	R		O	M	I	T	O		O	T	O	
V	O	E		A	D	I	V	E		A	R		
A	Y	A	X		O	C	O	T	E		A		
S	U		A	T	I	S		A	S	I	L	E	N
S	U		O	L	O	R		A	T	E	J	E	
A	N		A		O	R	E	N		E	N	E	S
R	E	S	O	N	A	D	O		S	O	S	A	

102.—De Góngora:
CON DADOS HACEN CONDADOS

103.—Problema de Ajedrez:
Blancas: Negras
1.—C7D 1.—R3R
2.—C8A 2.—R3A o 4D
3.—C7T o A7C ---

(a)
1.—..... 1.—R5R
2.—C5A --- 2.—R6A
3.—A4C ---

(b)
1.—..... 1.—Mueve.
2.—D5R --- etc....

104.—No comprendo ese cambio:
LA DIFERENCIA ES NOTABLE

105.—Dicho común:
COMO TRES Y DOS SON CINCO

106.—Problema de Damas:

Blancas: Negras:
1.—Del 11 al 8 1.—Del 19 al 16
2.—Del 8 al 12 2.—Del 16 al 11
3.—Del 12 al 16 3.—Del 11 al 7
4.—Del 16 al 11 4.—Del 7 al 2
5.—Del 11 al 15 5.—Del 7 al 7
6.—Del 14 al 18 6.—Del 2 al 11
y ganan, porque si
7.—Del 15 al 8 7.—Del 22 al 15
8.—Del 8 al 12 8.—Del 15 al 11
y ganan (a)

7.—Del 18 al 25 7.—Del 11 al 18
8.—Del 25 al 30 8.—Del 18 al 22
y ganan.

Y como la posición es simétrica lo mismo les sucedería a las negras de mover ellas primero.

107.—Por eso se murió:
LO VI COMIENDO VIDRIO MOLIDO

108.—Charada:
ADIVINA

109.—Frase común:
MONTAR EN COLERA

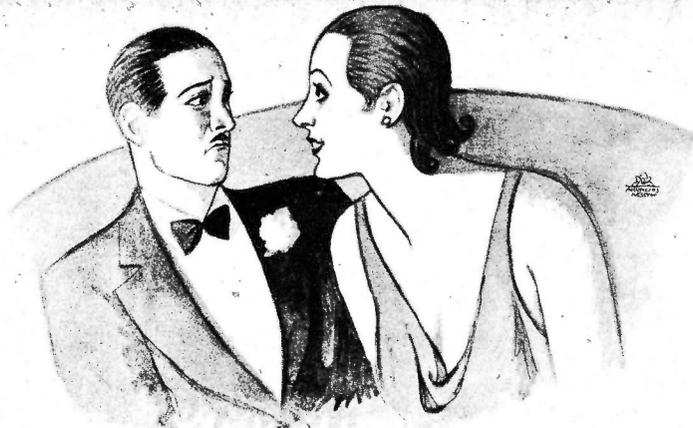
110.—Chistes
ENTRE AUTORES
¿Cómo te resultó tu último estreno?

Estrené una comedia titulada "Los Doce Pares"...
¿Y la aceptación?
El público dijo nones.

111.—El casino, la playa...
SON PUNTOS DE RECREO

Solución al crucigrama de la 9ª:

E	N		P	R	E	L	A	D	O		D	I
E	L	I	A	S		M	A	S	C	O		
A	L	A	S	A	B	O	R	A	S	E		
G	I	R	A		L	I		A	M	E	N	
R	A	N		A	L	I		P	Z	A		
A	I	D	A		I	S	E	O		M		
M	E	L	A	N	O	S		P	R	E	M	O
O		R	A		A		M	A	S		R	
N	O		O		T	O		U	A			
T	R	A	S		I			O	R	A		
E	F	E		C	A	O	B	A		O	L	A
E	S	T	A	N		O		D	I	B	L	O
Y	O		O	L	I	B	A	N			R	E



El monstruo del mal aliento y la

ENTERODEXTRIN

La fetidez del aliento, cuando no es producida por caries dentarias o amigdalitis, proviene, en el 95% de los casos, de **gérmenes de putrefacción** alojados en el colon.

Su ponzoñoso y repelente virus entra en contacto con la sangre y, al invadir los pulmones, vicia el aliento haciéndolo poco menos que insoportable.

La víctima de este mal casi nunca lo nota dándose cuenta tan sólo de que su proximidad es discretamente evitada por sus amigos.

Usted puede cambiar su flora intestinal, purificar su aliento, corregir el estreñimiento y prolongar su juventud casi indefinidamente,

con el nuevo alimento

ENTERODEXTRIN

a base de Lactosa, Dextrina, Amilo-Diastasa y Vitaminas

La **ENTERODEXTRIN**, no es una medicina, es un poderoso alimento de extraordinaria fuerza nutritiva y de efecto absolutamente comprobado para cultivar en el colon los bacilos bífidus y acidófilos que destruyen los gérmenes de la putrefacción. 100 gramos equivalen a 400 calorías.

La fórmula de Enterodextrina es recomendada por todos los grandes médicos y especialistas de belleza del mundo.

PEDIDOS A TODAS LAS DROGUERÍAS Y ESTABLECIMIENTOS DE VÍVERES FINOS

Se considerarán proposiciones de Agencias en el extranjero.

DIETETIC FOOD Co.

Emil Hachez

EDIFICIO ALFREDO 302 — O'REILLY Y MERCADERES — LA HABANA, CUBA

LEA EN NUESTRO PRÓXIMO NÚMERO.

"DEUDA DE HONOR".

Este maravilloso cuento de William R. DAVIS es, posiblemente, la más brillante página producida por escritor alguno sobre el tema inagotablemente fascinador de la guerra. Pero no un cuento donde se expliquen episodios bélicos o se enumeren heroísmos míticos, sino un vigoroso relato, lleno de patetismo y de interés violento, sobre las verídicas hazañas de los diablos de la aviación, y en particular de dos hermanos gemelos incomparablemente abnegados y valerosos...

"EL REGRESO DE UN SOLDADO ROJO".

Un nuevo atisbo de la Rusia soviét, pero no a través de sus pangeristas políticos, sino de uno de sus intelectuales más representativos que describe en este bello cuento las características peculiares de aquel ambiente exótico. Gleb Alekseyev, con una prosa pictórica, llena de color y de relieve, completa un cuadro perfecto de la Rusia de hoy, en el que se demuestra que aún en la tierra del Soviet los hombres son más morales que las mujeres...

"NADANDO ENTRE TIBURONES".

He aquí un emocionante relato en que se pone de relieve el valor y la audacia de dos campeones de natación. De dos bellas y jóvenes atletas que, desafiando la muerte, se lanzan a la conquista de un preciado galardón sin temer a la fiera voracidad de los tiburones que infestan la bahía de Sidney, en Australia, donde se lleva a cabo esta peligrosa aventura. En torno de tan impresionante hazaña, Richard

COOPER, el leído periodista norteamericano, nos cuenta, a la vez, la vida, costumbres, fuerza y utilidad comercial de los escualos, los monstruos marinos de afilados colmillos.

"LA HEROINA DE UNA REVOLUCION".

Los archivos secretos de Viena añaden un nuevo y dramático capítulo a la vida de Theroigne de MERICOURT, que fué símbolo de la Francia Rebelde y acabó prisionera del Emperador Leopoldo de Alemania. Este bello trabajo que une a la emoción evocativa el interés anecdótico, y que armoniza la fantasía con la realidad, tiene, aparte de su valor histórico, un alto valor intelectual, por ser labor conjunta de Clair PRICE y de Otto ERNST, plumas bien destacadas en la literatura universal de este género.

ADEMAS DE ES...

El próximo número de CARTELES contiene el capítulo décimo tercero de "El Restaurador", la bella novela de Rafael Sabatini, en que se narran las aventuras apasionantes de "Scaramouche", el héroe que encarnó en la pantalla la figura gallarda de Ramón Novarro. Mary M. SPAULDING, desde Cinelandia, nos envía su habitual "Carta a Helen" con los secretos de las estrellas del screen, y J. GALVEZ OTERO, José COMALLONGA, Alejo CARPENTIER y Jess LOSADA firman sus secciones de siempre sobre espiritualismo, temas agrícolas y económicos, la actualidad parisiense y deportes nacionales y extranjeros. Finalmente, una información gráfica que apresa todos los hechos de interés acaecidos dentro y fuera de Cuba.

no caut
revista deportiva internacional

10c

en este número:
LA HISTORIA DE JACK DEMPSEY
el idolo de puglandia

septiembre 1931
habana, cuba.

de **septiembre**

10c

con la historia del **Ciclón del LAGO SALADO!**

LA PARTIDA DE DAMAS



C.D. RUSSELL

CARTELES



CARTELES

DIRECTOR ALFREDO T. QVÍLEZ
VOL. XVII. LA HABANA, AGOSTO 30. 1931 No. 26



"Optimismo", es el título de este estudio en bronce, que se exhibe en Londres, con la firma del escultor E. Whitney Smith. La señorita, sí, la señorita Sarah DOVER, que sirvió de modelo para esta obra, contempla, complacida, la reproducción de sus facciones cuya expresión es un canto al optimismo.

"Una optimista de antaño; el mundo necesita muchas como esta". Así reza el comentario del servicio fotográfico de la "International News Photos", que recogió esta noticia.

Y nosotros acotamos dicho comentario: el mundo de hoy no puede inspirar optimismo sincero. Ni lo necesita, ni lo permite. El optimismo de esta era es tan artificial como las entrañas de hierro y acero que mueven esta civilización en crisis.

El artista tuvo necesidad de recurrir a una apacible doncella del mundo de ayer, para lograr una semblanza de optimismo. Conste, una semblanza nada más; acaso el optimismo que refleja el rostro de Miss Dover sea un disfraz que esconda una tragedia de mujer.

¡Y retamos a Mr. Whitney-Smith a encontrar siquiera la semblanza de optimismo en unas facciones modernas!

(Foto "International News").

El Jarrón Chino

ALEJANDRO YAKOVLEV

DOS aldeas y siete caseríos se establecieron en las tierras del Conde Orlov. No es para juego! Cuarenta mil decantinas: ¡toda una Palestina! Se podía cabalgar el día entero por la carretera de Shikhan y preguntar por la mañana y preguntar por la tarde: "¿De quién son esas tierras?" Y la respuesta era siempre la misma: "Del Conde".

Cuando llegó el borrascoso otoño del reparto, y en las cuatro esquinas del país estallaron horribidas conflagraciones, aquellas dos aldeas y los siete caseríos casi se declaran la guerra.

Los shikhanitas clamaban: —¡El Conde es nuestro! ¡Somos nosotros quienes debemos saquearlo!

Los klyushitas gritaban: —¡El Conde es nuestro! Desde tiempos inmemoriales venimos doblando el lomo o bajo su látigo; ahora nos toca a nosotros despojarlo.

Los caseríos no pretendían menos.

Por todas partes, en aquellos días había rifles y revólvers traídos del frente. Los aldeanos porfiaban y porfiaban sin cesar, y por último comenzaron a amenazarse con las armas de fuego.

Por fortuna, en la aldea de Klyushy había un hombre justo, prudente y lleno de inteligencia natural.

—¿Por qué vamos a pelear y a matarnos?—dijo.—Dividámoslo todo en paz.

—¿Cómo que en paz?
—Sí, según los que comen. De nosotros, todos los que comen han traído a bajada para el Conde. De acuerdo con esto, dividiémos los bienes.

¿Y por qué no? Los convenció a todos; se convino dividir al Conde según los que comían, es decir, de manera fraternal.

Contaron el número de habitantes de las dos aldeas y los siete caseríos, y decidieron repartir de acuerdo con el número de *kurmyshes*. (*Kurmysh* es un término del Volga, que denota la parte de la aldea que es centro de alguna institución comunal; un pasto, por ejemplo). Había veintidós *kurmyshes*, y todo fue dividido en veintidós pilas iguales.

Sillas y divanes en veintidós pilas.

Platos y ovejas en veintidós pilas.

Máquinas y potros en veintidós pilas.

Hasta quitaron los cristales de las ventanas y los dividieron en veintidós pilas. Simeón Edivykin, el vidriero de Klyushy, cortó todos los vidrios con su diamante para guardar la más exacta equidad fraternal.

Hasta los techos de hierro de la casa y de los edificios adyacentes fueron quitados en planchas y las planchas divididas equitativamente en veintidós pilas.

Y la casa se quedó sin techo y sin ventanas; tan blanca como la

calavera de un caballo en las estepas, junto a la carretera, sobre la verde yerba, las negras cavidades de los ojos mirando al pasajero con dócil reproche. Los mujiks y sus mujeres desfilaron por la casa, huronando en busca de cosas, escurdiñando a ver si quedaba algo más que llevarse y dividir en veintidós pilas.

Al cabo nada quedó que reparar. Si algo lo que había en la última habitación, que todos llamaban la "gadería": muchos cuadros, pendientes de la pared; y en el centro de la pieza un jarrón chino, tan grande como un tonel pequeño, colocado en un pedestal de caoba; y en una esquina una estatua blanca de un hombre, y en otra una estatua blanca de mujer. Estas dos completamente desnudas; y a nadie se le había ocurrido taparlas. Al principio, cuando la gente se derramó por la casa del amo, las mujeres tenían entrar en aquella enorme "gadería".

Los dos primeros días ni una sola mujer o chica se atrevió a entrar. Sólo los mujiks y los mozos entraban y salían riéndose.

Después hasta las mismas mu-

jeres perdieron el miedo. Al principio se cubrían avergonzadas, con los chales, pero al fin se acostumbraron a las estatuas. Acá y acullá se arrastraban, husmeando, procurando descubrir algo más que dividir. ¿Los cuadros? Repartieron los pequeños, pero pequeños había muy pocos; la mayoría eran grandes. Algunos cubrían lienzos enteros de pared; no ya en la cabana de un mujik, ni siquiera hubieran podido apilarlos en el patio de un mujik. Por eso se quedaron donde estaban: los cuadros en la pared, el jarrón en medio de la pieza y en dos esquinas las estatuas masculina y femenina, las dos completamente desnudas.

Y las ventanas tenían un aspecto de desolación, sin cristales, y el viento de octubre silbaba al colarse por ellas.

El hombre justo y sabio, Stepan Mikhalych mientras duró el reparto no abandonó la casa solariega del amo. Cada vez que le traía la comida, su hijo Mikoiko solía decirle:

—Papa, el abuelo Ilya te necesita.

—¿Para qué me quiere?

—Yo no sé, pero no hace más que decirme: "¡Llama a Stepashka!"

—Bueno, que espere. Ahora no tengo tiempo.

Hasta el séptimo día no pudo regresar a su casa Stepan Mikhalych, y apenas había tenido tiempo de desmenzarse los caballos, cuando su mujer, Dunya, salió al portal y le dijo:

—Stepan, corre a ver al abuelo. Quiere decirte una cosa. No ha dormido, aguardándote.

Stepan Mikhalych entró en la casa para ver al abuelo, que vivía en un cobertizo cerca de la cocina. En camisa de hasta tela blanca y pantalones, estaba sentado en el poyo de la ventana, enteco y arrugado.

—¿Qué se te ofrece, abuelo?—le gritó al oído Stepan Mikhalych.

El abuelo volvió la cabeza y una débil luz brilló en sus ojos mortecinos. Se frotó un pie desnudo contra el amo, y dijo:

—El jarrón, el jarrón; quiero ver el jarrón.

—¿Qué jarrón?—preguntó sorprendido Stepan Mikhalych.

—El jarrón que está en la casa del Conde. Quiero verlo. ¿Dónde está?

—El jarrón está allá en la "gadería". ¿Qué quieres con él?—preguntó Stepan Mikhalych.

Y el abuelo, moviendo las manos se puso a rezongar:

—El Zar se lo dió... a nuestro Conde. Lo trajeron de Petersburgo en una troika, envuelto en pieles. Me acuerdo. En trineos. Durante tres días los mujiks bebleron vino, para celebrar el acontecimiento. ¡Quisiera verlo otra vez!

Stepan Mikhalych se echó a reír.

—Está bien, viejo. Mañana iremos, y te lo enseñaré.

En Chikhan, y en la carretera, la gente se rió mucho al saberse a dónde llevaba Stepan Mikhalych al abuelo Ilya. En la casa solariega, donde se había congregado una multitud de las dos aldeas y los siete caseríos, el carro de Stepan Mikhalych fue cubierto con una enorme guinalda. Con chistes y frases jocosas acogieron al abuelo Ilya.

—¡Echa! Tiene ciento cinco años y mireno cómo está. Viene a que le den su parte del botín.

—Es viejo, pero astuto, y no quiere que se le escape lo que le pertenece.

—El jarrón, el jarrón es lo que se le antoja.

—Como que recuerda los días de la servidumbre, yo creo que se merece el primer puesto.

El abuelo Ilya se apeó con dificultad del carro y, arrastrando los pies se encaminó al pórtico frontero de la casa del amo. La bulluciosa turba se coló detrás de él. Casi lo llevaban en vilo.

—Ha vivido ciento cinco años y jamás ha estado en este lugar. ¡Entra! ¡Ahora todo es nuestro!

Condujeron al abuelo a la "gadería", junto al jarrón.

—¡Ahí lo tienes, miralo.

(Continúa en la Pág. 48.)



—¿Dónde está el jarrón del Conde?—gritaba el abuelo Ilya.



menzara a trabajar cuanto antes. Este era un crimen que no podía pasar al archivo de los "casos sin resolver". Tampoco sería trabajo para un hombre solo... no, era una dura tarea. Necesitaría la ayuda del bueno de Bobby Frisch. De Frisch y de los confidentes, porque el jefe tenía la mejor organizada cadena de confidentes de todo el Oeste Central.

Miró hacia la puerta de escape. En aquel momento sonó el timbre de su teléfono.

—Sí, ¿qué pasa?
—Llaman del Distrito Central, jefe. El capitán Dignan quiere hablar con usted personalmente. Dice que es importante.

—¿Dignan? ¿Qué quiere ese atracador? ¿Comuniqúenos... Si, habla Bracey... ¿De verdad? ¿Seguro?

—El jefe escuchó la monótona entonación de la voz de Dignan: —Sí, jefe. He detenido al hombre que mató a Karnes. Es un peligroso pistolero. Lo cogí corriendo al salir del hotel. Tenía un revólver en el bolsillo, que trató de tirar, pero le sorprendimos antes de que pudiera hacerlo.

—¿Quién es?
—Un muchacho de apellido Kineaid. Trabaja con la gente de Karnes. Tengo cuatro testigos que le han oído amenazar de muerte a Karnes.

El jefe gruñó: —Tráigalo, quiero hablar con él.

—Pero... —la voz vaciló.—creo que sería preferible mantenerle incomunicado esta noche.

—¿Por qué?
—Es que, todavía no ha querido confesar. Además si lo llevamos a la jefatura los reporters verán que usted habla con él y...

—Tráigale.

—Muy bien, pero creo que debo recibir una orden del juzgado...

—Lo ordeno yo, Dignan. Si no está aquí dentro de diez minutos iré yo mismo a buscarle.

Colgó el receptor. Conque inco-

municado, ¿eh? Dignan siempre estaba usando palabrejas. Bastaría con darle cinco horas de tiempo a esos agentes del distrito de Dignan para que entregaran a un prisionero en condiciones de que no pudiera hablar en un mes. El jefe había tenido ocasión de probar por sí mismo, en otros tiempos, las ventajas de apalear a los detenidos para hacerles hablar. Pero los años habían ido ablandándole, haciéndole comprender que la "goma" y los tirones de pelo no producían ningún resultado ventajoso. Tan pronto como la víctima de esos "interrogatorios" nombraba un abogado, este exigía fotografías de todas las cicatrices y gotas de sudor. Cuando se presentaba el acusado al tribunal, el abogado comenzaba a protestar de esas violencias; y los jurados siempre suelen tener mala opinión del policía. Los agentes ya están bastante mal mirados por el público sin necesidad de demostraciones de crueldad. El jefe volvió a pensar en la noticia dada por Dignan.

—Un muchacho de apellido Kineaid. De modo que ese era el hombre que mató a Rudy Karnes? ¿Entonces la partida de la Avenida no había intervenido? El jefe experimentó una plena sensación de alivio. Si ese Kineaid era verdaderamente culpable el caso no resultaría tan difícil. Pero, ¿lo sería en realidad? Dignan y sus hombres habían prestado el servicio de su detención. Parecía aquello demasiado bueno para resultar verdad. El capitán Dignan no era hombre que efectuara detenciones importantes con frecuencia. Estaba considerado como el mayor de los bandidos de cuantos prestaban servicio en la policía.

Utilizando el teléfono, el jefe habló con el sargento Mulroy.

—Comuniqúeme con el teniente Frisch.

—Sí, mi capitán. Oiga, en este momento iba a llamarle. Hay

aquí una joven que quiere hablarle. Dice que se trata del asesinado de Karnes.

—Dícale que espere. Estov demasiado ocupado para recibirla. Durante la siguiente media hora estuvo ocupadísimo efectivamente.

Casi inmediatamente llamó por teléfono el jefe de información del "Morning Standard". Era un viejo amigo del jefe.

—Oye, Pete. El Distrito Central acaba de hacer una detención en el caso Karnes: Dignan no quiere hablar. ¿qué hay de eso?

—Hablaré con los muchachos del salón de reporters tan pronto tenga algo definitivo, Al.

—Conmúevete, Pete. Tenemos una edición que sale a las ocho, y no hay nada todavía de este asunto.

—Tan pronto como tenga algo efectivo, Al.

—Oiga... espere un momento. Acabamos de recibir una nota del coronel. Nos dice que la policía investigará este caso hasta el fondo. No puedo leerla ahora completo, se trata de indicaciones de esas del juzgado. Tienes algo que agregar, Pete?

—No entiendo de periodismo. Además, él se encarga de dar todas las informaciones por cuenta del departamento. Tú lo sabes bien.

El jefe colgó su receptor y el periodista rio alegremente. Todo el mundo tenía que reírse del coronel Josiah T. Toomis, jefe de la policía. Era cuñado de Tim Donahue, cacique del partido democrático en el distrito. El coronel procedía de la sección de tráfico, y hacía una figura tolerable en la jefatura porque siempre estaba dispuesto a hablar a los "boy scouts" y otros clubs, facilitaba escoltas policíacas para los entierros de importancia, y hacía declaraciones sobre el respec-

(Continúa en la Pág. 436.)

cielo y tierra. Rudy Karubia sido asesinado. Karnes, un jugador. Los reporters an corrido a su despacho te el salón de prensa tanto obtuvieron el primer in-e. El jefe podía oírlos discon el sargento Mulroy en neciamara. Qué sensación era esa información al público los reporters habían mal- bastante tinta de im- hablando de Rudy Karubia. Muerto, la informaría un más sensacional. efe sintió un escalofrío. No mente de sentimiento por muerte de Karnes, sino por había llegado al momento do y probablemente antes de edia noche habría perdido pleo. Diez días antes, cuando enteró de que Rudy Karubia estaba disgustado con la parde la Avenida y no querían er las paces, el jefe les había ndado una advertencia.— Díle a esos asesinos—indio, no pueden seguir matando mente en esta ciudad, y sta advertencia se refiere a Karnes! Después había he-llamar a Rudy para reco-ardarle que se tomara unas ociones. Rudy, el elevante an, se limitó a reír. Había 'ado al Gobierno contra la 'a de la Avenida, y esperase molestado la opinión de Rudy, era la opinión de Rudy habían venido a compli- otros estropeándole la co-

ro el jefe obraba lealmente acer esa advertencia. Última- e habían ocurrido demasiadas muertes violentas en la ciudad. Los periódicos criticaban amente al departamento de a y muy especialmente al de Detectives. Un diario adaloso, "El Clarín" había do a acusar al departamen- de policía de estar maleado, inuando que todos estaban so- nados, empezando por el jefe etectives Peter Bracey. Esto ía acabado de despertar su humor. En cuanto a departa- ento, preciso era confesar que ciertos sectores estaba ma- do. Pero el jefe era un hom- e honrado.

Sí, había llegado la ocasión de mostrarlo. Ahora no consenti- que se hicieran arreglos. Los asinos de Rudy Karnes cumpli- en el castigo que les correspon- era.

El jefe arregló su viejo som- ero de fieltro, que jamás se itaba de la cabeza más que pa- entrar en la iglesia o en su ca- , y tocó la pistola que llevaba la funda. Más valía que co-



Un Crimen Descubierto por el Sueño de un Magistrado

por el Sueño de un Magistrado
POR JULIO GÁLVEZ OTERO

RESUMEN DE LO PUBLICADO

El Magistrado francés M. Berard, a causa del excesivo trabajo que pesaba sobre él, siente su sistema desequilibrado y le aconsejan los médicos completo reposo. Lo busca, yéndose a una tranquila población del sur de Francia, donde a poco recupera la salud por medio de ejercicios apropiados al aire libre y excursiones que le devuelven la calma. En una de ellas se pierde entre los bosques, y tras largos trabajos y fatigas logra salir nuevamente a buen camino, llegando a una posada donde solicita a hospedarle. Los dueños de ella le causan mala impresión desde el primer instante. Recibe una sensación inexplicable al enfrentarse a ellos. Cuando lo dejan solo examina la habitación que se le ha dado, y bajo unos cortinajes de burda cretona descubre una puerta falsa que conduce a otra habitación. Como medida de precaución, pone contra esa puerta todos los muebles de la habitación. Se acuesta, y despierta sobresaltado a poco, creyendo haber visto una luz brillando por entre el ojo de la llave de la cerradura. Le asaltan temores ligeros. Vuelve a dormirse. Y en este segundo sueño es que tiene "la visión" sensorial que, más tarde, había de servir para el descubrimiento del horrendo crimen que se explica en esta segunda y última parte.

II.

(FINALIZA).

En esta segunda vez que me quedé dormido, realmente contemplé, y un espectáculo, del cual desperté sobresaltado y lleno de terror. En la visión tenida en el sueño, me encontraba todavía en la misma habitación; pero en la cama estaba acostada una persona que no pude ver bien si era yo mismo o era otra persona; en resumidas cuentas: no podía precisar su exacta identificación. La puerta oculta tras las polvorientas cretonas se abrió de pronto. En el dintel apareció el posadero con un gran cuchillo en la mano. Justamente detrás de él, en el umbral de la habitación, estaba su mujer, desgreñada y con su vestidura de harapos, sujetando una débil lámpara entre sus huesudos dedos.

El posadero, caminando con pre-caución y procurando que sus pasos no hicieran el menor ruido, avanzó hasta la cama, poniéndose al lado de la persona que estaba durmiendo en ella. Separó el cubre-cama con cuidado. Y cuando quedó al descubierto el cuerpo del que en ella estaba acostado, con un ligero movimiento de la mano, hundió el largo cuchillo en el lado izquierdo del sujeto; como si procurara atravesarle el corazón. Tres veces realizó la misma operación haciendo penetrar el cuchillo en el cuerpo del que allí dormía y otras tantas lo hizo completamente ensangrentado. La sangre comenzó a brotar de las grandes heridas abiertas, manchando las ropas de la cama.

Por algunos momentos se quedó al lado del moribundo, que no había exhalado sino un solo gemido. Después, diciéndole algo, que no pude percibir, a su mujer, tomó el cuerpo del muerto por las rodillas mientras ella lo sostenía por el tronco y comenzaron a descender por la estrecha escalera. Al contemplar esta escena, pude ver un detalle curioso: En el descenso por la escalera, el villano hospederero sostenía entre los dientes la argolla de la lámpara que le iba alumbrando el camino.

La visión terminó por mi término con la desaparición de un criminal pareja llevándose el cuer-

po del pobre asesinado. Me desperté, como he dicho anteriormente, temblando de terror y sudando frío. Los rayos del sol de agosto penetraban en mi habitación por las maltrechas ventanillas y me figuré que esta circunstancia era la causa de que hubiese estado soñando en tales cosas y visto tan repetidamente el brillo de una luz a través de la cerradura.

Me vestí rápidamente; descendí hasta el salón principal de la hospedería, con gran precaución; más para solo encontrar en él, tranquilos y astutos, a la extraña pareja de hospederos, esperando-me. Pagué, sin más explicaciones, lo que me quisieron cobrar por los servicios que me habían prestado, renunciando a quedarme a tomar el desayuno que me habían preparado y salí de aquella posada como



Lo que "vio" el Magistrado Berard en su sueño.

si realmente me hubiera apartado de un sitio infernal.

Ya en el camino que me habría de conducir nuevamente a la población, sintiéndome libre de posibles peligros y de encuentros sinistros, respiré a todo pulmón el aire confortador que batía los robustos robles a la orilla del camino y aunque éste era muy polvoriento y quemaba el sol con toda su fuerza mis espaldas, el canto de los pájaros, el susurro del viento y los cambiantes de luz en que me veía envuelto, me pareció algo divino comparado con la atmósfera mefítica de la posada en que había pernoctado.

Esta es la historia del sueño de M. Berard, que no tiene en sí, ciertamente, nada de particular. Lo que lo tiene, y de gran importancia, es la causa de la enorme sensación que éste relato causó más tarde y que había de mover la prensa de dos continentes, es lo que vino después de tenido este sueño o visión. Pero dejemos describir los acontecimientos al propio Magistrado. Nadie mejor que él puede dar la sensación directa de los actos en que se vió envuelto nuevamente.

No pensé más en el sueño tenido la noche que pasé en la posada, ya que, pocos días después, recuperé mis fuerzas y me restablecí por completo del desequilibrio nervioso que me llevó hasta el placentero balneario. 'Había sido todo una simple, desagradable pesadilla, pensé!

"Pero tres años más tarde, leí, un mañana, en un periódico, que los vecinos de la población de Sigean, se hallan grandemente intrigados y excitados por la misteriosa forma en que ha desaparecido el abogado M. Victor Arnaud, que salió a una excursión de algunas horas sin que haya regresado al hotel ni encontrado rastro alguno de su persona, no obstante las pesquisas efectuadas. Se han agotado todos los medios para hallar al desaparecido y ni las más atrevidas conjeturas dieron resultado.

"Me interesó la historia de la desaparición de M. Arnaud, joven abogado que prometía un brillante porvenir. Tenía solamente veinte y ocho años y pertenecía a una de las mejores familias de nuestra sociedad. Había tenido oportunidad de encontrarme con él, en distintas reuniones sociales, predisponiéndome en su favor por la camaradería de que daba muestras constantemente y por sus dichos agudos y correctos que alegraban cualquier reunión donde se encontrásemos. Tenía una rara habilidad para responder seguidamente a cualquier insinuación que se le hiciera en el sentido de "tomarle el pelo"; dando siempre una contestación "dejaba sentado" a quien quería competir con él en lanzar retruécanos que produjeran hilaridad. Era joven intensamente práctico en la vida y disponía de medios de fortuna en abundancia que hacían su desaparición aún más extraña, ya que había de descartar cualquier idea de suicidio. Era también com-

pletamente increíble que él se hubiera visto envuelto en alguna obra que hubiera traído como consecuencia una cuestión en que la muerte le hubiera sorprendido, pues su conducta moral era intachable y no gustaba de esa clase de diversiones.

"Caso extraño—dije para mí—echando a un lado el periódico que relataba la desaparición del joven abogado, cogiendo de nuevo en mis manos el legado de un proceso que estaba estudiando y que habría de verse en breve ante la Corte de la cual era yo Magistrado.

"Algunos días después del anuncio en los periódicos de la desaparición de M. Arnaud, estuve tratando de la cuestión con un amigo mío que lo era también del desaparecido: M. Cote, del Palacio de Justicia. Pero en el transcurso de la conversación, pude comprobar que llegó un instante en que no me daba cuenta de lo que me estaba relatando mi compañero. Mi conciencia subjetiva me había llevado a otras consideraciones y no estaba atento a lo que oía relatar, sin embargo, me era muy especial. Estaba viviendo en mi imaginación, mientras me relataba los hechos de la desaparición de Arnaud, aquellos terribles instantes de pesadilla en la noche que pasé en la hospedería a raíz de mi pérdida por entre los bosques del balneario a donde fui a recuperar mis fuerzas perdidas. Y vino a mi imaginación, con claridad sorprendente, una completa reproducción de la cara repulsiva del hospederero, y la de su mujer, como si estuvieran ellos relacionados con todo lo que mi amigo y compañero estaba relatando.

"En tal estado pude comprender que M. Cote me entregaba un ejemplar de *Le Matin* y me indicaba un artículo llamando hacia él mi atención. Me era muy extraña, semi-inconsciente tomé el periódico en mis manos y a los pocos instantes me hallaba enfrascado en la lectura de la siguiente noticia allí impresa:

"Se han obtenido al fin algunos rastros de M. Victor Arnaud. En la noche del veinte y cuatro de agosto fué visto por un conductor de un carro de mercancías en las cercanías de una solitaria posada que tiene por nombre *A la orden de mis amigos*. Intentó pasar la noche allí, según se ha sabido. El dueño, un hombre que inspiraría serias dudas en cuanto a su conducta y que hasta la fecha ha guardado alrededor de todo esto un silencio absoluto en lo que respecta a dar algún dato que sirva para descubrir el paradero del desaparecido, que parece fué huésped de la posada, ha sido interrogado por las autoridades, sin muchos resultados. Asegura que M. Arnaud comió allí, pero que a los pocos minutos siguió camino con rumbo desconocido para él. Manifiesta que el desaparecido no durmió en la posada.

"No obstante estas manifestaciones del hospederero han comenzado a correr de boca en boca ex-

(Continúa en la Pág. 42.)

DE NUESTRO ARCHIVO



Don Laureano RODRIGUEZ, el ilustre patriota español de inolvidable historia, Secretario de Hacienda durante el gobierno autonomista, y luego de la Céntrica de Comercio Español, y de la Lonja de Viveres. Era padre de la culta escritora señorita Pura Rodríguez Castells y del arquitecto Esteban.
(Óleo de Meler).

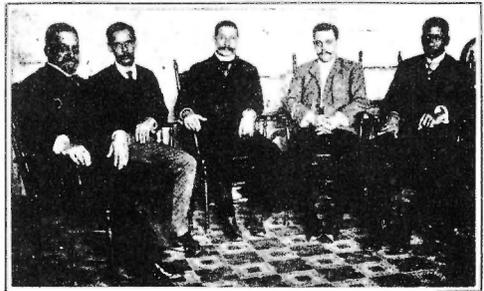
Este niño bonito e inocentito es Fernandito OVIES Y CANTERO, hace 20 años. Hoy es deportista y agresivo vendedor de coches automóviles.
(Foto Martínez).



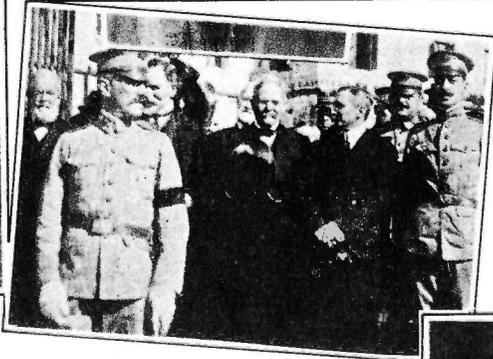
De la Exposición de Carteles de "La Estrella". Esta foto, de 1915 (?), fue tomada la noche de la clausura. Sentados aparecen los dibujantes GARCÍA CABRERA, VALLS y MARIÓNÁ, que ganaron los tres primeros premios. Detrás se reconoce a "SIRIO", cuando empezó a dibujar y a "salir de noche".
(Foto Santa Coloma).



La Junta central de escrutinio, hace 38 años, fue el último organismo electivo que precedió a la República. De izquierda a derecha: Doctor PAMAYO (D.), Doctor ZAYAS (A.), General Dr. MENDEZ CAPOTE, Enrique VILLENUEVAS y Doctor MORUA DELGADO.
(Foto Godknows).



Una vista del viejo Parquetto de Jerez, en la esquina de Progreso y Monserrate (hoy Julio de Cárdenas y Ave. Bélgica), cuando fue así bautizado, y la casa donde vivía el inolvidable P e e Jerez Varona. Hoy se levanta allí el edificio que fue de Harris Bros.
(Foto Gómez de la Carrera).



La representación del Gobierno, en 1918, en el entierro del Brigadier Emilio Audlos. Se reconocen claramente a los doctores LA GUARDIA, MONTORO Y CANCIO, General NÚÑEZ, y a los Coronels VA LIENTE, REVIA, AMIEL y MARTI.
(Foto Villas).



Juanito MOSEN en primer y única visita especial, cuando vino a Cuba por primera vez con W. H. B. de 30 años, inventando su Sistema de "Crisis de Hartmann".
(Foto Godknows).



QUISICOSAS por U. NOQUELO SABA DE LA SICALIPSIS y SICALÍPTICO

¿Se acuerdan los lectores de aquella palabra que estuvo de moda hace quince o veinte años: *Sicalipsis*? ¿Verdad que suena a cosa vieja y desaparecida?

Pues... la sicalipsis, lo sicalíptico, constituyeron verdaderas sensaciones en esos tiempos no tan lejanos de los actuales.

No es muy fácil definir el verdadero alcance y la exacta significación de la palabra sicalipsis.

Tratemos de dar su concepto aproximado.

Sicalipsis era la inmoralidad aparentemente disimulada con un barniz entre picaresco y artístico. Si le faltaba ese barniz, lo sicalíptico se convertía en pornográfico.

Sin embargo, contra la sicalipsis tronaron los moralistas, se escribió largo y tendido, renegaron las abuelas y se regocijaron los abuelos, y para los adolescentes constituía el cebo de lo prohibido y lo anatematizado.

El teatro fué el campo de acción principal de la sicalipsis, y llegó a crearse un "género teatral sicalíptico". Obras y variedades desfilaban por los escenarios haciendo las delicias de los amantes de emociones fuertes y los devotos de lo picaresco. Obras sicalípticas fueron *La gaitita blanca*, *Enseñanza libre*, *La Corte de Faraón* y *La carne flaca*.

¿En qué consistía la sicalipsis de esas obras? Los lectores recordarán: en frases de doble sentido, ya en las diálogos, ya en los cantos, en los bailes como el *can-can* y el *cake-walk*; en brazos desnudos, pero sin dejar ver nunca el sobaco, oculto cuidadosamente o por una corta manga, o por un pedazo de tela sujeto hacia arriba por unas cintitas; en la melena, la inmoral melena de las artistas; en mostrar el tobillo, pero cubierto por el maillot; y—ya esto era el sumun de lo sicalíptico—en mostrar rápidamente la liga...

Pero, exclamarán hoy mis lectores de veinte años, ¿eso era inmoral, eso era sicalíptico, eso era picaresco? Si más bien podría calificarse de inocente y aburrido.

Pues, sí, queridos muchachones de veinte años, para los que entonces habíamos cumplido ya los veinte años, y para los hombres serios y viejos respetables, esas obras, esos bailes, esos diálogos, esos cantos, esos brazos, semidesnudos, esos tobillos con maillot, y esas ligas, nos parecían audacias extraordinarias, delirantes bacanales, espantosas corrupciones, y nos hacían comentar: ¡hasta donde se ha llegado ya en lo inmoral del teatro! Casi, casi lo juzgábamos como teatro para hombres solos. Y los teatros para hombres solos ante la terrible competencia del género sicalíptico tuvieron que agudizar su repertorio.

Recordamos, en La Habana, que nacieron en aquella época *El Molino Rojo* y otros teatros, disseminados por ciertos barrios de la ciudad, que merecieron el calificativo "de relajó". Las exhibiciones de películas pornográficas, hicieron su agosto. La Chelito arrebatada, primero en lo sicalíptico y después en lo otro, con su famosísimo cuplé de "la puiga".

Seguramente, los lectores testigos de aquellas "orgías" sicalípticas, sonreirán al compararias mentalmente con las "naturalidades" de hoy.

La más sicalíptica de todas las actrices y bailarinas de hace veinte años, no se hubiera atrevido a presentarse en escena como visten hoy en la calle, en las fiestas o en la casa, las más honestas señoras y las más virtuosas señoritas.

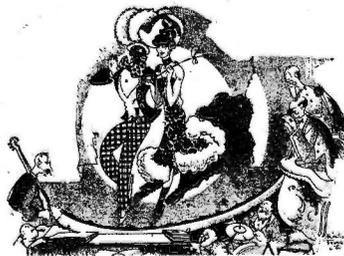
El desnudo femenino que cada día invade alguna parte nueva del cuerpo de la mujer, y es hoy aceptado en los más estrictos círculos sociales, hubiera producido motines con heridos y muertos, si hace veinte años alguna artista con descaro inaudito y desvergüenza incalificable pudiera haberlo exhibido en las tablas.

Melena, saya corta, sobacos al aire, aligeramiento de la ropa, desaparición del corset... jamás pudimos soñar los que teníamos veinte años, hace otros veinte, que nuestros ojos pudieran contemplar—[en la escena!—esas inmorales desnudeces, y mucho menos que se vieran—[en calles y paseos!—como costumbre femenina natural, corriente y honesta.

Y no se diga nada de los actuales trajes de baños usados en todas las playas, de todos los países, y de los baños de sol, y del desnudismo.

Lo moral y lo inmoral han sufrido transformaciones tan profundas que ya casi esos términos han cambiado de valor y significación, al extremo de que ya hoy está pasando a ser inmoral, lo que hace veinte años era moral, y vice versa.

Así lo ha observado con su agudo espíritu



Las "atracciones" de otras épocas.

de observación el admirable Julio Camba. En su libro *Sobre Casi todo*, al tratar de definir qué es la pornografía, presenta un ejemplo para hacer resaltar las dificultades que presenta tal definición.

"Antes, dice, si una muchacha exhibía sus pantorrillas en público, todo el mundo le atribuía al hacerlo una intención pornográfica, pero actualmente, ¿qué chica no lleva las faldas cortas? Esto hace que uno contemple ya sin mayor emoción las extremidades inferiores de sus más deliciosas contemporáneas. A veces, sin embargo, cuando, sentada en su diván, una de estas admirables criaturas advierte nuestra presencia, va y le da un tironcito a la falda, y este ademán sencillo que a primera vista parece un ademán de pudor, lo echa todo a perder en un instante. ¿Por qué se tirará vuestra vecina de la falda, sabiendo como sabe su escasa elasticidad? Si nuestra vecina cree que la exhibición de sus piernas constituye un espectáculo inmoral, ¿por qué usa una falda corta? Y si en la falda corta le parece que no hay nada pecaminoso, ¿por qué simula ahora el anhelo de convertir la suya en una falda larga? Indudablemente nuestra amiga es un encantador personaje de Freud que obra obedeciendo a estímulos subconscientes. Al tirarse de la falda nos ha recordado que sus piernas son codiciables, haciendo así que las codiciemos acto continuo. Y he aquí como la pornografía, que, realizada por una mujer, podía consistir antes en el acto de enseñar las piernas, consiste más bien ahora en el acto de ocultarlas".

Exacto. Y es éste el ardor de que, consciente o inconscientemente, suelen echar mano ya muchas mujeres. Y el efecto que producen en los hombres es contundente. Dias pasados había en una esquina varias mujeres esperando la guagua. Al pasar nosotros oímos exclamar a un hombre que junto a nosotros caminaba con un amigo:—¡Qué estúpida está esa mujer! (Él dijo otra frase más propiamente expresiva)—¿Cuál? le preguntó el amigo.—Esa... la de las trenzas. Miramos nosotros y era la más fea del grupo, pero llevaba lo que las otras no tenían: dos largas trenzas, echadas hacia adelante, casi hasta la cintura. En eso consistía su atracción, su inmoralidad. ¡Ya la melena es demasiado moral!

Como en *La Isla de los Pingüinos*, dentro de poco, si el desnudismo sigue progresando a pasos tan agigantados como hasta ahora, lo que va a producir motines en calles y plazas es el espectáculo inmoral de una mujer vestida, como se desnudaban hace veinte años las actrices y bailarinas del género sicalíptico".



MURIEL MORTON, una señorita de sociedad en West Orange, que acusó recientemente al rico hombre de negocios Richard Hainsway de ser el padre de su hijo, causando con su denuncia sensación en esta ciudad, acaba de sorprender a todos inesperadamente anunciando que había dejado su anterior, casándose con el chico que se ve en esta foto, no a su lado el Clyde HARRIS Jr., y que pasó por alto el año 17 a tiempo. Los dos ya han recibido ofertas para actuar en Hollywood.



Cerca de las Estrellas



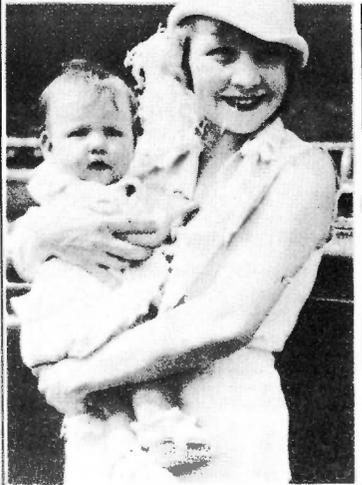
RITA ROYCE, esposa divorciada de Josef Van Scriber, el conocido director cinematográfico, que ha puesto una demanda a Mariene Dietrich, la sensación alemana del "screen", reclamándole una indemnización de 600 mil dólares por haberla suplantado en el camino de la fama hace cuatro años.



REBECCA HAMLIN, una muchacha de sentido común, de la más exclusiva sociedad de Boston, fue proclamada en el colegio de Mount Holyoke como la última más perfecta, y en el año ocupó un contrato con la casa Tiffany para filmar una película. Sus familiares se han opuesto al caso si prometido el rico petrolero Donald Thurn Farley, pero la cosa ha pasado un día recibiendo 30,000 dólares de indemnización.



ANITA PAGE, una de las más encantadoras y encantadas artistas del cine mudo, haciendo la última piel de leopardo que le fue otorgada a Hollywood por el Duque de York, hermano del Príncipe de Gales, que se la ofrece recientemente, cuando el caso que ambos hicieron a través de los horizontes del Duque más que recuperado en una reciente carrera por la Italia, y cumplió su palabra.

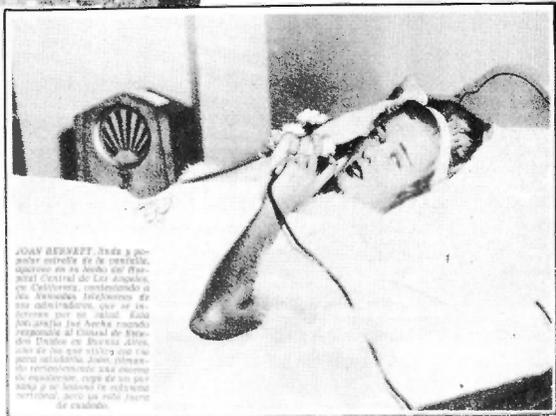


DOROTHY BURNS, es la novia de Vic Hanson, el famoso coach del team de foot-ball de la Universidad de Syracuse, que es uno de los más perfectos atletas de los Estados Unidos. Sólo que la muchacha se ha negado a casarse hasta tanto Hanson no libre a sus machuchos al triunfo en el próximo campeonato a nivel de foot-ball.

(Fotos International News Service)



ETHEL DENCER, hermana de Ethel y con tres veces campeón de tenis, se casó con Roger a New York, en un "revelación" "Party" de los famosos de Nueva York, cuando la esposa de John Astor anunció que se casaba con el campeón de tenis. El caso se anunció en un momento de su reciente victoria en un torneo de tenis, cuando Astor se casó con ella, después de una demanda.



JOAN BENNETT, una de las más bellas y poderosas estrellas de la pantalla, aparece en su show del "Theatrical Circuit" de Los Angeles, en California, con el apoyo de sus admiradores, que se le ofrecen por su show. Ella ha anunciado que ha estado programada al Musical de Broadway "The Great Gatsby", pero que ella se retiró por un tiempo del teatro. Joan Bennett ha anunciado que se casará con el actor John Barrymore, pero que ella se casó con él.

CORRÍA el año de 1865. El Capitán Ricardo Falconer, sentado solo en el café del Hotel Iturbide, maldecía del momento en que criticó las temerarias empresas que sus compañeros emprendieron después de la guerra a la que puso fin Appomattox, ya que el peso que arrojó sobre la mesa era el último que tenía. Con la ciudad hueca de amigos, el único recurso que parecía quedarle era el de buscar una esposa mejicana, pero, ¿cómo iba a encontrarla antes de que llegase la hora de comer? Hasta una india requiere cierto tiempo de galanteos.

—Os ruego que me perdoneis. ¿Puedo haceros compañía?— Alguien, de voz suave y agradable, acababa de interrumpir sus melancólicas meditaciones.

—Encantado.— Respondiendo automáticamente, Falconer levantó la vista para ver a un joven de su propia edad. Por su acento parecía denotar un origen polaco, por su porte un caballero, y, claramente, por su continente un militar.

—Senti necesidad de tomar un vaso de vino,—prosiguió el extranjero, acercando una silla.—pero no me gustaba la idea de beberlo solo. Permittedme presentarme por mí mismo. Soy el Conde Casimiro Zaluski.

—Mi nombre es Falconer,—respondió el sureño, levantándose para devolver el saludo.—Ricardo Falconer. Tened la bondad de sentaros.

—Es honor que vos me haceis. Y ahora, ¿me permitis pedirle al

camarero una botella del mejor champaña? ¿O habrá que pedirlo del menos dañino?

—Me adhiero a la enmienda,—dijo, sonriente, Falconer, al tiempo de llamar un mozo.

—Por supuesto, vos sois confederado.—Los agudos ojos de Zaluski notaron los andrajosos pantalones grises.—Os oí hablando el español antes de venir a la mesa. Lo habiais como un nativo.

—Soj tejano,—explicó Falconer. Nacido y criado en la frontera.

—Ese es uno de los pocos lenguajes que no poseo,—declaró Zaluski. Después de un largo rato, como tomando una súbita decisión, inclinose confidencialmente por encima de la mesa. Seré franco; tengo un proyecto en embrión que tiene trazas de convertirse en una fortuna. Para su desarrollo, se necesita un hombre valeroso que hable español. Mi repentina revelación al primero que encontré puede pareceros rara, pero yo soy hombre de decisiones rápidas y, más aún, me precio de conocer a las personas. Si mi proposición os conviene, sé que tendré un verdadero compañero; y si por el contrario, el asunto no os interesa, tened la seguridad de que podre confiar en vuestro silencio.

—Desde luego,—aseguró Falconer,—eso es, a menos que...

—No, no se trata de asesinar al Emperador,—dijo el polaco, sonriente, acabando con su vacilación.—En una palabra, tengo conocimiento bastante exacto del lugar en que existe escondido un tesoro tan enorme que nos enriquecería de la noche a la mañana.

PASIÓN

POR GEORGE

—¡Vaya con Dios!—El joven tejano no hizo nada para ocultar su desilusión.—Más tesoros enterrados...

—No se trata ahora de ningún cuento, si es esto lo que habeis creído,—dijo en son de protesta Zaluski.—Hablo de una cámara secreta, en un templo antiguo, donde varias generaciones de sacerdotes han almacenado oro y joyas en previsión de algún día de necesidad. Barras de oro apiladas en montículos más altos que la cabeza de un hombre, y oro labrado en mil formas caprichosas. Piezas propias para los museos con un valor incalculable cada una de ellas. Y, por fin, ídolos de oro macizo, abarrotados de collares de perlas, con zafiros por ojos, y en el ombligo una esmeralda tan grande como una nuez.

—Parece todo ello un tanto inverosímil—dijo Falconer, dudoso—pero, por otra parte, no puedo creerlos hombre entregado a la aventura problemática. Creo que

me uniré a la empresa y emprendemos los dos la jornada.

—Hay peligro en esta aventura, capitán Falconer. Quizá encontraremos la muerte. No sería justo que no os pudiese sobre aviso. Estuve un año con Job Stuart y don Jo Shelby.—La respuesta fué acompañada de cierto gesto arrogante.—Creo que conoceréis esos nombres.

—¿Quién no los conoce? El polaco inclinó la cabeza. Tenéis razón en sentirnos orgullosos de vuestros jefes y tengo la seguridad de que ellos tuvieron igual orgullo en su capitán. Asunto concluido Y ahora, decidme, ¿estais familiarizado con la Conquista?

—Solamente en lo más importante.

—Entonces, escuchad. Cuando Juan de Zumarraga llegó a México como su primer arzobispo, quemó todas las escrituras aztecas sobre las que pudo poner mano. Era un buen hombre, pero fanático. En esa forma, alimentó hogueras de uno a otro extremo de la costa, y es el caso que hoy quedan muy pocos datos de aquella época. Esos han sido recopilados en el Museo Nacional que Maximiliano trata de construir. El anciano que está a su cargo tiene tal práctica en su lectura que llegado el momento descifra los viejos pergaminoides como si se tratase de cualquier otro escrito contemporáneo. Entre los manuscritos,—y ahora su voz convulsa en un susurro,—hay el informe de un sacerdote de Zacatula, evidentemente a su superior en Cholula, aclarando el lugar preciso en que se encuentran el oro y las joyas en el templo de Quetzalcoatl.

—¿Zacatula?—Falconer movió dudoso la cabeza.—No conozco el nombre.

—Ahora es Guerrero,—aclaró Zaluski.—En el Río Balsas.

—Pero, ¿cómo supisteis todo esto?

—Salvé la vida del anciano, y éste me otorgó el inestimable privilegio de conocer a su hija. Como ya somos amigos, debo confesar que desde el primer momento en que la vi me enamoré de ella, y por algún milagro de Dios fui también favorecido por la muchacha. Pero, desgraciadamente, nada podía ofrecerla más que mi corazón y mi espada, y ella, por su parte, estaba desprovista de bienes de fortuna. Entonces fué cuando su padre, conociendo de nuestra desesperación, reveló el secreto del pergamino. Es una persona rara, más antigua que moderna, y había determinado que nunca revelaría el lugar donde estaba aquel tesoro sagrado para que no fuese profanado por la ambición de los blancos. Y basta por ahora. Esta noche comereis conmigo, y más tarde os llevaré a presencia del señor Olaguibel para que oigais la historia. de sus propios labios.

Aquella noche, sentados en un pequeño patio aromatizado por



ALTECA CREE!

las flores y bañado por la luz de la luna, el tejano escuchó el relato que Zaluski había prometido. El anciano parecía un gnomo, de piel color caoba y abundante pelo blanco. Sin embargo a la vista de su hija, la señorita Isabel, Falconer comprendió al instante que el polaco no estaba infatuado, ya que su belleza era impresionable. Envuelto en un sarape indio, el señor Olaguibel habló con extensión y amor de aquellos sombríos pueblos que construyeron grandes templos y brillantes palacios, desde el llano mexicano hasta el distante Yucatán. Refirióse familiarmente a los mayas, toltecas, tezcucas, tarascanos, aztecas; sólo por la gentil insistencia de Zaluski abordó el tema deseado por los dos amigos.

—El pergamino, mi padre,—dijo Zaluski.—El señor Falconer está ansioso por oír hablar del tesoro.

—Siempre tesoro.—gruñó el anciano, con profunda amargura en el tono.—Nada más tiene valor para vosotros. En fin, Isabel os dará una traducción del inventario, que vosotros mismos podréis leer. Es demasiado largo para que yo lo refiera. Será un hallazgo que ha de asombrar al mundo entero.

—Pero, ¿cómo sabéis vos que todavía está allá?—interrumpió Falconer.—Si mal no recuerdo, Cortés y sus conquistadores limpiaron el país entero desde Chihuahua hasta Chiapas.

—Sin embargo, Zacatula quedó intacta,—respondió el anciano.—El Conquistador Anónimo informó que Cortés mandó oficiales para que la provincia fuese dominada y sus templos saqueados, pero que éstos no lograron sus propósitos.

—¿Y cómo podremos encontrarlo?—demandó el tejano.—Han pasado cerca de cuatrocientos años.

—Yo tengo las direcciones,—intervino Zaluski. Son bastante exactas.

Hasta bien entrada la noche estuvieron escuchando al viejo español, quien refería las desaparecidas glorias de antaño. A su regreso a Turbide, Zaluski le dijo al tejano:

—Preguntasteis cómo podríamos dar con el tesoro. Pues bien; el templo, de acuerdo con las investigaciones del señor Olaguibel, fué famoso en sus tiempos, y tenemos pruebas de que aun existe. Un botánico, al regresar de Guerrero, ahora hace un año, le contó al anciano la visita que hizo a dicho templo y remarcó su espléndido estado de conservación.

—¿Y pensáis que vayamos los dos solos?—preguntó Falconer.—¿No sería mejor reunir quince o veinte individuos de confianza? Puedo ir a Córdoba y conseguir fácilmente ese contingente.

—Si tiene que haber pelca,—observó Zaluski,—necesitaríamos, por lo menos, un millar de hombres. No, debemos confiar mejor en la estrategia que en la fuerza

Una mañana temprano, después de una noche de despedidas, Falconer y Zaluski salieron de la ciudad en caballos facilitados por un capitán de caballería francesa. El camino era agradable, amplio y sombreado, bordeando la altura coronada de cipreses de Chapultapeque.

Por espacio de tres días estuvieron cruzando bosques y más bosques, unas veces corriendo libremente y otras luchando contra gigantescos arbustos que les cerraban el paso. A la mañana del cuarto día, después de dar muchísimas vueltas alrededor del pico descrito por Chatelet, se encontraron, como por arte de magia, frente al templo de Quetzacoatl. Coronaba un montículo artificial en un valle escondido, con grandes pilares relucientes soportando un techo de duro maderamen, y paredes de grandes bloques de piedra mantenidos en línea por su propio peso y perfecto ajuste.

—¿Un milagro!—murmuró el

polaco.—Está tal cual debí ser quinientos años atrás.

—¿Pórfido!—exclamó Falconer en igual tono agitado.—Dura toda una eternidad donde no haya escarcha. Pero, ¿dónde demonios conseguirían el pórfido? Y, ¿cómo levantarían esos pilares?

Desmontando de un salto, sin ocuparse de sus cabalgaduras, ambos corrieron hacia la amplia escalinata de piedra, pero antes de que hubiesen acabado la ascensión emergió del templo una figura vestida con túnica blanca. Silente y amenazadora, permaneció inmóvil entre las dos columnas centrales. Un rayo de luz solar, danzando entre el denso follaje, daba de lleno en sus cara, y ambos pudieron observar que se trataba de un anciano, un hombre increíblemente viejo. Por un momento, los dos intrusos quedaron sin saber qué decir. Al fin, Falconer, secundado por Zaluski, balbuceó unas palabras en español.

Sacudiendo la cabeza, el anciano volvióse hacia la puerta, y una muchacha, saliendo de las sombras, acercóse a su lado. Era de sangre india, hija de una raza a la que había sido enseñado a odiar, y sin embargo, el tejano, mirando absorto, sintió un escalofrío ante su exótica belleza, como si una mano invisible hubiese torcido las fibras de su corazón. Una exclamación de Zaluski rompió el hechizo que le dominaba, y volviéndose vio que unos treinta o cuarenta indios estaban agrupados por debajo de ellos, en actitud amenazadora. Hombres pequeños, pero bien he-

chos, de aspecto bárbaro, envueltos en sus pieles de leopardo, y todos portando formidables lanzas. La muchacha, con gesto altivo, detuvo el murmullo que empezaba a levantarse.

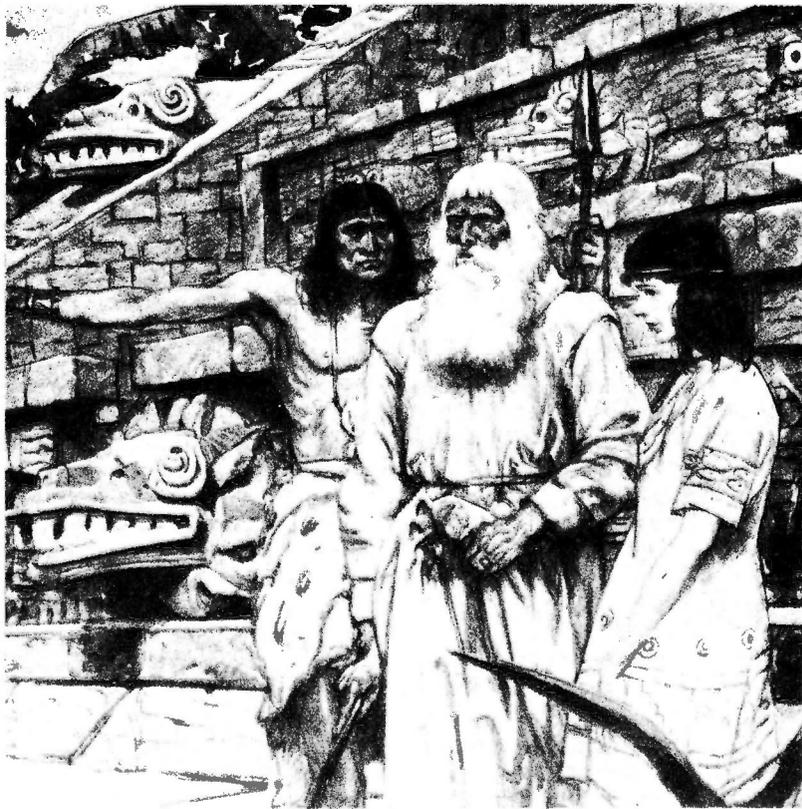
—Mi padre solamente habla su lengua nativa,—dijo la muchacha, en un español suave y líquido.—¿Quiénes sois vosotros?

—Botánicos,—respondió Falconer.—Buscadores de flores. Un antiguo compañero nuestro, el señor Chatelet, estuvo por estos alrededores tiempo atrás y nos dijo que se había alojado en una villa de estos contornos. Esperamos que podremos tener igual suerte.

—Sí.—La muchacha, volviéndose después de sostener un coloquio con su abuelo, inclinóse gravemente. Recordamos con placer al señor Chatelet. Fué un buen hombre y sus amigos serán siempre bienvenidos.

Un joven guerrero, más alto que los demás, separóse del grupo al llegar a este punto y, subiendo precipitado las escaleras, protestó furiosamente. Sus salvajes gritos guturales y miradas cólericas no dejaban duda de que nada estaba más lejos de su mente que la hospitalidad, pero el anciano, teniéndolo bruscamente, hizo un cortés ademán a los aventureros, y lentamente les acompañó loma arriba hacia la parte posterior del templo. A unos doscientos pies de altura, en un pueñco claro, estaba la nequeña villa, con sus casas de bloques de piedra y techos de caoba, y, deteniéndose ante una de las mayores, el venerable

(Continúa en la Pág. 47).



La Abeja y su Economía

POR JOSÉ COMALLONGA

PODEMOS hablar de la abeja como un factor de nuestra economía agraria nacional?

Yo considero la producción de miel de abeja un factor bastante apreciable.

Veamos: Nuestra exportación de miel de abeja pasa de \$600,000 anuales, siendo los principales exportadores Cienfuegos, La Habana, Manzanillo y Santiago de Cuba.

En cambio exportamos poca cera: no pasa de \$100,000; pero esto es explicable, porque en esa industria apícola, la miel es el producto valioso y de buen crédito.

Alemania y Holanda le compran a Cuba toda la miel de abeja que se les manusea. La desean, pero también desean que se la envíen limpia, en buenas condiciones y no envasada con el abandono con que nuestros comerciantes la envían, con basuras, abejas muertas, etc. etc. Alemania ha tratado de ser un buen mercado para la miel de Cuba, y ha realizado investigaciones sobre nuestra capacidad productora.

También los Estados Unidos nos compran alguna. Y esto se explica: la miel de abeja cubana es un producto selectísimo, cuando sobre todo viene de flores como el agualnido, que ofrece una miel blanca, aromosa y muy grata al paladar.

Pocos países como Cuba tienen el privilegio de producir una miel como la nuestra. Esto se aprecia más si alguien ha tenido necesidad de comprar en algunos países de Europa miel de abeja, si quiera sea para preparar unas simples gárgaras. Cuesta cierto trabajo creer que lo que se nos vende es el producto de esa dulce cosecha.

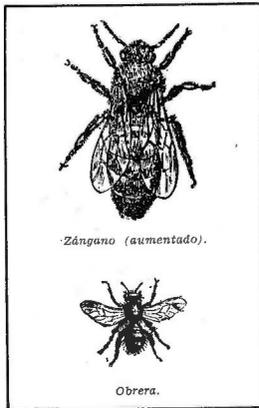
Nuestra flora es eterna; nuestras flores siempre son aromosas.

Hace quince o veinte años, en Cuba había más de 4,000 colmenares. ¡Pero qué colmenares! Corchos de árboles ahuecados, con la miel extraída rudimentariamente, sin asco—como ya he dicho,—sin ciencia, ni arte, ni nada.

Hoy los colmenares del tipo moderno se van extendiendo; la caja sustituye al rústico corcho; la centrifuga suple para extraer la miel del panel, a la manipulación im-

perfecta que antes se hacía. El rendimiento es asombrosamente mayor. Un viejo corcho—según se dice—rendía de dos a tres galones de miel; hoy, una colonia mide entre ocho y diez galones, y aún hay quien asegura mayor rendimiento.

Pero hoy el hombre guía a la abeja en su trabajo; le hace producir más miel y menos cera, y antes la colonia abejera, metida en su covacha de madera, trabajaba como podía, y como le daba la gana.



Zángano (aumentado).

Obrera.

Exportamos, según he dicho, sobre \$600,000 en miel de abeja, y nadie puede dudar que podríamos exportar, con mercado asegurado, hasta seis millones de pesos si en realidad en Cuba se hiciese verdadera vida agrícola. Capacidad productora tenemos para esa exportación, pero en realidad deberíamos exportar dos o tres millones de pesos. Si en lugar del campesino pesimista y retrasado que tenemos, fuésemos un campesino moderno, nuestra producción en miel sería otra, porque la ventaja que para mí tiene un colmenar es que, con muy contadas excepciones de explotaciones, en todas las demás el campesino puede perfectamente atender el cultivo a que se dedique y a un colmenar de cien cajas, más o menos. Un colmenar apenas ocupa lugar.

La apicultura es industria extensiva en el sentido de su explotación industrial; no puede ser intensiva. No puede haber un colmenar con mil cajas; no producirían. De manera que en millares de sitios de labor, puede haber un colmenar moderno que ofrezca mil o mil quinientos galones de buena miel en una cosecha. Es una explotación auxiliar que no estorba las demás actividades de un predio.

Probablemente si Cuba se hubiese preocupado de la enseñanza de estas cosas en las escuelas rurales, todos los campesinos que hoy cuentan de 25 a 30 años se hubieran formado en ese conoci-

miento tan elemental, y actualmente tendríamos quizás muchos miles de colmenares modernos, para que esas abejas ofreciesen "a cualquiera mano—como dice Don Quijote,—sin interés alguno la feliz cosecha de su dulcísimo trabajo".

La abeja es trabajadora y sólo pide a los que la explotan que la dejen trabajar sin ruidos ni estorbos. Es un animal que despierta el sentido de la observación. La abeja es el ejemplo que el hombre ha de tener más vivo, del poder de la asociación, de la disciplina y de la cooperación. Si fuésemos capaces los hombres de ser y de producir como las abejas, no existirían en el mundo problemas sociales, porque hasta los zánganos, los vagos, los que quieren vivir sin trabajar, desaparecerían como cosas inútiles, del mismo modo que desaparecen de las colonias de abejas. ¡Todo el mundo en común asociación, produciría en lo que su conocimiento y actividad le señalase! Porque en un enjambre, cada abeja tiene su ocupación, y como trabajan todos para todos... no tienen malos pensamientos. ¡No se le ocurre nada; a la reina para hacer reina a otra abeja, ni a la reina se le ocurre tampoco ir más allá de sus estrictos deberes de fecundación y de producción de abejas.

Un enjambre puede tener de 25,000 a 30,000 abejas, y en algunos casos hasta 50,000.

Una abeja obrera vuela de tres a cinco millas alrededor de su colmenar, y en cinco minutos vuela una milla, para buscar el nectar, y el polen de las flores, que es el alimento de las abejas jóvenes. Hay en la colonia abejas destinadas a alimentar las larvas, pero cuando cesan en ese trabajo se ocupan en otras cosas, como producir cera.

Este recorrido máximo de cinco millas nos explica por qué no pueden fundarse colmenares grandes en un solo lugar, porque pronto las 25,000 o las 30,000 abejas acabarían con el nectar de todas las flores de la zona que recorren. Además, no todas las flores producen nectar; es decir, no todas son plantas melíferas.

Una abeja para recoger 460 gramos de miel necesita hacer veinte mil viajes, y para producir una libra de cera necesita elaborar de 8 a 15 libras de miel.

Es un insecto curioso:

Tienen el sentido del tacto muy desarrollado, y es por contacto como efectúan su trabajo.

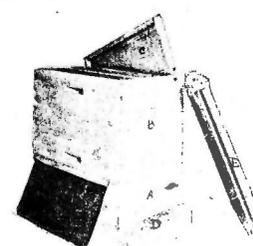
El olfato de las abejas es muy fino, pues les alcanza hasta dos millas, y las abejas, por intuición

o por memoria, saben ir y volver al lugar donde toman el nectar; pero parece que las abejas no son "de oídos sutiles, de tal modo que la costumbre que tienen los guajiro de hacer que un enjambre suelto se pose en un árbol es provocar un gran estruendo con latas y paños, cuyo ruido enorme al percibirlo lo confunden—dicen—con los truenos, y corren a refugiarse en cualquier tronco. Su respiración es fuerte. Sólo las reinas y las obreras tienen aguijón. Para las obreras es arma defensiva.

La reina, con una sola célula queda fecundada y puede poner hasta 5,000 huevecillos, pero lo corriente son 2,000, y es lo singular que a medida que la reina envejece, pone más huevecillos de zánganos. Una reina vive bien, cinco años. Las abejas necesitan siempre chupar alguna sal, y la buscan donde quiera que la haya.

Son tan simétricas sus celdas y son tan delgadas las paredes entre celda y celda, que para obtener un espesor de 2 cms. se necesitarían de 3,000 a 5,000 paredes de esas.

Una colonia consta de una reina, doscientos o trescientos zánganos y sobre 50 mil obreras.



Caja de un colmenar.

De todas las razas de abejas, la italiana es la mejor, porque tiene la propiedad de extraer el néctar de los cálices más profundos.

Cuando la abeja llega a la flor procura separar (abrir) los pétalos, penetra con su cabeza en el cáliz, extiende la trompa y extrae el néctar.

Nosotros tenemos nuestra abeja criolla, que es inútil para la producción pues ofrece muy poca miel y sus panales son muy irregulares y feos. No tienen arte. Las abejas productoras trabajan con orden, y empiezan a hacer generalmente sus panales de arriba a abajo y sólo cuando alto las estorba proceden de otro modo.

Decía yo que Cuba es país privilegiado para la producción de miel de abeja. En efecto, su flora es infinita y siempre hay flores.

En el mes de mayo florece el ácana, que las abejas buscan; el aguacate de febrero a marzo; el anón de marzo a abril; el girasol todo el año; el guamá, de agosto a septiembre; la guayaba, todo el verano; la palma, todo el año, y en fin, siempre hay flores donde libar. El agualnido blanco, la flor selecta para dar la mejor y más aromosa miel, florece de noviem-



Colmenar el aire libre.

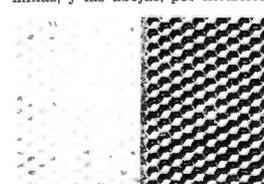
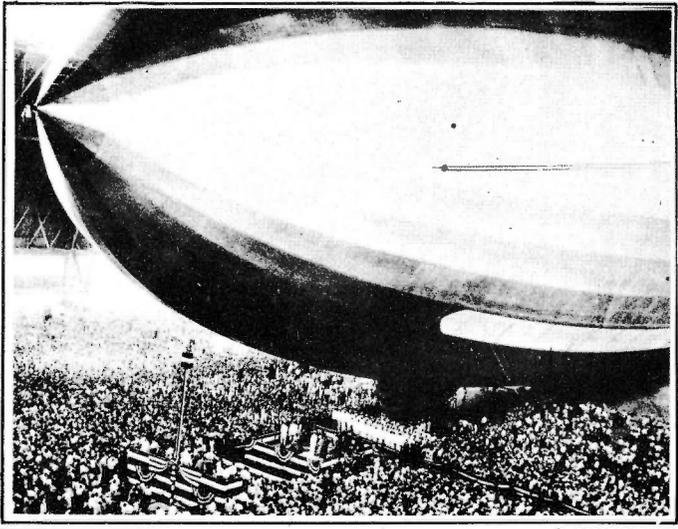


Lámina estanzada



EX- TRAN- JE- RAS

JACK "PATAS" DIAMOND A LA CÁRCEL—Esta hembra maravillosa, que tres veces ha sido atacado por "pantallas rosas" y herida de gravedad en dos de ellas, ha sido sentenciada por la Corte Federal a cuatro años de prisión en la cárcel de Atlanta. En 24 ocasiones anteriores, Diamond había podido sustraerse a la acción de la justicia.



EL DIRIGIBLE MAS GRANDE DEL MUNDO—Vista general del inmenso hacedor donde reposa el dirigible más grande del mundo, el "Akron", que acaba de ser construido por el Gobierno americano y que ha dado "shoutout" al "Gran Zepplin". Esta vista aparece un instante de la ceremonia del lanzamiento en el que la esposa del Presidente Hoover actuó de Madrina.



UN PISTOLERO AL QUE SE PERRIG—FEROCAMENTE—vicente COLL, un pistolero jefe de "operarios" al que baten la policía de los Estados Unidos sin descanso, para que responda de del aborrible crimen perpetrado por su banda el herir de muerte a cinco niños en el barrio de Harlem, de New York, cuando hicieron funcionar una ametralladora.

(Fotos International News Service).



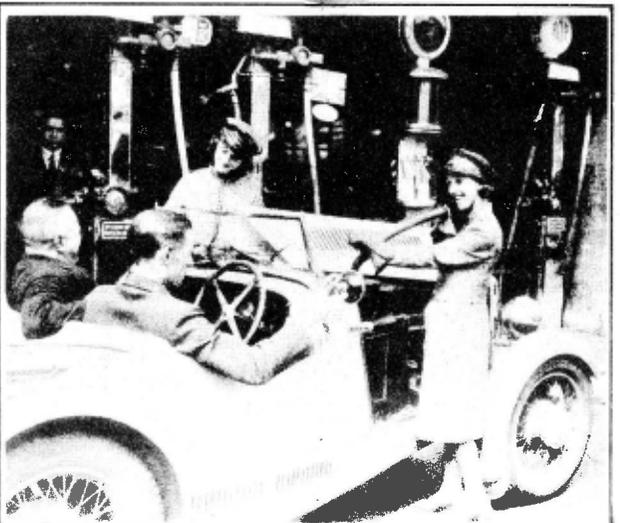
BERNARD SHAW Y LADY ASTOR CON LOS ROJOS—Aquí aparecen que modesta oración—uno de ellos de la intelectualidad inglesa—durante su visita en Moscú a los líderes del movimiento soviético. Sentados de izquierda a derecha, aparecen Karl REBER, periodista de renombre, A. V. B. MATCHARSKY, Comisario del Gobierno soviético, Lady MENCER ASTOR, George Bernard SHAW y el Comarado ARHAROVICH, perteneciente al cuerpo diplomático. En segundo término se identifica a la socialista húngara Lucia SEIFALLINA; a Rola ILLES, otro socialista exiliado; al británico nortor Henry HANCOCK que lleva una tarjeta a favor de la Unión Soviética que Bernard Shaw no usa corbata.



GUILLOTINO A SU AMIGA ACCIDENTALMENTE—Harold FINN que accidentalmente mató a una muchacha en una fiesta íntima cuando, representando un episodio histórico, simulaba darle un beso en la cabeza, desprendiéndose este, impacta en el compo de la cabeza de la señorita Mary TESAN, cuando salían ambos de la corte de justicia en Brooklyn, de cruz que el joven Finn resultó absuelto.



MUCHACHAS QUE EXPENDEN GASOLINA—En Londres los peregrinos y selecciones de servicio han adoptado un personal femenino que con uniformes militares, tienen la función de despegar gasolina a los viajeros. Estas niñas son más atractivas y chulas mejor que las que los hombres.



Nuevas Aventuras de CARAMOUCHE

El Escarador

por Rafael Sabatini

SINOPSIS DE LOS CAPITULOS ANTERIORES

Ante el dilema de ver caer a los suyos o de salvarlos y sacrificar su carrera política, "Scaramouche" opta por lo último, y huye de Francia. Una vez en el destierro, entre los príncipes emigrados que tienen su corte en Coblenza primero y en Hamm más tarde, subita sobre su futura condonación durante algún tiempo, pero al fin se decide a apoyar la causa borbonica en propio beneficio, ya que su padrino le ha dicho que jamás permitirá su boda con Aline de Keradour, mientras se hallen en el extranjero y la restauración no haya sido un hecho. Marcha, en consecuencia, a París, con el barón de Batz e inicia una campaña de descrédito de los políticos franceses, a la que abre breve paréntesis un complot destinado a salvar la vida de María Antonieta, la Reina. Con el fin antes dicho hace que varios representantes a la Convención, entre los que se encuentra François Chabot, político popularrismo, tomen parte en un vasto negocio de especulación sobre las propiedades confiscadas de los nobles y las acciones de la Compañía de Indias. Después se vale de su condición de agente del Comité de Seguridad Pública (pues como tal lo miran los miembros del Gobierno), y denuncia a los que sabe envueltos en sucios manejos. Para descubrir la intriga, se vale de Philippeaux, como los comprometidos, representante a la Convención.

XII

ESTE Philippeaux era un sujeto grande y sólidamente construido, dotado de un vozarrón que, si bien no encantaba a los que tenían el deber de atenderlo, por lo menos hacíase escuchar.

Puede imaginarse fácilmente el efecto que producirían sus palabras cuando se levantó de su asiento la Convención para pronunciar un discurso que comenzaba así:

—¡Hagamos de una vez que la máscara del charlatanismo caiga! ¡Que la virtud resplandezca! ¡Demos que el pueblo conozca cuáles son sus verdaderos amigos...! ¡Para ello debemos comenzar por ser rigurosos con nosotros mismos, representantes de ese pueblo que me escucha desde las tribunas públicas!

Este exordio tuvo la virtud de hacer que muchas cabezas soñolientas se despejaran y que todos se inclinaron hacia adelante pese al hecho de que no resultaba necesario esfuerzo alguno para escuchar al ciudadano Philippeaux, cuyas palabras llegaban íntegras a los más lejanos ámbitos del salón.

Prosiguió después de pasear inquisidora la mirada por todos los escaños y cerciorarse de que confundido entre el público estaba su inspirador, Andrés Luis Moreau:

—Al efecto pido que cada miembro de esta asamblea declare en el plazo de una semana cual era el motivo de su fortuna antes de la Revolución. Si ésta ha acrecido, deberá explicar las causas que motivaron tal acrecimiento. Ya tengo redactado un decreto por el cual se declara traidor a la patria al ciudadano representante que eluda la declaración dicha...

Vientos de pánico pasaron sobre el hemicycle de la Convención. Muchos eran los padres de la patria—y no sólo los que tomaran parte en los negocios de expropiación de los bienes pertenecientes a aristócratas y de la Compañía de Indias—que habían aumentado proficuamente su caudal durante aquellos años de amargura para el pueblo. ¿Qué efecto no ha-

rían en ellos, que se reconocían sin esfuerzo culpables en lo íntimo, las manifestaciones del ciudadano Philippeaux?

Julien, el más encanallado de todos los representantes infieles, quizás consideró desde el primer instante la necesidad de una fuga; Delaunay permaneció estupefacto: tan rudo fue el consejo de Basire, en cambio, tenía valor y sólo experimentó ansias de lucha; Chabot también reaccionó súbitamente, tanto que se vio en la tribuna antes de que su conciencia se diera plena cuenta de que había solicitado la palabra para con batir la moción de Philippeaux.

Como de costumbre denunció: era su costumbre. Por lo demás no se le concebía sino señalando traidores con su índice ganchudo y su voz agria. Dijo que desde hacía tiempo se le había dicho que la próxima campaña de los reaccionarios tendería a anodnar la Convención, poniendo para ello a sus miembros, a título de sospechosos, bajo la vindicta pública. Que un día le tocaría a Danton, más tarde a Billard Varenne y sólo experimentó ansias de lucha; Chabot también reaccionó súbitamente, tanto que se vio en la tribuna antes de que su conciencia se diera plena cuenta de que había solicitado la palabra para con batir la moción de Philippeaux.

—¿Los Girondinos, Chabot? ¿Fueron oídos?—clamó la voz de un descamisado.

La interrupción llenó de pánico al interpelado, tanto que no supo que responder y Basire tuvo que sacar la cara por él contestando al importuno:

—Las circunstancias no son las mismas. Los Girondinos se halla-

ban condenados por la opinión pública. Lo que se pretende ahora, en cambio, es atacar injustamente a los amigos de la libertad. ¡Me uno a Chabot y pido que la proposición sea desechada!

Entonces Julien tomó ánimos y habló a su vez, señalando lo injusto que significaba legislar contra sí mismos, hacer leyes que no serían destinadas a los demás hijos de la patria, sino sólo a ellos. ¿Por qué? ¡Porque alguien había querido colocar a los legisladores bajo sospecha!

La cuestión terminó rápidamente desechando la cámara la moción que Philippeaux apoyara. A fin de cuentas eran muchos los que se estremecían simplemente de pensar que tal demanda hubierap podido adquirir calor y se apresuraron en consecuencia a entrarla.

Solamente cuando se trató de otra cosa y el ambiente del salón, caldeado por otras discusiones, cambió, fué que pudo respirar el ciudadano Chabot. ¡Se hallaba en salvo! ¡Qué mal rato! ¿Qué mosca había picado al vigoroso y hasta entonces ingenuo Philippeaux? ¿Quién sabe? No pensó más en ello creyendo terminado el incidente, sin pensar—¡miserlo!—que el hombre que tendió la trampa aquel día valiéndose de la mano de un su inocuo compañero de labores, se ocuparía en lo futuro de preparar otras más fuertes y de las que por tanto no pudieran evadirse los Chabot, Basire, Julien y compañía.

A la noche siguiente reunieron de nuevo Andrés Luis y Philippeaux en el Club de los Jacobinos y a poco habló el primero para insistir sobre el tema que desdeñara tratar la Convención. Insistió sobre la necesidad de hacer una lista de las fortunas de los representantes del pueblo con el fin de investigar si habían sido fieles en el cumplimiento de sus deberes y honrados en el manejo de los fondos públicos y señaló como sospechosas las intervenciones de Chabot, Julien y Basire en la tribuna del organismo a que pertenecían, el día antes.

Estallaron los ánimos y Chabot, que se hallaba presente, sintió que las rodillas le flaqueaban bajo sus lujosos calzones de terciopelo. Confiado en la popularidad de que siempre había gozado no calló, sin embargo, sino que, como en sus mejores días, ganó la pequeña tribuna del Club para comenzar sus cien veces repetidas amenazas y denuncias a Coburgo y Pitt. Pero, ay, la vieja canción ya no hacía efecto a sus oyentes! Además, dióse cuenta de súbito que había perdido el valor. Hasta entonces, triunfara siempre porque hablaba con la verdad, su verdad, por norma; ya no era honrado y experimentaba en el fondo una extraña debilidad que le hacía saborear la derrota por adelantado.

Risas estallaron en su torno...

Una mujer gritó entre las cuchufletas generales: "¡A la guillotina!" y se consideró perdido. No obstante, abombando el torso, exclamó:

—¡A pesar de lo que digan mis enemigos, a pesar de cuanto pueda gritar una mujer que desconoce la importancia del asunto que tratamos, diré con íbulo que he sido muchas veces el salvador de la patria!

Abandonó el escaño, tropezó. No sabía: una extraña sensación haciale parecer que tenía agua hasta las rodillas. ¿Por qué? ¡Dba a reconocerse derrotado tan pronto?

Oyó como en un sueño a Dufourny que peroraba y decía:

—¡Ciudadanos! Este hombre tiene el valor de proclamarse salvador de la patria! ¡Este hombre que, para como, acaba de casarse con la austríaca!

¡Ah! ¡Esto era otra cosa! Se sintió fuerte. El enemigo había cambiado la zona de sus tiros y ahora el atacado reaccionaba. Lucidamente se dió cuenta de que todo respondía a un plan perfectamente elaborado en contra suya. ¿Por qué? ¿Por quién? No pudo explicárselo. Hubiera jurado que cascaba de enemigos; por lo menos entre los suyos. Y ahora resultaba que se le perseguía con saña... Escuchó a Dufourny alzar más la voz para añadir con dejo amargo:

—Y se casa con una austríaca en los precisos instantes en que el pueblo condena y ejecuta a Antonieta por sus crímenes. ¿Que séis una demostración más ostentada del desprecio que inspiran a este hombre los más sarrados principios, aquellos que debían ser intantibles para él?...

Una mujer se para el hombre un mueble de lujo, su adorno más preciado. Este hombre, a fuer de legislador, no puede ignorar que los materiales extranjeros están proscritos en Francia. ¿Por qué escogió una extraña y a mayor abundamiento austríaca? ¿No es su elección prueba palpable de que se encuentra en estrecho contacto con los enemigos de la patria?

Impulsado por genuina indignación a este respecto se puso de pie Chabot para gritar que los Freys eran personas honorables que habían salido de su país para no soportar la tiranía de su patria. Supieron que Francia se había libertado y a Francia vinieron para respirar los puros aires de la libertad.

—¡Lo que no les impide hacer millones en sucios manejos!—lanzó uno del grupo que escuchaba. Como siempre la multitud se puso al lado del fuerte. Alzándose hasta clamores y aquel hombre, queridos horas antes ensalzado, queridos más aún, adorado, fué llamado por el vulgo impudico, farsante, que solapadamente espiaba por cuenta de Coburgo.

A estas ofensas contra la nación cuidó Dufourny de añadir otra

cometida, según expuso, contra la humanidad. Inquirió dirigiéndose al convencional en desgracia que oía sin dar crédito a sus oídos:

—Antes de casaros con esta extranjera teniais una mujer, Chabot, una querida, francesa. Recuerdo que estaba a punto de dar a luz... ¿Dónde ha ido de esa manera? ¿Cómo pudisteis abandonarla y abandonar a vuestro hijo para contraer enlace con una enemiga de los vuestros?

Al conocer esto la turba estalló y regaló a su idolo de ayer con toda clase de epítetos mal sonantes. No se cuidó él de responder a ninguno y abandonó el Club en seguida. «¿Dónde ha ido de esa manera? la fortuna lo había abandonado. Se refugió en su casa—su lujosa casa de la calle de Anjou—y una vez tranquilo expuso a sus cuñados lo sucedido. Preguntóles si no creían como él, que tras aquella campaña se ocultaba la mano de un enemigo.

—¿De un enemigo?—interrogó Junius a su vez.—¿Cuál? ¿Tenéis alguna en el orden particular? «Hijos de desonrada, alguna joven, robado algún cuadro, hecho caer la responsabilidad de un crimen sobre alguna cabeza inocente? Respondió él que nó. Por mucho que hurgaba en su conciencia no daba con ninguna probable *ventetta*.

—¿Entonces? ¡Lo que tienen es envidia! Sois el hombre más popular de Francia después de Robespierre. Naturalmente, quisieran anonadaros. Pero el Club de los Jacobinos poco significa... El que lo hace todo en última instancia es el pueblo de Francia. Acudid a él y veréis cómo todos esos perros que ahora os muerden los talones volverán a lameros las manos...

Chabot sintió renacer sus energías y acudir a sus nuevos deberes. Estas presentóse una idea que él creyó muy feliz: la de dirigirse inmediatamente a casa de su *leader* para reafirmar su situación, y, pensando y haciendo, dirigióse acto seguido al domicilio del carpintero Duplay, en la calle de Saint Honoré, donde se hospedaba el grande hombre no tanto por auténtica sencillez como para dar al populacho una profunda sensación de democracia.

Maximiliano de Robespierre podía ser encontrado en su casa siempre, salvo a las horas de trabajo en la Convención y de cambio de impresiones en su Club, y su visitante podía estar seguro de que jamás se opondría una excusa a sus deseos de entrevista.

Comenzaba una sola habitación amueblada tan sobriamente como la de un militar o un monje. La intensa egolatría de aquel hombre advertíase, sin embargo, simplemente con dirigir una mirada a las paredes. Estas se hallaban cubiertas de retratos, dibujos y pequeños recuerdos, pero todos suyos, replicándole en todas las posturas y más significados instantes de su vida política.

Cuando Chabot penetró en la estancia, precedido por Isabel Duplay, que a título de guía lo precedía, encontró a su jefe dedicado a la tarea de exprimir una naranja dentro de un vaso. A su lado, en un plato, descansaban otras varias, ya cortadas y dispuestas. Robespierre sufría de una molesta afección hepática, como consecuencia de ella, esta viscera no producía la cantidad necesaria de bilis que su organismo exigía y debía estimularla con frecuencia tomando jugo de naranja...

Al advertir la presencia de Chabot no hizo más que saludarlo con una ojeada: su mano continuó la

labor comenzada y ni un músculo de su rostro demostró la impresión que le causaba el visitante, que, confuso, permaneció ante la mesa sin atreverse a decir palabra.

Por fin Robespierre terminó de extraer el jugo a un gajo, colocó en el plato junto a los demás y miró al recién llegado, como solicitando una explicación. ¿Qué deseaba?

Chabot no se hizo repetir la invitación. Cerró los batientes de la puerta, acercóse nuevamente al "Incorruptible" y le dijo con voz que en vano trataba de afirmar, porque la mirada límpida y helada del hombre que tenía delante le estrujaba el alma ni más ni menos que sus dedos estrujaban hasta entonces los gajos de la naranja:

—Perdonad que os moleste a hora tan desusada, Robespierre, pero creí deber mio veros esta misma noche. He descubierto la más temible conspiración de que ha sido víctima la República desde su nacimiento...

Los ojos verdes lo consideraron un momento filamente sin pestañear. Era prodigioso el tiempo que podía permanecer Robespierre sin batir los párpados. Contestó:

—Muy bien. Tenéis el deber de denunciarla...

—Y a ello voy. Podía haberlo hecho antes, pero el fruto no estaba en sazón. Para coger a los traidores, como ahora podrá hacerse, con las manos en la masa, tuve que ligarme con ellos como uno más. Asistir a sus reuniones. Aprobar sus malditos planes contra lo más caro para mí pecho de patriota. Elogiar y aplaudir sus nefastas concepciones contra la República, porque no necesito decirlos que se trata de contra-revolucionarios...

—Todo eso me parece admirable, Chabot. Podéis enorgulleceros de haber prestado a la patria un servicio imponderable.

—¿Lo creéis?

—¡Salta a los ojos!

Habia en la réplica una sutil nota irónica que el espeso *sans culotte* no percibió.

—No debéis dudar, Chabot...

¿Tendréis pruebas: desde luego...?

El visitante introdujo la mano en uno de sus bolsillos y extrajo de él un paquete de asignados, el mismo que tiempo atrás le enviara Moreau para sumarlo al grupo de los especuladores.

—¿Veis?—y colocó el paquete ante su interlocutor.—Estos cien mil francos en asignados me fueron dados por los conspiradores para que no obstaculizara su nefanda labor disociadora ni me opusiera a sus especulaciones bursátiles. Ya comprenderéis, Robespierre, ante el dilema en que me hallé. Si me hubiese dejado llevar del primer impulso, a la oferta hubiera respondido con la violencia, porque la indignación me ahogaba; pero comprendí que nada sacaría en claro si provocaba el escándalo e inmole mi noble reacción en lo más profundo de mi pecho de amante de la Libertad. Debía triunfar plenamente. Tengo la intención de entregar este paquete de dinero al Comité de Seguridad Pública al mismo tiempo que revelo los nombres de los contra-revolucionarios.

—¿Por qué habéis malgastado entonces vuestro precioso tiempo viniendo a verme? El Comité se sentirá feliz de poder expresar su gratitud por vuestra beneficiosa acción.

Siguió un instante de silencio que rompió nuevamente Robespierre:

—¿Qué hacéis? Apresuraos, amigo mío; apresuraos...

—Bien, pero *¡nom d'un nom!*, no quiero pensar que alguien vaya a sinerme traidor porque he estado mezclado con traidores!

—¿Bñ! ¿Quién podría suponer tal cosa de vos?

Y hasta el denso Chabot advirtió que en las palabras de su idolo no había calor.

—Todos los hombres no son como vos, Robespierre, poseedor de un ponderado juicio. Consultad el criterio de la mayoría y observad que si bien las cosas son feas. Por eso es que no me siento muy seguro de los resultados personales que puedan atañerme por mi buena acción.

—¿Y qué? Admitiendo que seáis víctima de las torvas presunciones de unos cuantos, ¿no se siente satisfecho vuestro corazón de patriota por el éxito de tal gestión? Toda otra consideración, de orden individual, debéis echarla a un lado, como indigna de vos.

—¡Tenéis razón!—exclamó, tal que devorado por generosa flama, el charlatan.—¡Estoy dispuesto a morir por mi país! Lo único que me entristece es pensar que pueda caer sobre mí nombre un estigma de traición...

Robespierre bajó la cabeza y recomenzó la acostumbrada labor de exprimir naranjas.

—¿Si poseyera alguna garantía!

—¡tornó a insistir Chabot.

—¿Garantía? ¿Para qué? Lo que os debe importar es que el Comité de Seguridad Pública conozca la conspiración a que aludís y arreste a los culpables.

—Bien: pero todo esto podría realizarse sin perjuicio de asegurarme a mí mismo la tranquilidad.

—En fin—interrumpió el otro, dando muestras ya que no de enojo por lo menos de aburrimiento—¿no creéis de mí?

Chabot no hizo esperar su respuesta.

—Que os asociéis a mí, Robespierre, en la denuncia que voy a efectuar. ¡Cuán grandes serían mi tranquilidad y mi orgullo!

—¡No! ¡No! ¡No! por los labios finos del "Incorruptible" vagó el fantasma de una sonrisa.—¡Jamás me permitiría quitaros una partícula de la gloria que legítimamente os corresponde a vos solo! ¡Jamás! ¡No penséis en eso, amigo mío, ni insistáis si no queréis molestarme!

Se sintió despedido y más miserable que en los días de su primera juventud cuando ante su magra pizana de capuchino imaginaba los goces a que podía entregarse diariamente cualquiera de los señores que cubiertos de sedas, joyas y terciopelos veía pasar por su convento. Por primera vez advirtió el inmenso abismo que lo separaba de aquel hombre pálido y delicado que pelaba naranjas para activar sus funciones hepáticas; de aquel hombre que hasta entonces considerara su *leader* y su amigo y que de repente advertía lejano y hostil, sobre todo lejano, como si habitara un mundo aparte al que no llegarán jamás dolores, angustias y pequeñas tempestades de alma como la suya.

Salí y tambaleándose como un borracho tomé el camino de las Tullerías, decidido a continuar la baja obra que emprendera para salvar la popularidad que se le escapaba a chorros. Comenzaba a adivinar oscuramente que su ruín determinación iba a perderlos a todos sin salvar a ninguno, pero no se calificaba interiormente de miserable; denunciar era para él una función tan normal como cualquiera de las fisiológicas que a diario realizaba sin darse cuenta ni entenderla mayormente...

Cuando leíó cinco de los miembros del Comité de Seguridad Pública, presididos por Barère, estaban reunidos en sesión. Inmediatamente...

(Continúa en la Pág 38).



LA MUERTA

por PIERRE DOMINIQUE

Sobre una roca abrupta de la isla de Córcega, caldeada igualmente por pasiones primitivas y por el sol ardoroso de la Sicilia, coloca Pierre DOMINIQUE, el distinguido novelista francés, la acción de este pequeño drama de amor y de muerte, situado en el espacio y en el tiempo, pues lo mismo hubiese podido desarrollarse en los años sombríos y turbulentos de la Edad Media, que en nuestros propios días. Tan humanos son sus personajes, tan de todos los momentos históricos el trágico soplo pasional que los anima!



A PARTE diez y ocho meses de internado en un colegio, Paolo y Marco Uccelli habían visto transcurrir sus días en el estrecho molde de una pequeña ciudad corsa: Bonifazio, encaramada como una cebra en lo alto de su roca. La mitad de sus calles no son más que rampas impracticables a los carruajes, por la muy respetable razón de que los bonifazianos no tuvieron, durante mil años, otros vehículos que sus asnos dentro de la ciudad y sus navios sobre la vasta espalda de los mares. Enormes murallas de piedras negruzcas corren entre los mirtos, dibujando alrededor de las cabañas de puntado techo, inmensas figuras geométricas. Detrás de ellas comienza el desierto de granito, los bosques de robles, y las llanuras desoladas, sin hombres ni bestias, donde reina soberana la malaria.

En la época en que esta historia se desarrolla, la ciudad se envolvía de silencio y de soledad. Separada de la Cerdeña por el mar, aislada del resto de Córcega por sus planicies inhabitadas, Bonifazio era a la vez una ciudad, un puerto de piratas, un monasterio de monjes voluntariosos y violadores de sus votos, y también el hogar común de una tribu orgullosa de

su historia y de sus orígenes, usando trajes, costumbres y un idioma particulares, de pie sobre su pedazo de roca como una bestia enflaquecida y altiva de músculos incansables para el ataque.



Los dos jóvenes podían tener veinte y algunos años más, cuando cierta Santina se interpuso en su camino, una mujer que no pertenecía al rango de los Uccelli, muy al contrario, y cuyo padre, don Cósimo Volterra, se había enriquecido en negocios de contrabandos con la Cerdeña. Una de esas mujeres, en fin, de las cuales se puede obtener una magnífica amante.

Sin duda debía perecer de amor en su solitario lecho a jugar por la manera con que sus caderas se balanceaban alrededor de su torso al andar. Figura de gitana cuyos ojos salvajes se abrían en el rostro inmóvil, como una pasión sin freno ni brida en medio de una vida voluntariamente ordenada.

Las mandolinatas asaltaban su ventana a todas horas. Desde luego, los Uccelli, ayudándose debidamente con sus pistolas, se arresalaron de manera que las noches fuesen apacibles bajo el balcón de su bella. Al menor intento de serenata amorosa, enfilaban la calle con sus damasquinados mosquetetes. Así, una noche, una bala certera se hundió en la garganta del mejor cantor de la ciudad. Desde entonces, la calle de Santina se tor-

nó sorprendentemente silenciosa. Santina supo agradecer a los dos hermanos que hubieran vertido sangre en su servicio. Se le dijo entonces que el diestro tirador había sido Marco. Pero no podía creerlo. ¿Acaso no era Paolo quien disponía de la casa, del título y de la fortuna? Pertenecía a esa clase de mujeres que juegan con un sentimiento como con un perillito familiar, sin olvidar nunca la condición de bestia de éste. Su deseo la conducía hacia Marco, pero soñaba en su porvenir. Marco era más hermoso, más vivo, más espiritual que su hermano; compañía bellos versos y, cuando despejado el terreno los dos hermanos pretendieron ser el único adorno de las noches de Santina, siempre era él quien cantaba los couplets más amorosos, mientras Paolo, con la mano en la empuñadura de su daga, permanecía silencioso, o arañaba su mandolina con dedos convulsos.

¿El mayor o el menor? ¿Qué hacer? Debates que comenzaban con el alba y terminaban muy entrada la noche, agudizados por el apasionado trémolo de las mandolinas bajo el balcón florido! Don Cósimo Volterra veía ya a Santina convertida en Señora Uccelli. Lo repetía a cada instante, con la cadencia fuerte y regular de un golpe de hacha. ¡Cuántas veces, en la penumbra de sus habitaciones, confesó a su padre su amor por Marco!

—Sí, decía el viejo—el menor te quiere, Pero, ¿y si el mayor te quisiera también? ¿Qué pensar? Su instinto de mercader lo hizo ir al encuentro de Marco. He aquí cómo razonaba:

—Aceptando al menor que no es rico, que no posee la casa familiar ni los títulos paternos, hago un sacrificio a la Buena Fortuna, me elevo en la consideración de mis conciudadanos, y mi operación por ser más modesta, resulta más segura.

—Tengo—dijo a Marco.—un ímacón con quinientos mil francos de mercadería y un bosque de robles de dos mil hectáreas. Eso es lo principal, aparte de algunas costillas más... Nada en los bancos. Si te contaras con eso, mi hijo es tuya. Es, como ves, bastante rica.

(Continúa en la Pág. 43.)

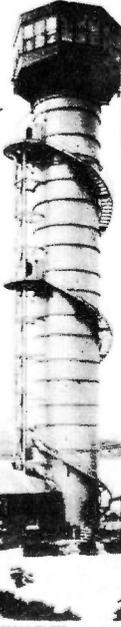


NADA QUE NO SEA CIERTO

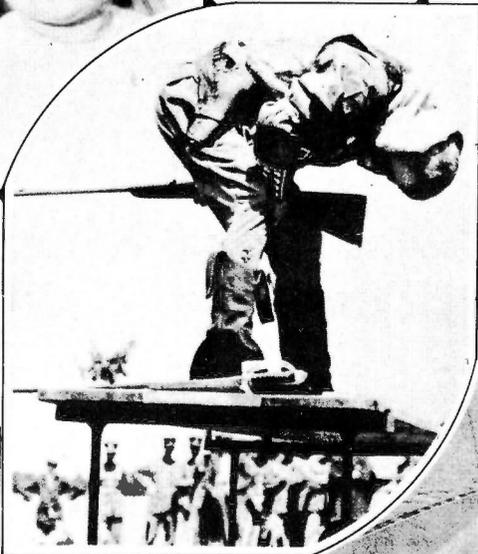
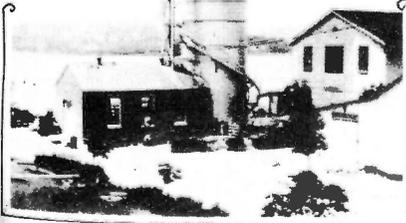


UN CLIENTE QUE SALIO CARO AL PELUQUERO.—Harry SHEWARD, un barbero de Oakland, en California, recibió la visita de una señora con la pequeña Genevieve, de dos años de edad, la que fue dejada para "un corte de pelo". Pero la señora no regresó jamás y el sorprendido Figaro en unión de su esposa decidió adoptar a la linda chiquilla que no protestó del abandono.

UN TIRADOR FORMIDABLE.—Aquí tienen ustedes al Capitán George ASH, de la Policía Montaña del Canadá, haciendo una demostración de sus maravillosas facultades como tirador de rifle, ya que, en la posición que indica la fotografía, hace todo clase de blancos a una distancia de 500 pies. El es instructor del cuerpo a que pertenece.

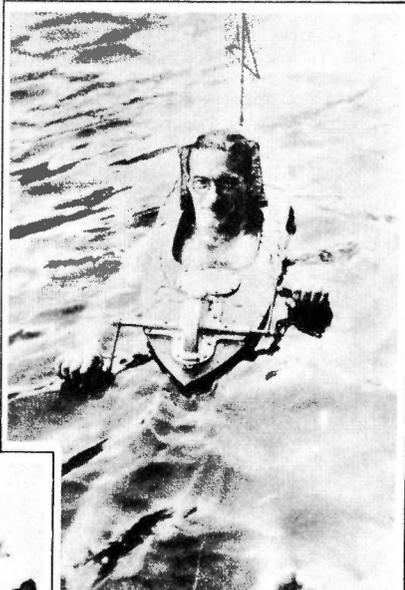


ESTA TORRE ES UNA PISCINA.—Creado o no pero esta torre de 130 pies de altura es un campo de experimentación para los marinos americanos. Está llena de agua de mar, y desde la altura se lanzan al fondo los alumnos provistos de una correa especial que permite el salvamento de los tripulantes de submarinos en los accidentes que a estos ocurren. La práctica que en esta torre adquieren les facilita para realizar después ese vital servicio.



UN AERODROMO FLOTANTE.—He aquí un transporte de la marina americana cuya cubierta de popa es un verdadero aeródromo dentro del cual hallan cabida hasta veinte aviones. Esta fotografía demuestra la facilidad con que las naves aéreas pueden despegar y posarse sobre la plancha inmensa.

(Fotos International News Service).



UN NUEVO MEDIO DE TRANSPORTE MARITIMO.—Tenemos el gusto de presentar a ustedes a Herr HUBOLD, un inventor germano, que ha construido el curioso aparato que aquí se observa, que se sostiene a flote indefinidamente. Provisto de dos manijas laterales que hacen girar una pequeña hélice, él puede trasladarse de un lugar a otro por espacio de millas. Cuando se cansa, reposa su cabeza en la almohadilla del flotador hasta que recupere las fuerzas. Puede, a voluntad, viajar en un sentido o en otro.



Cartas a Helen LOS QUE TRIUNFAN

HOLLYWOOD por Mary M. Spaulding

Mi dilecta Helen: Una carta tuya, bellamente sugestiva, inspira esta vez mi crónica. Me preguntas, entre un abrumador ejército de preguntas, con esa ingeniería que te caracteriza: "¿qué camino conduce más directamente a la gloria china, en Hollywood?... ¿cómo son, en resumen, las mujeres que llegan a triunfar al conjuro solamente de su presencia mágica?..."

Podría más fácilmente decirte en cuántos años llegaremos a establecer una cordial y diaria correspondencia con Marte que contestarte esas dos preguntas. A pesar de odiar las matemáticas, me sería más fácil ponerme a resolver un problema de los más complejos en esta hermosa asignatura (que me proporcionó siempre colosales "ceros" en la escuela), y no me atrevería a darte una respuesta concreta respecto a tus preguntas.

¿Por qué?... Pues sencillamente, porque no lo sé.

Hollywood tiene un espíritu complicado y misterioso. En Hollywood el Destino, esa cosa intangible que domina nuestra vida, se manifiesta por caminos singulares y peregrinos.

Muchas de las estrellas que de pronto han surgido en aquel cielo fílmico, han contado con dos cosas al parecer imprescindibles en Hollywood: belleza y "suerte". Pero hay algunas que sin ser realmente bellas han llegado al estrellato. También éstas se subdividen en categorías: las que poseen talento; mucho talento para poder triunfar a pesar de lo parca que la naturaleza haya sido con ellas respecto al palmito de su cuerpo... y otras que, sin talento, han tenido, sencillamente, "suerte"...

Y las *suertes* en Hollywood también son complicadas y se podrían dividir en muchas categorías. El camino que conduce a la glo-



Marian MARSH, la muchacha que ha llegado al estrellato gracias a su notable parecido con Dolores Costello.

ria china tiene tan infinitas ramificaciones que nadie podría formar un plan determinado y seguir por uno de aquellos brazos que salen del tronco principal, con la esperanza de obtener el codiciado triunfo.

Yo he visto inauditos ascensos en este glorioso Hollywood que, como la Montaña de Imán de la leyenda atrae a los incautos que quieren llegar a sus dominios, aún cuando para lograrlo tengan que dejar girones del alma y del cuerpo, y conformarse con toda clase de claudicaciones cobardes! Hace algunos años, por ejemplo, me hablaban de una nueva "estrella" que cierto Estudio había adquirido. Lo prodigioso de aquella "maravilla" era que mientras para llegar al codiciado estrellato las demás tenían que pasar por cierto aprendizaje primario, ella había sido hecha "estrella" en el primer film que iba a producir. El talento que podía tener; en fin, las cualidades elementales para ser artista de cine no habían entrado en consideración al firmar el fabuloso contrato. Era en los pretéritos días del cine silente, cuando muchas de las estrellas ocultaban su maniifiesta ignorancia porque no estaban compelidas a hablar... Recuerdo que, atraída por la leyenda misteriosa de aquel "rara avis" que había llegado a Hollywood y obtenido un puesto entre lo más granado de aquel conglomerado de estrellas, quise verla y me arreglé con el estudio que poseía aquel "hallazgo" para que consintieran en una presentación... ¡Y algunos días después me encontraba yo frente al prodigio! Fueron dos horas de "entrevista". Esto es, si se puede llamar entrevista al hecho de haberme sentado frente a aquella niña de rizos dorados y ojos de muñeca, que durante todo este tiempo se comió rabiosamente cada una de sus manos, y que

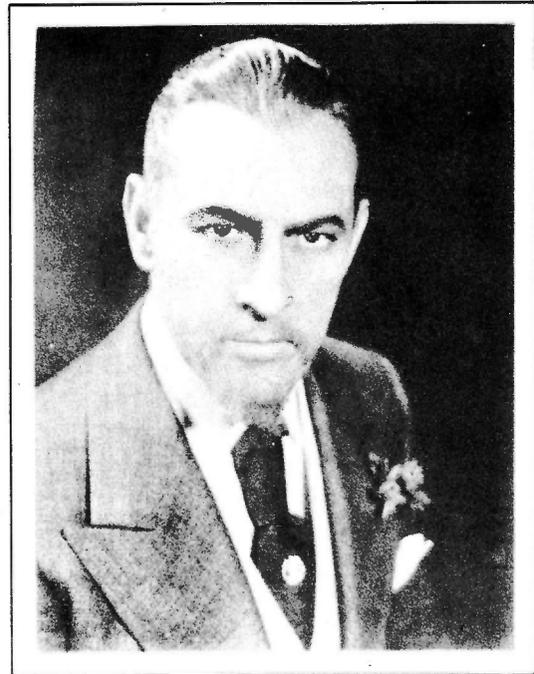
se reía de todo, continuamente, entre el pequeño intervalo que su labor de mondarse las uñas le dejaba libre... ¡Yo estaba estupefacta, rendida de admiración!

Admiración por aquella chiquilla cuya voz de *falsete* las pocas veces que dijo alguna palabra, me produjo un fuerte dolor en los oídos, estropeándome los tímpanos para largo rato; admiración por aquel Estudio que, contra todas las más remotas posibilidades de éxito,—no digamos nada de exponerse a una chiflada furibunda—había aceptado la imposición de aquella nueva ingenua; admiración por el Director que, sabe Dios por qué misterio de infatuación o por qué aberración pasional, había luchado generosamente para darle a su simple Dulcinea la ventura de verse en la Pantalla. Naturalmente, aquella película jamás se terminó. La rubia niña tuvo que volver a sus dominios de Texas, tierra bravia que la vio nacer, o quizás el Director de marras pudo convencerla de que a falta de gloria china podía ocuparse en cocinarle y cultivar un delicioso jardincito en algún rincón del incomparable Hollywood...

Pero el fracaso de esta joven, cuya desventura es bastante grande sin que yo indiscretamente diga su nombre, no quiere decir que todas las nulidades como ella fracasan en aquel Emporio del Arte. Las hay que contra viento y marea llegan a dominar la situación y a hacer imposible que yo pueda contestar tus preguntas de manera lógica y sencilla.

Unas trabajan duramente; van dejando día tras día en aquella amarga peregrinación de Estudio a Estudio, los mejores días de su juventud; van deshojando las más bellas ilusiones de su vida en la espera del triunfo definitivo; otras, con verdadero talento pasan

(Continúa en la Pág. 35)



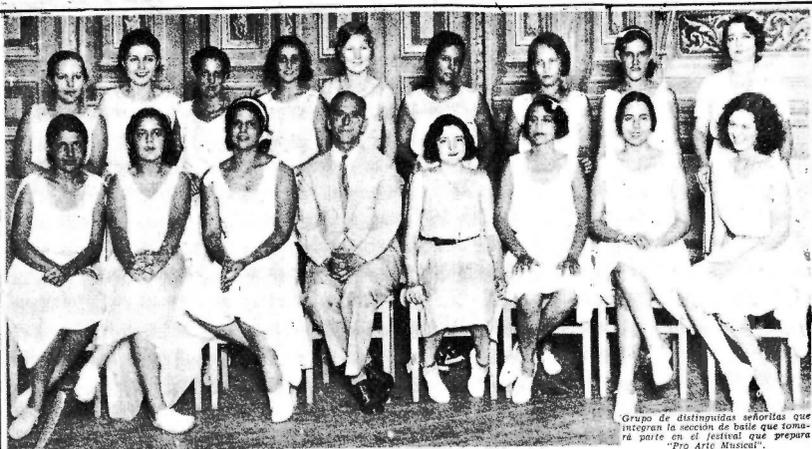
John BARRYMORE caracterizado en su nueva film "The Mad Genius", de la "Warner Bros."

(Foto exclusiva para CARTELES)

ACTUALIDAD



Guillermo CID, nuestro redactor-jefe, quien ha salido recientemente para las Repúblicas centroamericanas en misión periodística. (Foto Rembrandt).



Grupo de distinguidas señoritas que integran la sección de baile que tomará parte en el festival que prepara "Pro Arte Musical".



La mesa presidencial de la reunión que celebró la "Sociedad Astrológica Internacional", conmemorando el segundo aniversario de su fundación.

NUESTRA SERIE SOBRE NUDISMO

El anuncio de la nueva serie de artículos que, sobre Nudismo, se dispone a publicar la revista CARTELES, y que debía comenzar precisamente en este número, originó un aumento considerable de pedidos adicionales tanto en el territorio nacional como de nuestras agencias en el extranjero.

Consecuentemente a ese aumento que sobrepasó todos nuestros cálculos, hicimos un pedido de papel que, por motivos involuntarios, ha sufrido demoras en su embarque, lo que nos obliga a posponer hasta nuevo aviso la publicación de la referida serie sobre nudismo. De este modo, aunque lamentando el aplazamiento, que juzgamos ha de ser muy breve, podremos satisfacer todas las demandas y servir a todos nuestros agentes dentro y fuera del territorio nacional.

Oportunamente, y tan pronto recibamos el papel, fijaremos la fecha en que aparecerá el primer artículo sobre NUDISMO.



El trio "Misión Lindo", integrado por los notables cancioneros que obtuvieron el primer premio en el "Concurso de la Canción" celebrado en México, y que en breve harán su presentación en La Habana.

(Fotos Argüelles).

El hermoso "pony" con que obsequia a la empresa del Teatro "Fausto" a los niños que ayudan a la madre del programa domingo.



Sesión inaugural de la Asociación de edificios de "Sociedad Astrológica Internacional" celebrada en esta ciudad.



TEATRO "Fausto"
EL AMIGO DE LOS NIÑOS
Obsequia con este pony a sus pequeños amigos en la gran matinee DOMINGO 30 y 1.º

La Recaptura de la Caravana

POR WARREN HASTINGS MILLER

ULLAMAN a esto una zona de descanso! El sargento Ike, de la Legión Extranjera, se volvió por centésima vez, con fervientes blasfemias entre dientes, al interminable pandemionium que estaba en la población rifeña de Issoual. Su batallón del Segundo Regimiento, estaba acampado *al fresco*, cerca de ella, pero no demasiado cerca. Había llegado una caravana de cuatrocientos camellos, escoltada por una escuadra de *goums*, irregulares nativos del Atlas. Y si el perfume de un solo camello es una ofensa para el olfato humano, cuatrocientos constituyen un temporal de halitosis, de lana rancia, olores y fealdades de lo peor que pueda soportar la pituitaria humana.

Y la Legión no podía dormir. En una parte de la población una banda de degenerados religiosos estaba gritando una canción compuesta de alaridos y quejas que no perdía su fervor. En otra parte, el enloquecedor *Diddy-boom-boom*, *Diddy-boom-boom!* de un tambor, puntuaba incesantemente la monótona tormenta de un cuerno de madera, que ascendía y descendía, en una escala de cuatro notas. Los jóvenes de Ouled Nail estaban danzando a su compás, pero lo que la Legión deseaba era dormir. Afuera de las murallas, aquellos cuatrocientos camellos, ladraban, rugían, sollozaban como niños escuálidos, maullaban, regurgitaban. Se pasaban la noche cambiando su lastre de agua, de un estómago a otro, y parecía necesario cantar durante esta operación. Además, como cuarenta perros, de variadas potencias vocales, estaban entregados a la cacería de algún animal pequeño que ladraba—probablemente un chacal—alrededor y alrededor de los suburbios de la población. Toda esta molestia variaba en intensidad, pero alcanzaba el *maximum* del crescendo cada veinte minutos, precisamente en los momentos en que uno comenzaba a dormitar en la monotonía del ruido, cuando el coro agudo de ladridos y gritos asaltaba el campamento... y la Legión gruñía, tiraba piedras y suspiraba fervientemente por hacer fuego con rifles.

Ike, se arrastró de debajo de sus mantas hasta donde se encontraba el cabo Criswell, el fornido michigano, sufriendo.
—Esos "goums" y esa caravana, podrán ser nuestros aliados, amigo—dijo en voz baja con indignación que llegaba a punto de hervir—pero tú y yo nos vamos a poner fin a este escándalo, aunque tengamos que pasar a la bayoneta a unos cuantos de ellos! Los muchachos no pueden dormir!

Su voz provocó la respuesta de todos los que formaban la escuadra.



"El tambor se había callado: algún rifeño, habíalo atravesado con la bayoneta, junto con su dueño".

de "Ángeles del Infierno", apagada por las frazadas. Todos estaban despiertos e inbuidos de pensamientos criminales.

—Yo digo!... Esa lauria de perros, ustedes saben!—dijo el Honorable Geoff, el joven inglés de la escuadra.—No dudo que todo eso sea muy sportivo, pero uno llega a molestarse cuando es demasiado, ¿no es eso?

—*"Dio mio!"*—gruñó desde la oscuridad próxima Mr. Dee.—Esos camellos!... Tengo clavado su vaho fétido. Mi estómago se revoluciona sobrealzado.

—Tiene los labios más suaves de Fes-el-Bali, murmuró Anzac Bill, pensando evidentemente en aquellas muchachas de Ouled Nail, y salió de entre las mantas con un aire determinado.—Yo me haré cargo de ese tambor, sargento, si no le importa! Es inútil tratar de dormir aquí.

—Ese está loco!—dijo con un gruñido Hortet.—No hay muchacha que valga una puñalada en la espalda!

—Usted no se separará de nosotros, Bill!—corrió Ike enfáticamente. Nosotros tenemos que trabajar juntos, a beneficio del batallón. Vamos a poner en orden las ideas!—Los invitó.

El comandante Knecht y el teniente Ressay se encontraban en el cuartel general del estado mayor. El batallón había estado combatiendo sin cesar durante tres semanas, y era aquella la idea que el estado mayor tenía de un desdeseo: ayudar a los "goums" a custodiar esta caravana de provisiones procedente del bajo desierto. No tenían otra cosa que hacer, que aguantar y sufrir, según lo entendían los soldados; pudieran ser necesitados. Porque, a través del valle, Abd-el-Krim había establecido—con audacia consumada—el puesto rifeño de Azariff. Ese puesto vigilaba constantemente lo que entraba en Issoual, y tenía noticia de la llegada de esa caravana, cargada con rico botín. Como en todas las caravanas, sus conductores estaban celebrando el final de una larga marcha.

La jauría inició nuevamente sus infernales aullidos. El ladrillo fugitivo se encontraba por allí delante, en algún lugar, en la oscuridad; una bala hubiera puesto fin a eso, fácilmente; pero nadie se atrevía, a hacer fuego. Mas como el coro aullador se acercase rápidamente, el teniente Hortet tiró a un lado las mantas con un explosivo.—*"Morbieu!"* No se puede sufrir más esto!—y entró en acción.

El sargento Ike respiró con satisfacción. Hortet estaba hecho cargo de mandar allí. Tenía derecho por su grado a dormir en la gran tienda cónica de luna del comandante, pero siendo un viejo soldado de línea, el ex-*"zou-zou"*, prefería vivacarar con los "Ángeles del Infierno", sus antiguos compañeros antes del ascenso.

—*Cre nom de Dieu!*—gruñó Hortet, levantándose mientras hablaba.—Es que nosotros que tenemos que descansar aquí vamos a ser bombardeados con los ruidos y olores de una población árabe? Se lo pregunto a ustedes, mis camaradas!



"Los más enteros estaban formando una línea de batalla irregular, conteniendo al batallón de la Legión; el resto se amontonaba hacia el fortín, abrió sus grandes puertas..."

ne sus momentos, teniente!
—con vino o el honorable
Geoff con convicción, mientras escuchaban las orgías, la bacanal que se elevaba al climax con trompetas, tambores, relinchos, ladridos, gritos y cantos.

—No está excesivamente custodiada por guardias del tránsito esta población!—admitió Ike.—Qué les parecería a ustedes si organizáramos una policía militar? Podíamos irnos allá y obligarlos a callar y calmarse a punta de Lebel!
—Es que la "police militaire" asume la autoridad en una población llena de "goums" y cameleros borrachos? Lo refiero a las órdenes generales del Alto Comando: "En todos los casos serán respetadas las costumbres de nuestros aliados árabes". Su policía militar no sería muy apreciada, mi sargento!—Hortet hizo una pantomima significando la posibilidad de un puñal conveniente en la espalda.

Cayó en desaliento sobre ellos. El sencillo proyecto de Ike violaba las disposiciones!

—Es una canción de cuna venenosa, mi palabra!—exclamó Geoff con una voz llena de amargura y ponzoña.—Estoy ya muy cansado de ella! Ahí vienen otra vez esos perros salvajes!

Extrajo su bayoneta y salió del campamento arrastrándose. Hubo un ladrido o dos, extraído del chagal, y el gran coro de aullidos cambió de dirección, calmándose para otro ataque. Eso fue todo, salvo el punzante olor y las blasfemias incandescentes que podían oírse por todo el campamento.

Fueron después los camellos los que lo provocaron. Las cuatrocientas bestias se unieron, al parecer, en un espantoso conjunto de arcadas, regurgiteos, y siniestros ruidos. Y como un hombre la Legión se puso en pie. La oscuridad se vio llena de figuras furtivas.

Hortet se dio cuenta rápidamente de que había llegado el momento de asumir el mando, porque si no hacía algo con la Legión como un cuerpo organizado, sus miembros harían mucho cada uno por su parte. Además, allí cerca estaban los astutos y vigilantes rifeños y esa población entregada a la fiesta sencillamente los estaba invitando a un ataque para apoderarse de todo el apetitoso botín que contenía. Era preciso dar a los muchachos alguna ocupación; era inútil tratar de dormir!

—Atención, batallón!—dijo autoritariamente.—A formar!—pero era ya muy tarde. Con aquella última fanfarría de los camellos la población parecía haberse evaporado. Había sido una locura de ruidos antes; ahora era un volcán que vomitaba balas, alaridos, gritos de guerra, descargas esporádicas, tumultos de ruido que llevaban consigo la alarma. La legión se vistió rápidamente.

—"Morbieu!" dijo Hortet escuchando, mientras escuchaba atentamente.—Es que el Rif les ha hecho una pequeña visita, "id-bas?"
—Hubiera sido tanto que no lo hubieran hecho,—dijo Ike.—Qué es lo que haremos ahora?

Ah, sí, qué hacer? Parecía que allí estaban entremezclados inseparablemente "goums", cameleros y rifeños. Estaban saludándose unos a otros con todo lo que tenían, con los yataghanes desenvainados y brillantes, el azote de los máusers, las detonaciones de los fusiles grandes que sonaban como cañones. Ike se preguntaba respecto al botín, todas las provisiones para las unidades militares de aquellos alrededores. Se suponía que ellos estaban custodiándolas.

Los ruidos del corraje y el equipo sonaban alrededor de ellos, por todas partes, en la oscuridad, así que el batallón rápidamente se ponía sobre las armas. Los gritos de los sargentos y los cabos anunciaron a Hortet la forma en que iba progresando y de pronto exclamó:
"Gardez-vous!" Batallón, columna de cuatro en fondo! Marchen!

El "diddy-boom-boom" del tambor había cesado. Algún ferviente rifeño que no sentía apego por la música lo había atravesado con una bayoneta, al igual que a su dueño. La dificultad que presentaba la muralla era que sería más efectiva que nunca para impedir el acceso de los hombres. La única entrada era por Bab-Kebir, la gran puerta. La legión se detuvo frente a ella y miró hacia dentro. Complicados cuchillos de carnicer, estaban en acción, dando tajos rápidos, re-

Un colorido relato de las andanzas del pelotón denominado "Ángeles del Infierno" y de un batallón de la Legión Extranjera Francesa, en el marco montañoso del Rif, que acampa para descansar y tiene que seguir combatiendo; un relato de la recia lucha, de la infatigable labor del soldado legionario en el Norte de Africa, calzado por la firma del escritor norteamericano que más fama ha alcanzado como cronista de las hazañas militares francesas en Marruecos.

Un rugido profundo, como de animales de presa, reinaba por sobre aquella población combatiente. La Legión lo puntuó con rugidos suyos: granadas que abrían agujeros en las puertas. Nadie les prestó atención! Africa estaba muy atareada vaciando las entrañas de su población y había perdido todo interés en lo demás. La Legión fue filtrándose más y más...

Su avance fue lento, porque la calle estaba repleta de industriosos africanos que se agudaban mutuamente. En todo aquel tumulto no había más que un grupo de hombres que sabía exactamente lo que estaba pasando. Y era el de los guerreros del Rif, que habían concebido la admirable idea de abastecer su propio puesto con la carga de la caravana. Hortet fue el primero en darse cuenta, cuando él, Ike y el grupo barrieron una casa, limpiándola de reptiles de menor categoría y subieron a la azotea para ver. La casa daba sobre la plaza central de la población. Eran los primeros de la Legión que llegaban a sus proximidades. Fueron bombardeados entusiastamente en el momento en que sus képis aparecieron por sobre las tejas, pero la visión que se ofrecía, allá abajo, no era nada tranquilizadora.

Los rifeños se habían apoderado de la caravana. El mayor número de camellos que podía reunirse en la plaza central estaba allí. Y los guerreros rifeños estaban inspeccionando—con la ayuda de armas de siniestro aspecto—la labor de unos doscientos cameleros capturados, que los cargaban a toda prisa, bajo penas de muerte. De los "goums" no quedaban ni trazas!

Ike, resistiendo las descargas que silbaban por sobre su posición, creyó que se encontraban excesivamente cerca a un número demasiado crecido de rifeños. Pero todo lo que dijo fue:—Diablo, teniente! Tendría que ir a visitar a Satanás si es que no hay algo extraño en esto. Esos árabes del Sahara no han podido volar hasta aquí!

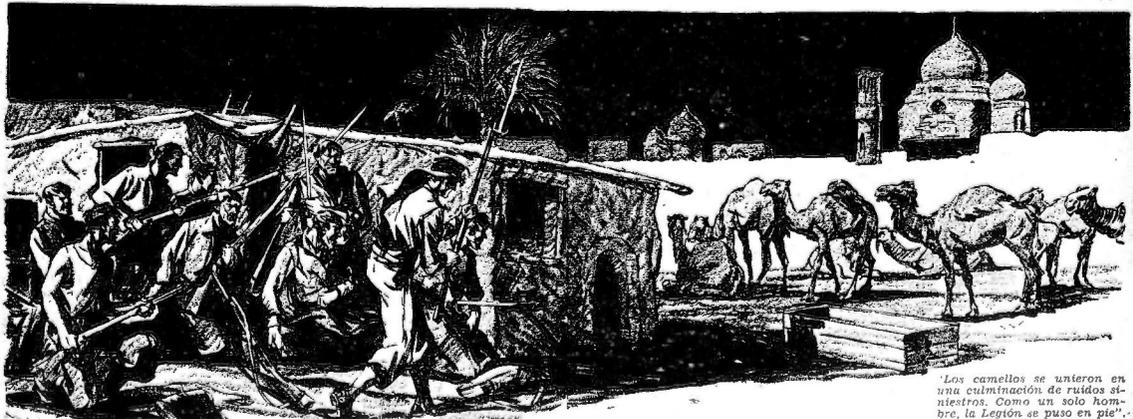
Hortet esquivó un proyectil y señaló para afuera. No había puerta en la muralla por la parte atrás de la población, pero los rifeños habían abierto una. Ellos también tenían granadas y ese huevo explosivo, enterrado adecuadamente, puede destruir un lienzo de muralla. Los camellos cargados con el botín estaban saliendo a través de la brecha mientras ellos observaban. La empresa audaz de los rifeños había estado bien proyectada!

Ike lo miró duramente. Todo lo que veía era la desgracia para el batallón. Destrozaría el corazón del comandante Knecht este fracaso durante un supuesto periodo de descanso. Sus "garcons" cubriéndose de gloria durante el avance de continuado combate, de las últimas tres semanas; y después dejando a esta pandilla de rifeños que se alzase con toda la caravana bajo sus mismas narices! Pobre comandante! Tendría que dar una gran suma de explicaciones al Alto Comando para poderse excusar! Y la Legión tendría que sufrir durante mucho tiempo, embarazos, mortificaciones, y burlas asesinas, después de eso!

—Qué es lo que hemos de hacer, teniente? Derribar los camellos a tiros según van saliendo? No pueden impedirnos que hagamos eso de todos modos?—dijo Ike sin entusiasmo. Era destruir propiedades militares para evitar que cayeran en poder del enemigo; un procedimiento poco glorioso.

El pequeño "zou-zou" canso, levantó una mano para evitar que la escuadra lo hiciera. Y al hablar de audacia, allí había un hombre que tenía más que todos los rifeños, y ese era Hortet. Ike conocía su actitud. Se hallaba en medio de una tormenta cerebral, como de costumbre cuando se presentaba un caso imprevisto y los resultados nunca eran vaclantes.

—"Ouff!"—exclamó Hortet.—Se han apoderado de Issoual? "Bien!" Nosotros tomaremos Azariff! No puede haber quedado allí ni un cabo de guardia! "En avant!" Angeles del Infierno! (Cont en la Pág. 44)



Los camellos se unieron en una culminación de ruidos siniestros. Como un zou hombre, la Legión se puso en pie!

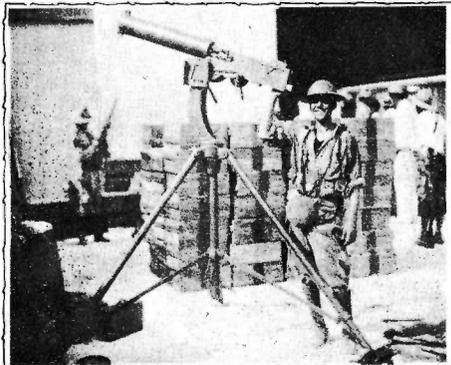
El Combate de GIBARA



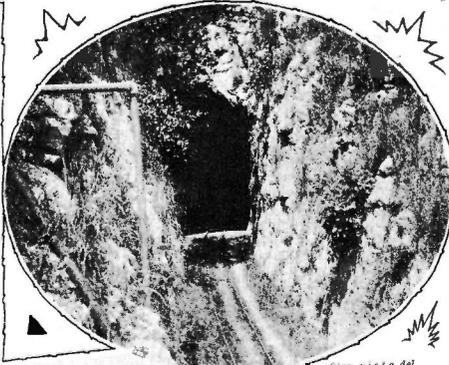
Bandera blanca colocada por el Ejército a la terminación del combate, para indicar a los aviadores que ya había sido capturada la plaza de Gibara.



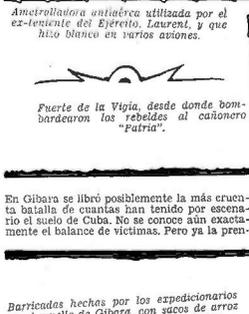
El único superviviente de la casa en que estubo una de las bombas.



Ametralladora antiáerea utilizada por el ex-teniente del Ejército, Laurent, y que hizo blanco en varios aviones.



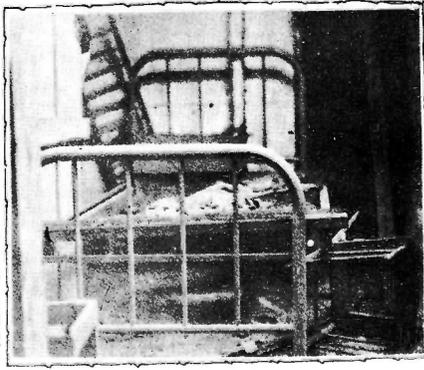
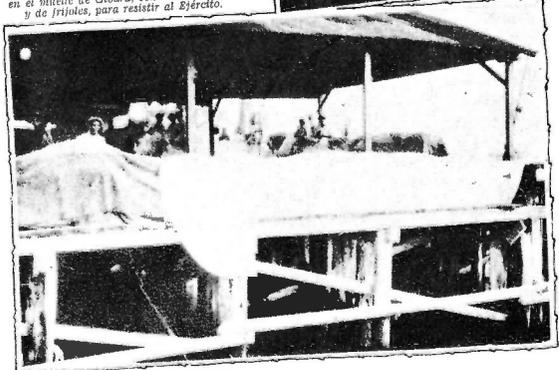
Otra vista del túnel donde se libró cruenta batalla.



Fuerte de la Vigia, desde donde bombardearon los rebeldes al cañonero "Patria".

En Gibara se libró posiblemente la más cruenta batalla de cuantas han tenido por escenario el suelo de Cuba. No se conoce aún exactamente el balance de víctimas. Pero ya la pre-

Barricadas hechas por los expedicionarios en el muelle de Gibara, con sacos de arroz y de frijoles, para resistir al Ejército.



He aquí los desperdicios que una bomba causó en el túnel del ferrocarril donde emboscados los expedicionarios.



Grupos de algunos de los expedicionarios que fueron capturados por el Ejército después del combate del 21 de agosto.

(Fotos, Gibert).

Cajas de bombas catiónicas que fueron capturadas a los revolucionarios.

Interior de la casa donde cayó la bomba que mató a uno de los expedicionarios y a su hijo.

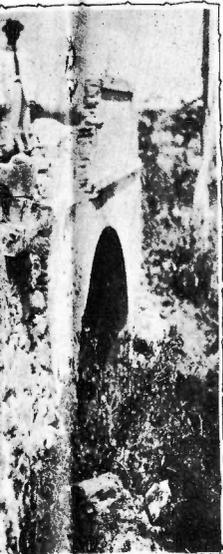
Combate de BARA



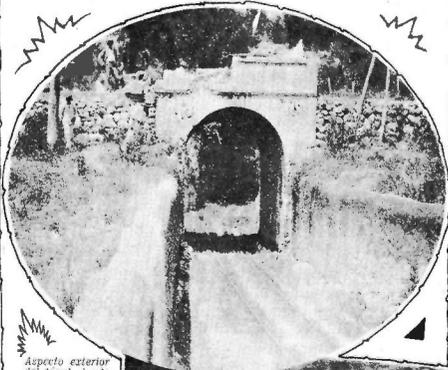
Los tres expedicionarios capturados: Luis de CARDE-
NAS, Humberto AGRAMONTE y J. VEGA.



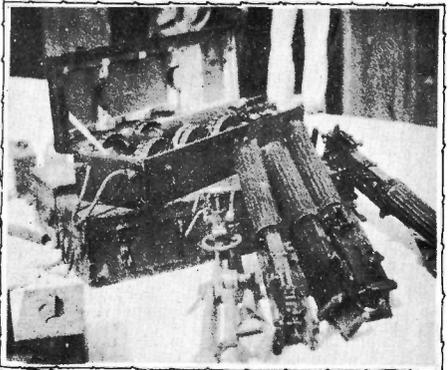
Lugar de las lomas de la sierra por donde se supone que escaparon los rebeldes que estaban atrincherados en el túnel del ferrocarril.



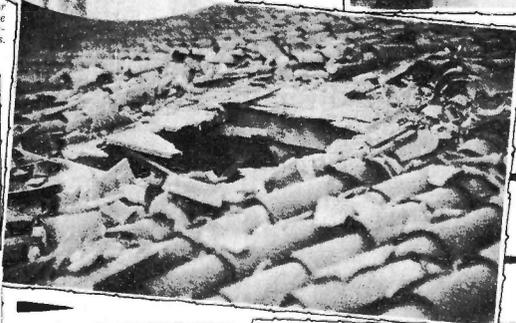
Los desperdicios que una bala del "Patria" en el túnel del ferrocarril donde se hallaban emboscados los expedicionarios.



Aspecto exterior del túnel, donde se hicieron fuertes los rebeldes.



Ametralladoras y rifles de reconocimiento capturados por el Ejército a los expedicionarios de Gibara.



Una de las bombas perforó el techo de esta casa y originó varias víctimas.

su diarria ha informado sobre su magnitud y su importancia. Aquí nos limitamos a ofrecer una versión gráfica de los hechos, recogida fiel y verazmente por la lente de Gibert.

Visita general de la ciudad de Gibara.

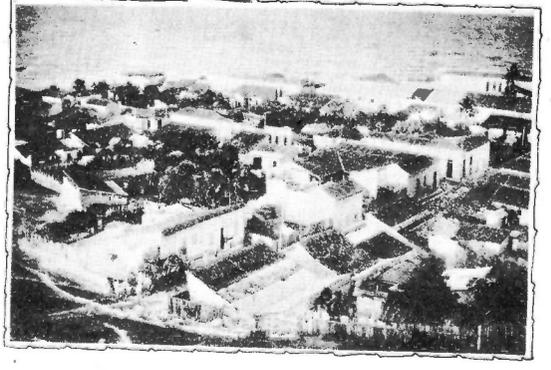
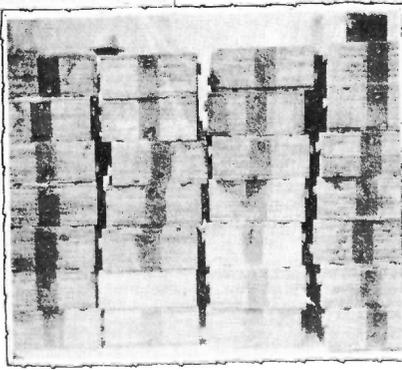
Gracias a algunos de los expedicionarios que fueron capturados por el Ejército después del combate del día 5 de agosto.



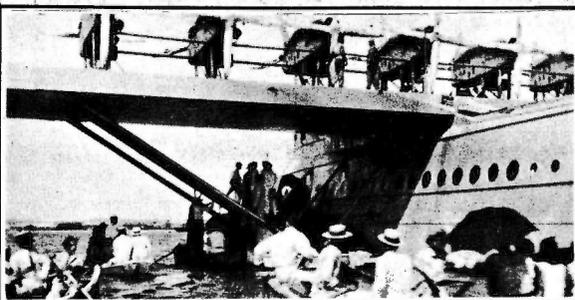
Una de las bombas colóndose a las 20 que fueron capturadas a los expedicionarios.



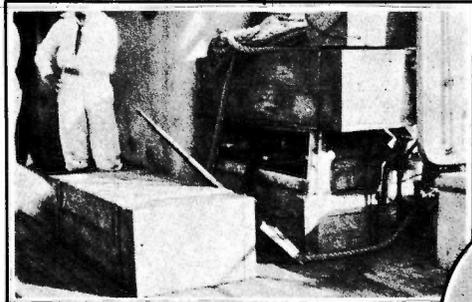
Interior de la casa donde cayó la bomba que mató al jefe de la familia y a su hijo de tres años.



d del



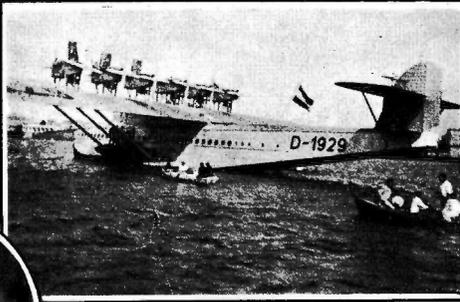
Mo- men- to...



Una parte del material de guerra ocupado a los expedicionarios que tomaron a Gíbara, sobre la cubierta del crucero "Patria".

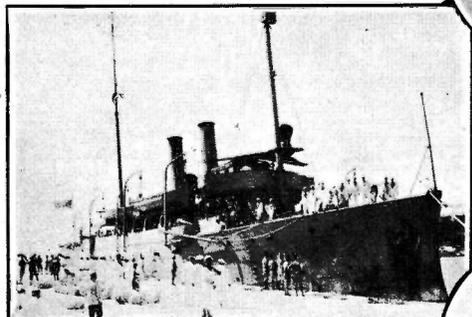
El día 21 de los corrientes acuatizó en Antilla (Oriente), el gigantesco hidroavión alemán "D. O.-X", procedente de Río Janeiro. He aquí a la hermosa nave instantes después de su llegada.

(Foto Proenza).



Un aspecto de la nave de doce motores "D. O.-X", en aguas de Antilla, provincia de Oriente.

(Foto Proenza).



El crucero de la marina nacional "Patria", al llegar de Gíbara, atraca al muelle de Caballería.

El infortunado joven René ALVAREZ DE LA VEGA, hijo del ex-Presidente del Senado señor Aurelio Alvarez, que pereció en los campos de Camagüey.

(Foto Ramos).

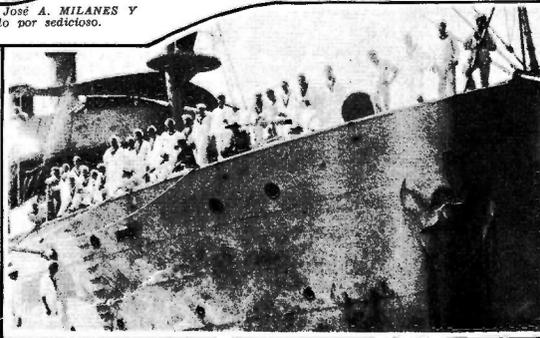


La tripulación del "Patria" descarga el material de guerra ocupado a los revolucionarios en Oriente.

Obreros de Obras Públicas cargando en los camiones el material que dejaron abandonado los expedicionarios del "Frederick", en Gíbara.

Un "close-up" de la proa del crucero "Patria", en la que se distinguen los impactos del juego que hizo sobre él la "Legión Revolucionaria".

El joven estudiante José A. MILANES Y LOPEZ, detenido por sedicioso.





GALERÍA DEPORTIVA

No. 2

Johnny WEISSMÜLLER, el famoso nadador norteamericano, estuvo un día en La Habana, ofreciendo una exhibición en la piscina del Hotel "National", el martes 25. Weissmüller posee 7 récords mundiales y 29 récords de distintas categorías. Los 7 récords mundiales son los siguientes: 100 yardas, en 51 segundos, establecida en el año 1927; 150 metros, en 57.25 segundos, establecida en el año 1924; 200 metros, en 2 minutos 3 segundos, establecida en el año 1927; 220 yardas en 2 minutos 3 segundos, establecida en el año 1927; 300 yardas en 2 minutos 7.43 segundos, establecida en el año 1927; 400 yardas, en 4 minutos 52 segundos, establecida en 1927; 400 yardas, en 4 minutos 22.15 segundos, establecida en el año 1927.

Retrato Adv. S. V. D.

Johnny Weissmüller

Hablamos con Anibal Echezarreta, Otro inventor inválido...

RECORDAIS a Carlos Hernández Ortiz, aquel animoso muchacho que, desde su lecho de inválido, con energía orientada, con terco entusiasmo, con heroísmo de voluntario, fue dominando y explotando hasta alcanzar el éxito—utilizando en la construcción mannos amigas—un aparato de radio susceptible de contenerse en un cigarrero, en una cajita de piladoras, en un detall...? Pero amiguito que dominó y explotó ciertos secretos de la técnica y al que la muerte—que respetó su vida cuando él quiso voluntariamente abandonarla.—se lo llevó luego, cuando la esperanza ponía en su corazón pensamientos deslumbradores. Carlos Hernández murió ya sin tiempo para sacar a su invención ningún provecho sólido... Y he aquí que, ahora, de nuevo, tengo ante mis ojos el espectáculo de un hombre inválido también físicamente incapaz y sin capacidad natural—dotó,—compensación justificable—de un cerebro creador, de una gran fuerza energética y de un sentido practista que reduce a lo mínimo la invalidez de su organismo, por lo tanto concibió y construyó un sistema mecánico, dócil a su capricho, que suple la atrofia de sus pies y que lo transporta a todas las distancias, lo mismo en la vía pública, que dentro de las limitaciones de la oficina o del hogar.

Una mañana Escipión Pujol, ese Profesor de Automovilismo que se ha impuesto a sí mismo la tarea arduamente de enseñar a los que no saben, para que circulen por la ciudad sin graves peligros de propios y ajenos esqueletos, surgió ante mí en compañía de un joven nombrado Anibal Echezarreta Mulkay, residente en San José de las Lajas, e inventor de un curioso sistema de control único para una atroz enfermedad totalmente el uso de los pies, ya que concentra en el timón los tres elementos sustanciales para el manejo y conducción de los mismos: dirección, embrague de las velocidades y frenos.

El joven Echezarreta venía instalado dentro de una silla de tamaño ordinario, simple y ligera, provista de ruedas y de un motor posterior de un solo cilindro. A voluntad y dentro de lo que Echezarreta se movía con agilidad en torno nuestro, exactamente como si utilizase sus propios pies. Pero ¿quién sabe si esa mejor dejar que el mismo disertar y explique la peculiaridad de su invento?

—Yo soy maestro... Poseo en Laías un Plantel superior donde se enseña la carrera de Comercio, Mecanografía, Inglés y otras asignaturas más o menos útiles y prácticas. A la edad de tres años sufrí un ataque de parálisis y posteriormente la angustiosa total de mis extremidades inferiores. No podía andar, no podía moverme... Estudié y me hice maestro y ejercí mi profesión para ganarme la vida. Pero cuando me casé, y al mismo tiempo, mi obsesivamente preocupación, era el no poder trasladarme libremente y en cualquier oportunidad al sitio que quisiese. Recurrí a los otros, aunque cuando se trataba de familiares de amigos íntimos y hasta de sirvientes domésticos, es algo que pesa sobre el espíritu con abrumadora triteza... Entonces me puse a meditar sobre la posibilidad de construir una silla mecánica, portátil, que eliminase la intervención ajena y que, controlada por mí, supliere en lo absoluto la inutilidad de mis pies inertes. Estudié mucho. Hecho dibujo mecánico, mucho. Hecho así como concebí este medio

—Un émullo de Carlos Hernández Ortiz, que inventa una silla mecánica. —Paralítico desde los tres años.—El Profesor Pujol y su veredicto encomiástico.—Una silla que puede llegar por carretera hasta Santiago de Cuba.—Entra en el cine, pasea por el parque y se ajusta a una mesa de trabajo.—Cómo concibió este aparato mecánico.—Echezarreta ha adaptado su invención a los automóviles corrientes.—Un "Chevrolet" construido por él con un solo control.—Eliminación de los pedales que permite manejar cualquier automóvil, al hora que carezca de pies.— Su aplicación práctica a los menesteres de la vida.

de auto-locomoción que ahora utilizo... Yo hacía con mis propias manos las plantillas en papel que luego enviaba a los talleres para que, bajo mi supervisión, construyeran las planchas, los engranajes, todas las piezas que habrían de integrar el gran todo. Así, en el año 1926, quedó finalizado este sillón para mi transporte cuyo manejo es simple y cuyo control absoluto está en mis manos. Yo mismo, aquí, sentado, echo a andar el motor. En caso de accidente como en caso de descomposición un simple movimiento giratorio me permite apreciar el desperfecto y conjurarlo sin demoras, porque la caja de herramientas la tengo, como usted puede apreciar, al alcance de mi mano...

Y el joven Echezarreta hace una demostración práctica de sus veraces afirmaciones.

—En caso de un "panne"—un ponche, como se conoce en el vocabulario choferil,—yo mismo, sin ayuda de nadie, puedo desmontar la goma, reparar la cámara y colocarla nuevamente en su sitio. Todo es accesible e inmediato.

—¿Y circula bien por la vía pública?

—Sin la menor dificultad—replica.—Yo puedo ir en esta silla locomotriz hasta Santiago de Cuba. Por carretera su andar puede alcanzar hasta una velocidad de 25 a 30 kilómetros.

—¿Y esa marcha es segura? ¿No ofrece peligros? ¿Conserva la estabilidad...?

Ahora es el profesor Pujol el que contesta:

—Absolutamente segura... Viene a confirmar mi teoría de que la eliminación del accidente se logra cuando el automovilista hace de sí mismo una prolongación del vehículo.

—Exactamente,—añade Echezarreta.—Yo controlo la estabilidad en las curvas con mi propio cuerpo. Quiero decir que este aparato y yo constituimos una sola unidad. Lo manejo a mi antojo y con una inconsciente destreza, es que me permite el vocablo. Vea usted: A mi colegio voy, desde mi hogar, a bordo de mi silla. En ella me traslado hasta mi propia mesa. Me sirve allí de silla porque se ajusta sin dificultad a cualquier tipo de "bureau" corriente. En ella voy al cine, saco mi entrada y penetro en la sala. Tengo hasta la ventaja de que me instalo en el sitio que más me conviene, sin la preocupación de los restantes espectadores, sobre si obtendrán

o no buenos asentíos. Voy al parque de mi pueblo y paseo por él en unión de mis amistades. No me fago nunca. Y puedo, a voluntad, detenerme, retroceder o avanzar de nuevo en un espacio no superior a dos metros cuadrados...

—Es prodigioso,—arguyo.—El Profesor Pujol sonríe, y el joven Echezarreta hacia varias demostraciones objetivas con una agilidad sorprendente.

—Porque notará usted,—añade,—que mi silla se mueve no solo por medio del motor sino por medio de esta palanca de cigüeña. Yo puedo "desencluchar" la velocidad única, y entonces impulso mi aparato hacia adelante o hacia detrás, opcionalmente, con solo mover esta palanca fija. Eso simplifica su manejo, evita el ruido y el olor de gasolina quemada dentro de un local cerrado y me permite, como le indiqué antes, arremetir al borde de mi cama o instalarme frente a mi mesa de trabajo.

Sonríe, y en seguida agrega: —Después que comprobé el éxito, la utilidad y la simplificación de mi procedimiento, me puse a pensar en la necesidad de aplicarlo en un sentido general y comercial a los automóviles corrientes. Muchos sonrieron considerando que mi pretensión era vana. Pero yo di de manos a la obra. Adquirí un Chevrolet de uso. Le mandé a desarmar íntegramente, pieza por pieza. Estudié bien su mecanismo. Y de mayo a diciembre del pasado año 1930 pude construir y adaptar a un modelo de automóvil corriente mi sistema de un solo control, que permite al automovilista, sin utilizar para nada los pies, echar a andar su carro, detenerlo, impulsarlo, frenar de pronto y girar en todas direcciones con la misma facilidad y el mismo seguro acierto con que hoy se maneja cualquier carro...

El Profesor Pujol nos invita a comprobar el verismo trascendente de estas afirmaciones. Y nos instalamos a bordo de un Chevrolet sin pedales, listos para la prueba sorprendente. El timón en vez de ser fijo, como en los automóviles todos, es movable, o para ser más exactos: la barra oscila sobre su propia base a modo de palanca. Un leve movimiento hacia abajo sirve para hacer el embrague. El carro se pone en movimiento. Entonces se lleva el timón al punto medio y se introduce la segunda velocidad. Otro movimiento del timón hacia abajo y se impul-

sa el vehículo. Se repite la misma operación a la velocidad tercera y el automóvil alcanza así su marcha perfecta. El acelerador de mano gradúa a capricho la velocidad que se desee. Para detener el carro basta con impulsar el timón hacia arriba, ya que con este movimiento se desenclucha al mismo tiempo que se frena. Y es tan instintivo y natural el movimiento que todos los automovilistas lo realizan automáticamente, ya que la tendencia, en caso de movimiento de frenado, es apoyarse contra el timón para atenuar el accidente...

Sin práctica alguna y con las naturales imperfecciones de un ensayo inicial, comprobamos por nosotros mismos la eficacia y la simplicidad del método. Y el señor Echezarreta explica:

—Los dos inventos los he patentado ya en Cuba y en los Estados Unidos. Mi ideal sería embarcar para este último país para explotarlo como negocio. Pero ese me orienta. Me parece que tengo inmensas posibilidades de éxito. Y explicaré por qué.

En el hombre físicamente perfecto el automóvil está en relación con su estado económico. Es decir, que en un hombre y en un medio práctico para transportarse de un lugar a otro en sus negocios y paseos. Si es pobre lo explota al igual que un pequeño comercio.

En el hombre inutilizado parcialmente está en relación también con sus condiciones económicas, pero con un gran diferencial que en el primero es un lujo o utilidad, y en el segundo un negocio; en él es algo mayor, algo que lo representa casi todo; moverse por sí mismo, convertir la fuerza motriz en sus propias piernas.

Gran cantidad de personas han perdido el "Yo soy", debido a enfermedad o accidente y pertenecen en el presente al "Yo era". Indudablemente que si estos cientos de miles de personas que están arrinconadas en todo el orbe, pensando que fueron útiles a la sociedad, pudieran obtener un medio práctico para conducirse, se experimentarían un cambio brusco en su ánimo, en su físico, así como un retroceso simultáneo de "Yo era" al "Yo soy". Imagínese cuanto más feliz podría ser la humanidad si tuviera resuelto el problema de los inutilizados parcialmente. Cuanto más felices podrían ser aquellos hogares en que la desgracia entró en cierto día y dejó tras sí como estigma la inutilidad física, en parte, de un ser querido que dejó de ser quizá el eje sustentador de aquel hogar para convertirse en una carga viviente. Aquí el hombre que en el pasado fue útil con su inteligencia, con sus conocimientos, se ve apartado de la sociedad. Poseyendo la misma inteligencia, la misma actividad. Es decir, faltándole solamente la fuerza: LA AUTO-TRANSPORTACIÓN.

Las estadísticas nos demuestran que anualmente quedan inutilizados miles de hombres. No vamos a analizar la multitud de formas en que puedan efectuarse esos accidentes porque sería largo e interminable.

En guerras, minas, fábricas y ferrocarriles es donde tienen su mayor porcentaje estos accidentes.

El movimiento del acero es el que produce estos males y promete que en ese mismo acero está concentrada la solución del gran y difícil problema de los inutilizados.



ECHEZARRETA manejando su automóvil.

sin emplear para nada los pies.

a la vera de todos los directores sin jamás llamar la atención... Algunas tienen la cobardía del fracaso, son pesimistas o tienen un concepto demasiado elevado de la dignidad. Y muchas tratan, pero en vano, de que los ojos "expertos" se poseen un momento en ellas, y la luz maravillosa de la cámara arde en el alma de la elegida por el cielo, choque en las pupilas del director...

Es cuestión de suerte en la mayoría de los casos. Por ejemplo, una de las estrellas de cine más populares actualmente, tuvo la suerte, una noche, en el estreno de un film, de sentarse al lado de Maurice Chevalier, el gran canzonetista francés. El destino solamente hizo que aquella muchacha comprara un boleto, en un Teatro de capacidad para tres mil personas, exactamente al lado del que después ocuparía el actor de fama mundial. Y el milagro se realizó: a la llegada del idolo, cuando, como corriente eléctrica se fué pasando la voz de que Chevalier estaba en el coliseo, la murmuración tenía se convirtió en gritos delirantes... Los espectadores abarrotaron sus lunetas y los reflectores fueron corriendo, como un rayo monstruoso de luz, a posarse sobre el pedazo aquel en el cual estaban Chevalier y una muchacha desconocida y bellísima... Posiblemente algún Director se ocupó más de admirar a la mujer que al actor. Quizás pensó que, ya que Chevalier le sonreía, era una compañera del joven actor francés... los motivos nadie los sabe. El Destino, misterioso y caprichoso, la colocó allí, y como la más bella aventura, como el más delicioso capítulo de novela, pocos días después la desconocida *belladad* entraba en un Estudio para hacerse una prueba fotogénica... Esto prueba que no hay libro de ficción, no sea leída por el portento imaginativo del hombre ni soñada por el Poeta, que sea más fantástica y original que la novela vivida cada día en la vida real!

¡Hay tantos motivos; hay tantos caminos!

Ahora mismo, la sensación del momento en Hollywood es la ascensión rápida y prodigiosa de una chiquilla de diez y siete años ignorada completamente hasta a hace poco. Es cierto que tiene talento y que es bella. Pero, ¿acaso no hay muchas que también lo son, que también tienen talento, y que podían haber sido *descubiertas*?... Pero cada una tiene su propia "suerte".

Esta nueva "afortunada" se llama Marian Marsh. Es rubia como el trigo; tiene unos ojos de color complicado: azules a veces, grises otras, pero en todas las ocasiones enormes, rasgados, expresivos! Y tiene, mejor que esos ojos y mejor que la boca roja que una herida, la juventud triunfante: los diez y siete años pregoneros de felicidad y despreocupación...

Marian Marsh había aparecido en varios dramas de Teatro legítimo. Hasta había intervertido en uno de ellos el papel principal. Pero cuando quiso probar fortuna en el cine llegó para formar en el ejército de las que esperan. Se perdió en el montón. No tenía influencias, ni amigos generosos, ni, quizás, quería hacer claudicaciones... o no tuvo jamás que resolver el problema y trabajar duramente para vencer la tentación. Era, simplemente una desconocida en el enorme montón de "extrás".

Un día, empero, el gran actor John Barrymore escogió la cono-

Cartas...

(Continuación de la Pág. 26)

cida y clásica novela "Trilby" como vehículo para su próxima película. Y al querer revisar en los archivos de la First National y Warner Brothers las estrellas que estaban disponibles, se encontró con que ni una sola le gustaba para el papel de la protagonista, cuyo nombre había servido para titular dicha novela.

Barrymore mandó a que se hiciese una llamada a todas las extras de determinado tipo y se les hiciesen pruebas fotogénicas... No importaba que no fuera una artista de veras; él la "haría". Además, ¿para qué se necesitaba que en un film donde aparece el actor

más famoso de los Estados Unidos, la muchacha que fuera su dama joven tuviera o no grandes facultades histrionicas?... De todas maneras, toda la luz, toda la fama, toda la gloria se concentraría, como en un punto gigantesco, sobre la frente privilegiada del actor...

La prueba se llevó a cabo. Entre aquellas muchachas,—setenta o cien—estaba la insignificante y pequeña Marian Marsh... Llegó el día de que el actor formidable viera las pruebas en cuestión, y ante él fueron pasando, como en gloriosa perspectiva, aquellas muchachas bellas, jóvenes, represen-

tantes del elemento ambicioso de Hollywood... Fatidicamente, John Barrymore movía la cabeza en gesto negativo... Nerviosos, los productores ordenaban "el próximo", esperando que una leve sonrisa, un gesto de entusiasmo, iluminara el perfil aguillino del actor... Y le tocó el turno a Marian Marsh, cuando quedaban muy pocos rostros que pasar frente al lienzo luminoso.

John Barrymore se inclinó. Reajustó su cuerpo en la luneta y entrecerrando los ojos concentró su poder en la Pantalla... Un minuto después la voz vigorosa del héroe de "La Bestia del Mar" y tantos otros dramas formidables, preguntaba: "¿Quién es esa muchacha bella, jóvenes, represen-

(Continúa en la Pág. 38)

Habla HOLLYWOOD

—76 de sus Institutos de Belleza recomiendan el Jabón Palmolive para la hermosura del cutis



Los famosos especialistas de Hollywood: Cassidy, Ruby Himes, "Jim," Mme. Zollars y Simonelli se cuentan entre los 76 que aconsejan a las "estrellas" de la pantalla, el uso diario del Jabón Palmolive.



¡Juventud! ¡Incomparable atractivo! ¡Belleza natural! Todo lo refleja el cutis de colegiala de las hermosas estrellas de la pantalla.

¡EN HOLLYWOOD la belleza impera! Pero las seductoras estrellas no la aceptan como don del cielo... confían en sus especialistas para conservar su cutis siempre juvenil, siempre hermoso, ante el público exigente.

En este Hollywood, meca de la hermosura, 76 Institutos de Belleza recomiendan el uso diario del Jabón Palmolive para mantener los encantos del cutis. Son las 76 autoridades de Cinelandia... las que conservan la belleza de las estrellas que el mundo entero admira.

Tratamiento de Hollywood

El tratamiento aconsejado en Hollywood es el mismo que recomiendan más de 20,000 especialistas en belleza de toda Europa y América. He lo aquí: Dos veces al día, por dos minutos, dése masaje en la cara y el cuello con la rica y suave espuma del jabón Palmolive. Luego enjuáguese con agua fría... séquese perfectamente. Pruebe usted este tratamiento Palmolive en su cutis... ¡quedará encantada!

Los únicos aceites en el Jabón Palmolive son los aceites de palma, coco y olivo y ni un átomo de sebo o grasas animales.



Conserve ese Cutis de Colegiala

to a la ley y el mantenimiento del orden, para la prensa.

Paseándose impacientemente en su despacho, el jefe de detectives aguardaba la llamada de Frisch. Simultáneamente sonaron dos teléfonos. El sargento de carpeta le llamaba para decir que el capitán Dignan acababa de traer un indicio del Distrito Central. Dígame que me espere en las celdas.—Indicó el jefe. Por otro teléfono llamaba el concejal Ganss.

—¿Pete?
—Sí.
—Habla Ollie Ganss. ¿Cuando puedo verte?
—Estoy atareadísimo con el caso Karnes.

—Se trata de eso mismo. El Comisionado de policía me ha indicado que te vea cuanto antes.
—Sí, verdad?... Bueno, ven cuando quieras.
—Estaré allí dentro de un cuarto de hora. No digas nada a los periódicos hasta que hayamos hablado.

—Se aproximaba el infierno. Sí, Ollie Ganss nunca hablaba sin motivo. Generalmente lo hacía como representante del Comisionado de Policía, Yost, y otras veces en nombre del alcalde. El jefe comenzaba a sentir un molesto sudor en las manos. Los periodistas esperaban una declaración. El capitán Dignan estaba abajo con su preso el joven Kineaid. Rudy Karnes yacía muerto en el Metropolitan Hotel y ya su asesinato había trascendido a los altos círculos de gobierno.

Volvió a sonar el teléfono.
—Bracey, habla el coronel Toomis.
—A sus órdenes.

—El capitán Dignan, del distrito central, me llamó hace un momento. Se queja de que usted no le presta su cooperación en el caso Karnes.
—¿Por qué?

—Dice que ha detenido al asesino y que podría obtener una completa confesión si usted no le hubiera obligado a llevarlo a la jefatura.

—Oígame, coronel: ¿De s e cuando la gente de uniforme toma la dirección en los casos de homicidio?

—No quisiera que entre ustedes surgieran rencores inútiles, eso es todo. Tenemos que presentar resultados en este caso. Usted lo comprende bien. Le ruego que hable con el capitán y le tranquilice. Voy ahora mismo para allá, y lo solucionaré todo. Tenemos que trabajar de acuerdo. Jefe, eso es todo.

Dejándose arrastrar por el mal genio, el jefe de detectives colgó el receptor con tanta fuerza que un pedazo saltó. Abrió bruscamente la puerta de su despacho y gritó al sargento Mulroy.

—¿Dónde diablos está Bobby Frisch? ¿Por qué no me ha llamado?

—Hace cinco minutos que salió del Metropolitan, jefe. El sargento me indicó que venía hacia la jefatura.

Cuando el detective se disponía a cerrar otra vez la puerta, una joven que estaba sentada detrás de la mesa del sargento levantóse y se acercó corriendo.
—Capitán Bracey, necesito hablarle... se trata de Paul. Han detenido a Paul como asesino de Karnes. Necesito hablar con usted.

—Paul, ¿qué Paul?
—Paul Kineaid. Lo han detenido... pero él no mató a Karnes. Sé positivamente que él no lo mató. El...

ASESINATO!...

(Continuación de la Pág. 13').

El sargento Mulroy la cogió por el brazo.

—El jefe está ocupado, señorita... usted tendrá que esperar. Fué un torrente de angustiosas palabras lo que oyó el jefe mientras la muchacha le seguía hacia su mesa. De ello pudo sacar en claro que se llamaba Mary Brent; que trabajaba en una tienda; que había oído que el jefe Bracey era un hombre justo, incapaz de cometer un abuso y acusar falsamente a nadie.

El jefe la miró atentamente. Era una linda muchachita, aproximadamente de la edad de su hija Josefina.

—¿Cómo sabes que tu amigo no mató a Karnes?—preguntó bruscamente.

—Porque íbamos a casarnos el lunes. Usted puede comprender que un hombre que va a casarse el lunes no puede matar a nadie.

—El había amenazado con hacerlo.

—No son más que hablurías. Paul y Mr. Karnes tuvieron un disgusto porque Paul dejó de trabajar con él. Y Mr. Karnes dijo que Paul se estaba emendando porque yo le obligaba; y me llamó entrometido; entonces Paul le dijo que si volvía a hacerlo le mataba. Pero Paul no quería amenazarle. Paul es incapaz de matar una mosca.

—Tengo entendido que le cogieron corriendo a la puerta del hotel, con un revólver en la mano, después del crimen.

—No me importa. El no mató a Karnes. El capitán Dignan del distrito central es un bandido, y todo el mundo lo sabe. Paul no es un asesino, y si usted es hombre de verdad, jefe Bracey, seguirá la investigación hasta encontrar quienes son los verdaderos culpables. Paul me habló varias veces de los pistoleros que iban a jugar a casa de Karnes, y...

El sargento Mulroy se asomó a la puerta.

—El teniente Frisch desea verle, jefe.

Bracey se levantó.
—Vete a tu casa, muchacha.—indicó.—Si tu novio no es culpa-

ble de esto, nada le pasará. Vete a tu casa ya. Y ¿qué edad tienes?
—Dieciocho años.

—No me engañes, muchacha. No tienes más de dieciséis. Nada se te ha perdido para venir aquí a estas horas de la noche.

Mary Brent se acobalgó.

—Es que... soy la única amiga que tiene Paul. Y confío en que si usted es un hombre leal no le acusará de haber matado a Karnes. Estoy segura de que es inocente.

Conmovido y desasosgado por las lágrimas de la muchacha, el jefe de detectives la acompañó hasta la puerta. Fuera, indicó al sargento Mulroy:

—Esta muchacha se va a casar el lunes. Dile a la maestra que le mande a su casa en una máquina. Le hace falta descansar, ¿verdad, niña?

Mary Brent sonrióse a través de las lágrimas.

—Bueno, confío en su hombría de bien, y espero que mi novio quede en libertad esta misma noche.

—No, la cita de esta noche no podrá cumplirse. Pero puede ser que el novio te vaya a visitar mañana.

Luego, mientras el sargento Mulroy la dirigía hacia una salida lateral para evitar pasar entre los reporters y fotógrafos que esperaban a la entrada del despacho, Bracey se volvió al teniente de detectives Frisch.

—¿Dónde diablos has estado?

Frisch se estremeció nerviosamente.

—Tratando de averiguar quien mató a Rudy.

—¿Has logrado algo?

—Creo que sí.
—El jefe gruñó. Cuando estuvieron en el santuario de su despacho, con las puertas perfectamente cerradas, preguntó:

—¿Y la detención de Dignan?

—Acusa falsamente al muchacho.

—Bien preparada la acusación, ¿verdad?

—Dignan es especialista en esas cosas.

—Bueno, pero, ¿quién es el asesino?

Por toda contestación, el teniente sacó de su bolsillo una tarjeta del libro de registro del hotel. Luego una cartera. Arrojó todo aquello sobre la mesa, frente al jefe. Respirando ruidosamente Mulroy examinó la cartera.

—¿Conque el hermano de Dignan, no?

—Sí, el hermanito Samuel. Se miraron. Profundas arrugas surcaban el rostro del teniente. El jefe tenía la mandíbula inferior cuadrada, indicio firme de enérgica voluntad.

—¿Dónde encontraste eso, Bob?

—Estaba agarrado en la mano de Rudy Karnes.

Bracey murmuró:—Samuel estuvo bastante descuidado.

—No, nada más que acobardado. Tuvo que marcharse a toda prisa. Rudy tenía dos hombres de confianza en el pasillo.

El jefe se arregló el sombrero con un movimiento de impaciencia.

—Veamos si reconstruyo lo ocurrido bien. Bob, Samuel Dignan se enteró de que Rudy había estado entrevistándose con agentes del gobierno en aquel cuarto. Alquiló una habitación al otro lado del hall...—señaló a la tarjeta del hotel—...

—Del mismo lado del hall. El número 925.

Bien. Esta noche vistió a Rudy ariles de que leizaran los agentes del gobierno. Valiéndose de alguna astucia logró pasar entre los hombres de confianza de Rudy.

—Le conocían perfectamente, y pensaban que era amigo de Rudy.

—Bien, y para evitar que Rudy pidiera auxilio le ofreció su cartera...

—Samuel le debía a Rudy carterce mil pesos.

—¿Tan? Yo no me fiaría de Samuel Dignan por un real. Pero, de todos modos, Samuel mata a Rudy en cuanto éste cogue la cartera, y...

—Sale por la ventana. Hay una terraza sobre el piso octavo. Sigue por ella hasta su cuarto, y entra.

Hemos encontrado las huellas sobre el polvo.

Buen trabajo, Bob. Y entre tanto, ¿dónde estaba el querido hermano de Samuel, el capitán?

—Estaba preparando la emboscada a ese muchacho Kineaid. Probablemente le hicieron ir al hotel fingiendo una urgente llamada telefónica, y cuando salió le metió en el bolsillo un revólver igual al que usó Samuel.

El jefe de detectives arrancó de un bocado un pedazo de tabaco.

—¿Dónde está el revólver con que mataron a Rudy?

El teniente Frisch metió la mano en un bolsillo y sacó un pequeño paquete envuelto en un pañuelo.

Samuel debió tirarlo por la escalera trasera al patio, pero era demasiado flojo. Stevie Ryan lo recogió en la escalera.

—¿Para qué demonios la partida de la Avada, escoceria a un hombre tan inútil como Samuel Dignan para este trabajo?

—Nada de eso. Me he enterado de que los pistoleros pensaban atraer a Rudy a una emboscada. Pero Samuel y el capitán no podían esperar. Los agentes federales están siguiéndoles la pista hace meses.

El jefe de detectives Bracey se levantó. —¿Dónde está ahora Samuel?, preguntó tranquilamente.

—Todavía está en la habitación 226 del hotel Metropolitan.

Hubo una pausa. Luego, enton-

Extermine las repugnantes chinches-pulverice

FLYT

MARIA FOU BRADA

ces, por qué no lo arrestas, Bob? El teniente movió impacientemente las piernas.

—Es que... —Interrumpió.—hay muchas cosas que tener en cuenta además de Samuel y el capitán en este caso.

El jefe volvió a gruñir pareciendo que quería decir algo; pero finalmente acreó los dientes para callarse. Hacía meses que pidió a Bobby Frisch que vigilara a Rudy Karnes y los hermanos Dieman. Sabía que Karnes era el mayor de un importante par de contrabandistas de licores, y que Samuel Dignan era el agente general. Su hermano, el capitán, estaba encargado de facilitar la protección policiaca. Pero nunca había llegado a conocer donde comenzaba y en quien concluía la combinación. Al principio no quiso enterarse. Podía soportar mejor esa bajeza sin estar enterado de los detalles.

Ahora la situación era completamente diferente. El jefe había llegado a esperar secretamente que Rudy Karnes proporcionara pruebas suficientes a los agentes federales, y toda la combinación se deshiciera... Esta esperanza era la que le había impulsado a dirigir su ultimatum a la partida de la Avenida. Pero habían aceptado el desafío, y el jefe tenía entre sus manos un caso de asesinato. Si, la situación era completamente diferente.

Volvió a oír la voz de Frisch, diciéndole:

—He investigado completamente este asunto, jefe. Y pensé que debía venir a hablarle antes de arrestar a Samuel.

Bracey escupió un salvazo de tabaco.

—Hasta dónde se extiende la combinación, Bobby?—preguntó.

—Muy alto. El cuñado del coronel por un lado, por el otro el concejal Ganss.

—¿Qué hay del Comisionado de Policía?

—Puede ser.

—¿Y el caldaje?

—Creo que no.

Bracey, jefe de detectives, dió un paseó por el cuarto. Luego se dirigió al teniente Frisch y le puso las manos en los hombros.

—Bobby,—indicó.—nosotros somos verdaderos policías, verdad?

—Sí, somos policías verdaderos.

El jefe respiró profundamente, y de pronto pasó por su cerebro el recuerdo de su esposa Norah y sus siete hijos. Estaban ahorrando para costear la educación de los muchachos. Ahora su sueldo era de cuatro mil ochocientos pesos anuales. Sabía perfectamente lo que iba a sucederle cuando fuera detenido Samuel Dignan. No se conformaría con rebajarle y volverle a enviar al servicio general como teniente con doscientos sesenta pesos mensuales. Le dejarían cesante. Y tendría que trabajar como detective especial, con alguna tienda o agencia de seguros.

—Bobby,—ordenó firmemente.—Tráeme a mi bureau.

—Muy bien,—contestó con igual firmeza su subordinado.

Una contracción de su mano sobre el hombro fué la única demostración que hizo el jefe de que sabía que esa orden también le iba a costar algo a Frisch.

Tan pronto como salió el teniente se presentó a la puerta el sargento Mulroy para informar al jefe que tenía una porción de visitantes.

—El concejal Ganss dice que tiene un cita, y también está aquí Mr. Donohue, y el coronel ha es-

tado llamando de su despacho desde hace diez minutos, y el Comisionado desea que usted le llame.

Bracey miró al reloj. Eran las diez y media.

—Dígame que tienen que esperar. Voy a las celdas a interrogar a un preso.

Sin hacer caso de las protestas del sargento, Bracey cruzó el corredor en dirección a una puerta privada. Abrió y mojó ruidosamente en un elevador.

Un repórter, de guardia en el hall, le espiaba. Corrió hacia el jefe de detectives seguido de media docena de sus compañeros.

—Jefe, el coronel acaba de anunciar la detención de un individuo llamado Paul Kincaid por el asesinato de Karnes.

—¿De verdad? Bien, el coronel está encargado de facilitar la información oficial del departamento, muchachos.

—Pero, que hay en realidad?... Tienen pruebas contra Kincaid? ¿Cuáles son? Nosotros no hemos encontrado ningún testigo... el caso es de sensacional importancia... ¿Qué vienen a hacer aquí todos esos personajes del ayuntamiento, jefe? Por favor, díganos algo?

Indignado interiormente, pero aparentando una gran tranquilidad exterior, se escabulló de los repórteres y bajó solo el elevador.

—De modo que eso se preparaba? ¿Conque tratando de lanzar al muchacho inocente a la silla eléctrica? Pensaban que él lo iba a consentir. Jamás. No, imposible.

No sabían ellos las pruebas que él tenía contra Samuel Dignan. Tampoco estaban enterados de que Bobby Frisch había ido a detener al verdadero asesino. Pobre muchacho este Kincaid. El jefe de detectives recordó las palabras de su novia: "si usted es un hombre de verdad pondrá en libertad a Paul". Encantadora muchachita. Leal en los momentos de peligro. Se llamaba Mary y tenía aproximadamente la edad de Josefina... Bueno.

—Segundo piso, jefe.—Interrumpió sus reflexiones la voz del hombre encarado del elevador.

—¿Como? Ah, sí.

Atravesó rápidamente un corredor dirigiéndose a una habitación interior, de gruesas paredes y de pésima ventilación. La llamaban "La Jaula". Llamó a la puerta golpeando con el puño. Su rostro estaba congestionado.

—¿Quién es?

—Bracey.

Un hombre alto, vistiendo uniforme de capitán de policía, abrió la puerta. El jefe le empujó para pasar. sin ceremonia alguna.

—¿Qué estaban haciendo aquí?

Doiscentos del Distrito Central se levantaron de sus sillas. En el centro de la habitación, bajo una calurosa lámpara de filamento, había una mesa, y alrededor de ella cinco sillas. Un muchacho delicado y rubio estaba derrengado sobre una de ellas. Cuando vió al jefe le miró como si no se acordara de tener que ser era. Sus ojos aterrorizados resplandecieron sobre él, midiendo su tamaño, su probable brutalidad. Sus miradas se detuvieron un momento en las peludas manos, pero no pronunció el menor sonido; tenía los labios tan apretados que formaban dos líneas blancas.

—¿Qué están haciendo aquí?—volvió a preguntar el jefe.

El capitán Dignan se acercó a la mesa.

—Estamos interrogando a este preso, jefe,—contestó, mientras que sus agentes, vestidos de paisa-

no, permanecían silenciosos se-
cándose el sudor.

—¿Sobre qué?—interrogó escuetamente.

—Ha matado a Rudy Karnes.

—¿Crees eso, Dignan?

—Estoy seguro. Tendré una declaración completa antes de que amanezca.

El jefe de detectives miró atentamente a Kincaid. Bah, un muchacho con la energía normal, pero nada más que un niño. No duraría ni hasta las tres de la mañana. Si lo maltrataban, tendría que acabar cediendo. A las cinco de la mañana estaría dispuesto a firmar cualquier cosa.

Volviendo la espalda al capitán Dignan, Bracey se dirigió hacia el prisionero. Kincaid le miró acercarse con angustia. Seguramente se había oído hablar de "la jaula" de la jefatura.

—He estado hablando con tu novia, muchacho,—dijo al preso. El muchacho pareció animarse, pero luego volvió a dominarle la ansiedad, suponiendo que se trataría de una nueva trampa. No contestó.

—Me dijo que os ibais a casar el lunes.

Kincaid se estremeció y las lágrimas cubrieron sus ojos, pero no quiso hablar.

El jefe de detectives le puso amablemente una mano en el hombro.

—Me parece que has oído decir que los policías cometemos violencias, eh? Pues... es verdad. Algunos de nosotros, por lo mejor, se mecen lo que el público piensa. Para el muchacho aquello seguía siendo una trampa. Se miraba fijamente a las manos.

—Muy bien muchacho,—continuó Bracey.—Puedes marcharte.

A pesar de sí mismo, el muchacho sonrió agradecido. Saltó de su asiento y fué a coger la gorra.

—Un momento, jefe.—interrumpió el capitán Dignan.—Usted no puede poner en libertad a este preso.

Bracey se volvió.

—¿Quién dice que no?—Y luego dirigiéndose al joven:—Márchate en seguida.

Pero el preso se volvió a dejar caer en su silla. Este era un preso demasiado cruel. Estaban tratando de atontarle.

Habló nuevamente el capitán Dignan:

—Tengo órdenes del coronel para acusar a este preso de asesinato. ¿Va usted a desobedecer eso, Bracey?—El jefe le dirigió una mirada que le hizo apartarse.

—Vamos a la oficina del coronel y arreglaremos esto, Dignan.

—Perfectamente.

Bracey se dirigió a los dos detectives:

—¿Y, ustedes no me molesten al preso, entendido?

Ambos asintieron.

En el piso superior, allá en la oficina del coronel, el jefe se dispuso a hablar claro. Dignan fué el primero en informar, formulando diferentes indicaciones para llegar a dirigir la categórica interrogación: "¿Fonemos en libertad a ese asesino?"

El coronel Josiah T. Toomils moviase intranquilo en su asiento, rehuyendo mirar de frente al jefe de detectives.

—Usted está seguro del caso, ¿verdad, capitán?

—Hay bastantes pruebas contra Kincaid para hacerlo llevar a la silla eléctrica—replicó Dignan con voz firme.

—Entonces, Pete,—indicó el coronel,—usted no tiene motivos de protesta. No podemos poner en

(Continúa en la Pág. 40.)



El retoque final de trazo de
michel

El Creyón
...auxiliar insustituible de las más delicadas bellezas.

El Creyón Michel pone una delicada nota de color en los labios de la mujer y les da un aspecto de exqu coasta y atropellada suavidad.

Es el auxiliar insustituible de la mujer elegante que encuentra en su perfecta adherencia, su permanencia indeleble y su armonioso matiz cualidades inapreciables para realizar su hermosura.

El Creyón Michel se adapta a todas las complejidades y la mayor viveza de su color natural depende de la cantidad empleada. Para los tipos muy trigueros que deseen un creyón obscuro recomendamos las nuevas creaciones Michel "Medianoche" y "Cereza".

Otros productos Michel son: El Arródel, que se caracteriza por su adhesividad y permanencia; las Polvas y Polvos Compactos, insuperables por su poder emoliente e impermeabilidad, y el Arródel Crema que puede usarse indistintamente en las mejillas y en los labios.

GUSTAVO V. MUELLER MICHEL COSMETICS, INC. New York, U. S. A.



Creyón, tamaño grande \$1.00, tamaño pequeño \$0.35. Arródel y Arródel Crema \$0.80. Polvas y Polvos Compactos \$1.00.

Embellceza Su Cutis Con Cera Mercolizada

Cutis de nivea blancura y lozano... manos y brazos y hombros de irresistible fascinación... he aquí los encantos que toda mujer puede poseer mediante el uso de Cera Mercolizada pura con regularidad. Con suavidad y sin molestias hace caer la tensión capa de cutis exterior en invisibles y diminutas partículas. Los granos y todas las otras manchas que tanto afean un rostro desaparecen completamente. Su nuevo cutis es suave y claro, lozano y juvenil. La Cera Mercolizada hace resaltar la belleza oculta. Saxolite en Polvo reduce las arrugas y otras huellas de los años. Lávese la cara diariamente en esta loción astringente: 1 onza de Saxolite en Polvo disuelta en un cuarto de litro de bay rum. En todas las boticas.

CARTELES

COUDRAY

14, Rue Chauveau-Lagarde, PARIS

EL MEJOR DEL MUNDO

75 años de éxito

Procura un verdadero baño de leche, es inimitable

Bien exigir el célebre Jabón LACTEINE COUDRAY, PARIS



Para tratar asuntos relacionados con el departamento de Anuncios de Carteles o Social llame al teléfono:

U-8121

Gracias.



Use "PASSE-PARTOUT"
EL ME TODO SENCILLO
PARA MONTAR CUADROS
Instrucciones GRATIS

Tan fascinadora es esta labor, que muchas jóvenes y señoras dedican sus ratos libres a hacer bonitos cuadros por este método, con admirables resultados. No hay más que seguir las instrucciones del folleto que envía gratis la casa Dennison, después de haberse procurado unas cuantas franjas de papel *Passé-partout* Dennison a poco costo, en cualquier librería o papelería.

Envíese el cupón que va al pie y se recibirá un folleto de instrucciones, con multitud de grabados e indicaciones útiles.

DENNISON CIA. (Depo. H-65)

Frammingham, Mass., E. U. A.

Si recien me mande gratis el folleto No. 453 - Como hacer Marcas para Cuadros por el Método Dennison.

Nombre.....

Dirección.....

Publicidad.....

También pueden lida, enviarme, gratuitamente los folletos que señalo continuación:
 No. 451, Diferencia... No. 456, Adornos de Mesa
 No. 452, Flores... No. 457, Castos de Papel
 No. 454, Letras... No. 458, Arreglos y Deco-
 ración... No. 459, Escaparatados
 Dennison... No. 459, Decorado de Salones,
 Corozas, Automóviles y Puertos

PAPEL CREPE Y OTROS PRODUCTOS



CARTAS...

(Continuación de la Pág. 35)

chacha?... Esa es la que quiero. Que venga mañana"... ¡Y no hubo un comentario más!

El Hada Madrina de Marian Marsh acababa de tocar en la frente de su ahijada con una varita mágica y la gloria, al conjuro de aquel toque, bañó a la chiquilla con todo su esplendor... ¡Cuestión de suerte!

¡Por qué John Barrymore escogió para su obra, que más tarde tomó el nombre de "Svengali", que corresponde al héroe de la misma, esto es, al propio Barrymore, a esta muchachita desconocida, de entre tantas otras tan bellas como Marian?...

Y como en Hollywood los cuentos de Hadas y las bellísimas leyendas de maravillas no encuenan siempre corazones propicios, hay quien dice que el único motivo por el cual el actor escogió a Marian Marsh es el notable parecido que tiene ésta con Dolores Costello. La esposa del actor...

¡Y, efectivamente, el parecido es cierto y notable! Marian Marsh, en algunos momentos, es la viva imagen de Dolores, heroína también en tantos dramas hermosos y humanos!

Algunos sonríen misteriosamente cuando se habla de la prontitud con que este parecido impresionó a Barrymore. Yo no me sonrío; y si acaso lo hago, es con una sonrisa de comprensión. Para mí, el tributo más hermoso que John

Barrymore le ha pagado a su mujer, si es cierto que solamente por parecerse físicamente a ella escogió a su nueva dama joven, es eso: haberla escogido por semejanza rancia. Prueba que mientras sus ojos querían descubrir a la mujer que llenara dignamente la parte de "Trilby" en la obra que preparación el actor, su espíritu, su alma entera, estaban poseídos por la bella imagen de Dolores. Yo conozco la historia de los amores de esta pareja que representa la aristocracia del arte; sé también que Barrymore, el solterón empedernido, el Don Juan victorioso, adorado por las mujeres, desecado ardientemente por ellas; atraído con todas las artes por las madres de hijas casaderas, claudicó en honor del amor que sintió por Dolores Costello. Fueron unos amores tempestuosos, donde no faltaron lágrimas y risas, comedia y drama... Los padres de Dolores opinaban muy distinto respecto a las posibilidades de aquel futuro yerno... La madre ayudada por los amores, el padre se oponía... Un día hubo toletazos, castigos rotos, carreras... Barrymore se alejó de la casa de la novia... Dolores lloró, y sus hermosos ojos azules presentaban un triste aspecto, con ribetes rojos... El rostro dulce de la muchacha, tan amada por los públicos, palideció, y el pobre lirio languidecía de tal modo que la familia comenzó a sentirse preocu-

pada, y por fin Dolores pasó a ser la señora Barrymore... Hoy es no solamente su mujer, sino la madre de su hija. La gloriosa madre de una nueva Barrymore que tiene, quizás como Simbol, el nombre de la tía, Ethel, la famosa actriz hermana de John...!

Però, me alejo del tema. Marian Marsh, pues, logró, gracias al parecido glorioso, ser elegida por Barrymore para el principal papel de su película "Svengali". Y la labor de esta chiquilla rubia no ha dejado mal impresionado al famoso actor, porque nuevamente la escogió para su dama joven en otro film que se rueda en estos momentos en los Estudios de Hollywood: "The mad genius"... Y como si haber sido escogida y admirada por Barrymore fuera poco, en seguida otros estudios la quieren; la desconocida Marian Marsh es una figura importante en Hollywood; su fortuna está hecha. ¿Se parece a Dolores Costello?... Pero tiene talento propio, tiene personalidad y merece triunfar!...

"¿Cómo son las mujeres que llegan a la meta en Hollywood? ¿Qué camino conduce a la gloria?... Ya te lo he dicho, Helen: todos y ninguno. ¡Las mujeres tienen que ser como todas las mujeres... que tienen talento y suerte!

Tuya,

MARY.

Nuevas...

(Continuación de la Pág. 23)

tamente lo recibieron y actuó continuo también el farsante comenzó, haciendo uso de sus más sonoras palabras y de los gestos grandilocuentes que le eran peculiares, un relato pormenorizado de las circunstancias en que conoció y trató—para la mayor gloria de la Patria y de la Libertad!—a los contra-revolucionarios. Barre y sus compañeros, conocedores de los sucesos de la noche anterior en el Club de los Jacobinos, escucháronle sin interrumpirlo: el primero sonreía y los demás se lanzaban a hurtadillas miradas cargadas de asombro. El exponente, hombre de tribuna al fin y al cabo, conocedor inventario de la psicología del oyente, observó desde el primer instante la fría enemiga del Comité, pero continuó perorando como si nada notara. Por último lanzó sobre la mesa el fajo de asignados y exclamó:

—Los traidores se nombran Basire, Delaunay, Julien y el banquero Benoit. Podréis aprehenderlos mañana a las ocho de la noche, en mi casa. Mandad a vuestros hombres y os los entregaré atados de pies y manos...

—¡Afirmas precisamente vuestro patriotismo, ciudadano!—se creyó en el caso de advertir Barre, —pero ¿estáis seguro de haberlos nombrado a todos?—Y sonrió con una sorna que puso la carne de gallina al delator.
 Rebucó en su memoria.

¡Por mí fe: iba a olvidar al principal de ellos, a un joven nombrado Andrés Luis Moreau!

Ya me lo parecía a mí. Bien entonces queda entendido; a las ocho de la noche, mañana.

Sus compañeros asintieron y Chabot, no hallando nada más que decir, salió con la sonrisa de Ba-

rré y su recuerdo de Moreau baloteándole en el cerebro. ¿Por qué sonreía? ¿Y cómo sabía que él debía denunciar a Moreau? ¿Todo ello no era enigmático? Desde luego... Pero qué no resultaba enigmático ya para el espantado Chabot?

¡Maldito Barre! ¡Siempre lo había oído! No podía negar que era un aristócrata! Porque lo era...! Su nombre completo era Bertrand Barre de Vieuzac y procedía de Tarbes.

¡Ya le otorgaría en el futuro un poco de atención, la suficiente para que cayera de su presidencia del Comité y de paso perdiera la cabeza; jaquella cabeza cuyos labios sabían sonreír tan endiabladamente cuando menos necesario era!

Los arrestos tuvieron lugar al siguiente día a las ocho, como de costumbre. Chabot fue el primero de la noche, sino de la mañana. Todos los nombrados fueron cayendo en manos de sus aprehensores separadamente. Primero el propio Chabot, a quien tuvo necesidad de maniatar y de amenazar con una mordaza el jefe de la escolta para que dejara de luchar y de proferir obscenidades que hacían palidecer y laparsarse los ojos la pequeña Lepoldina. Después cayeron Basire, Julien, Delaunay, Benoit y Fabre d'Eglantine. a quien Chabot había olvidado, pero a quien Moreau no había por cierto deshechado citar en su informe.

A las doce de ese día la faz de París había cambiado por completo. Grupos compases de hombres y mujeres de sinistra catadura se preguntaban en alta voz en los jardines de las Tullerías, en las calles que daban acceso a la Con-

vencción y en la entrada de la Convención misma, en quienes podían creer ya, toda vez que sus legítimos representantes, salidos de su seno y exaltados por ellos al máximo organismo gubernativo, se vendían al mejor postor y se dejaban ganar por unos cuantos miles de francos en asignados... Se advertía el genuino descontento de un pueblo que se consideraba vendido y que, novicio en los menesteres del gobierno propio, no sabe hacia qué lado extender los brazos implorantes, puesto que todos lo engañan valiéndose de su credulidad. A mayor abundamiento, numerosos individuos de esos que no aparecen en las calles sino los días de conoción popular, de revuelta, de motin, deambulaban por donde quiera exclamando que Francia había cambiado unos tiranos por otros y que a la postre, para obtener tan parvos resultados, mejor y sobre todo más económico hubiera resultado no golliotinar a los reyes ni expulsar a los Borbones...

Tratábase de agentes del barón de Batz, que éste había lanzado a los cuatro extremos de la ciudad perfectamente aleccionados, mientras establecía como de costumbre su cuartel general, en la cascita de la calle Ménars.

Cerca de la una hizo su aparición en ella, Andrés Luis. Estaba livido, sus manos temblaban y en sus ojos un fulgor extraño, que De Batz no conocía, hizo a éste inclinarse inquieto:

—¿Dónde habéis estado?

En el Comité de Seguridad Pública. A recibir las gracias de sus miembros.

Y relató rápidamente a su amigo todo lo que hiciera en relación con el arresto de los diputados infieles.

—¿Vos mismo los delatásteis?
 — Si: escojí cuidadosamente aquellos que Chabot denunciaria y no me equivoqué sino con un nombre, a mi favor, por supuesto: el de Benoit, que excluí de intento pero que Chabot incluyó. ¡Qué soberbio ramillete componen todos estos pillos, al fin coridos!

Rió a carcajadas, histéricamente. Se había impuesto un género de trabajo que le repugnaba y que

llevaba a término, sin embargo, impiadosamente. A sus ojos era tan loable su acción de acabar con aquella colección de bribones—que hubiera resultado interminable de seguir probando representantes a la Convención—como lo sería un propietario envenenando a los parásitos que arruinan sus plantas y extendiendo epidemias entre su ganado. ¡Pero qué diablos: no se nace en vano con un alma de caballero!

Dijo a De Batz que lo miraba curiosamente:

—¡Mi querido Juan: hemos levantado una tempestad que tardará bastante en aplacarse!

Así fué, ciertamente. Si buscáis el *Moniteur* de aquellos días podréis seguir paso a paso el escándalo en la Convención. Las invectivas, los apóstrofes que se lanzaban a la cara los Padres de la Patria, sus luchas por sobrevivir a la terrible racha que amenazaba

barrer cosas y hombres hasta sus cimientos y sobre todo los calificativos que merecieron Chabot y sus compinches. Marbetose su delito de "Peculado y conspiración tendiente a envilecer y destruir por medio de la corrupción el gobierno de la República".

La tempestad tardó mucho en aplacarse. Las detenciones se sucedían, porque el gobierno para mantenerse al pueblo relativamente

(Continúa en la Pág. 42.)

¡No use imitaciones!



**Compre
HOJAS**

Gillette

**legítimas, de este tipo,
a precio reducido**



Ahora puede Ud. comprar hojas Gillette legítimas al precio que se venden las de las marcas corrientes.

Estas magníficas hojas Gillette, del tipo de tres agujeros ilustrados más arriba son las inmejorables hojas que hicieron famoso el nombre Gillette en todo el mundo.

¡Aprovéchese! Goce del lujo de afeitarse sin escozor alguno, dejando su cutis suave y fresco todas las mañanas del año.

Gillette Safety Razor Co. of Cuba
 Manzana de Gómez 466, Habana.

**a 5¢
cada
una**



Estas hojas Gillette legítimas sirven para las navajas de tipo Gillette anti-guás.



libertad a un asesino, por simple capricho suyo. Compréndalo y sea razonable.

Había, pues, llegado el momento decisivo de desenmascarar a todos.

—Coronel,—dijo Bracey serenamente,—yo tengo otro hombre detenido por el asesinato de Karnes. Y el mío "es el verdadero asesino".

El coronel contrajo las cejas, el capitán gruñó de indignación, con entonación agresiva.

—¿Quién es, Pete?—preguntó el coronel.

—Samuel Dignan. El hermano de este....

Después siguió hablándoles. Relató toda la verdad. Les anonadó con fuertes palabras. Dignan trató de interrumpirle algunas veces, pero siempre le hizo callar a manotones. Les dijo la verdad, completa, y comprendía que estaba hablándoles de cosas que conocían ellos; los maldijo y amenazó, explicándoles verbalmente todas las pruebas que tenía.

—No lo consentiré, malditos!—terminó.—Samuel Dignan mató a Karnes, y debe subir a la silla eléctrica. Ha de achicharrarse aunque fuera preciso quemar también a todos los politicastros de la ciudad. ¿Me entienden?

—Pero, Pete escucha!... Cállate... te lo ruego,—murmuraba el coronel.

Pero ya había abandonado la habitación para dirigirse a su propio despacho. Oyó otras voces que pretendían hablarle, sintió manos que le cogían por la ropa. Se deshizo de todos y fué a refugiarse en la soledad de su despacho. Indignado y cubierto de sudor se dejó caer en un sillón... No pensaba más que en el castigo que había de recibir próximamente, y que resultaría insportable. Su empleo, la posición alcanzada en veinte años de trabajos, todo perdido para siempre. Había terminado. Ya estaba sin empleo. Por la mañana había dejado de ser jefe de detectives... Vagamente escuchaba los ecos levantados por su desafío en el exterior. Voces excitadas. Pasos que cruzaban corriendo. Sonidos de timbres telefónicos y llamadas. Nada le importaba. ¿Para qué? Pero, a pesar de todo, una ardiente indignación seguía abrazándole, percibiendo el latido de sus sienas. ¿Por qué había de perder su empleo? Se había limitado a ser leal. Solamente había cumplido su deber. ¿Qué motivo había para que él y otros policías quedaran cesantes por cumplir su deber?

Verdaderamente no tuvo siquiera tiempo para pensar y buscar la razón. El timbre de su mesa sonó insistentemente.

Bobby Frisch llamaba.

Asesinato!...

(Continuación de la Pág 37).

—¿Qué hay?

—Le hemos cogido, jefe.

—Bien. ¿Dónde están ustedes?

—Séptima estación de policía. Insiste en ver un abogado, así es como he pensado preferible no llevarlo a la jefatura hasta que todo esté preparado.

Llamaron a la puerta.

—Bien, Bobby,—dijo Bracey.—Tenlo bien guardado, no permitas que se acerque a un teléfono. Te llamaré dentro de media hora. El sonido de la llamada a la puerta se hacía insistente. Una frase de las pronunciadas por Frisch martillaba la imaginación del jefe: "hasta que todo esté preparado". De pronto comprendió que no había preparado nada. Solo les había dicho al coronel y a Dignan lo que pensaba de ellos. Había arrestado a Samuel Dignan. Pero el joven Kincald seguía detenido bajo la acusación de asesinato. Y faltaba todavía mucho para que fuera condenado Samuel Dignan.

Más llamadas. Se levantó y dirigióse a la puerta con paso vacilante. Había pensado que con sus incupaciones en la oficina del coronel estaba arreglado todo. Pero no era así. Abrió.

"Tim" Donahue y el concejal Ollie Ganss le esperaban, discutiendo entre sí.

—Tú me dejas entenderme con Pete.—Estaba diciendo Ganss.

Vieron entonces al jefe de detectives.

—Dejaré que Ollie se encargue de hablar, Pete.—Dijo Tim cediendo.—Y cuanto él diga se refiere a todos nosotros. Así es que atiéndele.

Desconcertado por las rápidas variaciones de la situación, permitió que el concejal Ganss le acompañara hasta volver a su mesa. Siempre le había sido simpático Ollie. El concejal hablaba su mismo lenguaje. Nunca había intentado impresionarle con palabras escogidas.

Oyó que Ollie comenzaba a decir:—Píjate, Pete: en que situación nos has colocado. El coronel casi sufre un ataque, y Vernie Dignan grita sobre una acusación ante el Gran Jurado.

Contestó:— "La situación es bien clara. Samuel Dignan mató a Karnes. Tengo todas las pruebas de su crimen, y ha de subir a la silla eléctrica. Eso es todo. Ollie róse.—Espera un momento, Pete. No te parece todo eso tozto. Conviénete que si....

Tengo las pruebas.

—Puede ser que sí. ¿Pero eso qué importa? No tratarás de en-

gañarte a tí mismo suponiendo que puedes hacer condenar a Samuel con tu acusación, ¿verdad?

—Si presento las pruebas tendrán que castigarlo.

—No te engañes. En primer lugar, Pete, tanto Samuel como su hermano son traicioneros. Si me temos en un lío a Samuel formarán una tormenta ante el Gran Jurado.

—Muy bien. De nada pueden acusarme.

El concejal asintió.

—Si todos estuvieramos en tu situación, Pete, la cosa sería diferente. Pero no es así. Esos sabuesos del gobierno nos siguen el rastro por haber tenido un pequeño negocio de licores. Tú lo sabes. Estaban tratando de obligar a Rudy Karnes a hablar amenazándole de desenterrar otro caso suyo por venta de licores. Por eso no podía estar tranquilo.

El jefe de detectives replicó:—Que habien. Yo solo cumplí mi deber.

Tosiendo discretamente, el concejal Ganss fué directamente a su objeto:

—Tú no estarás aquí, Pete. Siento tener que decirte lo, pero esa es la verdad. No estarás aquí para cumplir ningún deber. El coronel ya ha escrito la orden separándote. He logrado que no lo publiquen los periódicos, porque sé que te volverás razonable.

El detective estaba indignado:

—Cesante o no, siempre podré presentar las pruebas que bastarán para quemar vivo a Samuel.

Ganss movió negativamente la cabeza.—Solamente hay un hombre en el departamento de policía que te apoyará siempre. Es Bobby Frisch. Todos los demás tienen sentido común, y quieren conservar sus puestos. Te lo aseguro, Pete, nada lograrás. Estamos demasiado de nosotros amenazados en el caso.—El policía sé levantó de un salto. Tenía que luchar contra su propio sentimiento de impotencia. Descargó un puñetazo sobre la mesa:

—Al diablo con ustedes... con todos ustedes,—gritó.—No me importa que todos los miembros del Ayuntamiento vayan a la cárcel. No me preocupó si....

La voz del concejal se hizo escuchar, igualmente inexorable:

—Eres un hombre leal, Pete, y siento realmente que la situación se haya agravado tanto que me obligue a hacer lo que hago en este momento. Samuel Dignan no puede ser acusado de este crimen. Y, si no te tranquilizas y refrescas tu cabeza, algún pobre ino-

cente arderá en lugar de Samuel!

—¿Qué quiere decir eso?—Ganss se levantó.—Ese muchacho es Kincald.

Bracey se inclinó, abrumado. Había olvidado cuanto se refería a ese muchacho.

—Cualquier hombre está dispuesto a recurrir a medidas extremas para librarse de ir a la cárcel, Pete,—continuó Ollie Ganss,—y otros harían igual por conservar sus empleos. Sabemos que han de hacerse escandalosas protestas en los periódicos si no se aclara el asesinato de Karnes. Y tenemos las elecciones en otoño.

Los anuncios en SOCIAL y CARTELES no se pierden entre sábanas de papel; están al alcance de la vista. Y se LEEN.

Dignan, el comisionado de policía y... otros varios, son partidarios de cargar la culpa sobre Kincald, y...

El concejal Ganss movió la mano despreciativamente. Soy contrario a eso, Pete. He discutido con ellos, manteniéndome firme contra eso. Por fin logré que aceptarían dejar en libertad a Kincald, a condición de que tú dejes a Samuel Dignan.

Al diablo.

—Espera un momento. Los muchachos están dispuestos a ofrecerte ventajas. He venido en lo que este caso quede archivado como "sin resolver" y aguantar la tormenta pública. Sabemos que ha de ser escandalosa. Es posible que tengamos que reorganizar la policía, y hasta que hayamos de cambiar de comisionado. Pero todos están dispuestos a aceptar eso para que tú te calles y procedas Juiciosamente. Después bien, Pete.

Bueno... después de todo, variaría su empleo y evitaría a aquel muchacho una serie de disgustos. Hasta quizás le salvaba la vida. Por otra parte, ¿qué pago recibiría él por pretender castigar a Samuel Dignan? Jamás lograría que fuese condenado. Ahora lo comprendía. Era insensato luchar contra las autoridades.

Tres minutos después cogía el teléfono y llamaba a Bobby Frisch, a la séptima estación.

—¿Bobby?... Te habla Pete. Oyeme, déjalo ir... No, ni siquiera registres la detención. No tenemos probabilidades de mantener la acusación. Mañana te lo explicaré cuando te vea... Sí. Gracias, Bobby.

El jefe miró al reloj cuando cogió el receptor. Eran las 11:43 p. m. Poco antes de media noche el jefe de detectives, Peter Bracey se dirigía a su casa, en su automóvil. Se detuvo un momento en un cruce de parada obligatoria del Boulevard. Otro automóvil que venía detrás siguió la marcha. El jefe pisó el acelerador y alcanzó al otro vehículo antes de llegar a media cuadra. Ordenó al conductor que arrimara a la acera y se apeó. El chofer estaba alcohólicamente indignado.

—Oiga,—decía—no me puede detener. ¿Sabe quien soy yo? Amigo personal del alcalde. Eso es, no me puede arrestar!

Con una salvaje exclamación el jefe de detectives le agarró por el cuello, arrancándole de su asiento.

—Tú verás si no puedo maldito—gritó.—Ahora mismo vamos a la estación.

HEMORROIDES

Siempre **ALIVIADAS** y la mayor parte de las veces **CURADAS** con la **POMADA MIDY**

REPRESENTANTES PARA CUBA APARTADO 137. HABANA.



CIENFUEGOS.—El maestro **PASTOR** rodeado de un grupo de alumnos durante los exámenes efectuados en la Academia de Música que dirigen las señoras Emma y Evangelina **MARENE**. (Foto Beo Alvarez).



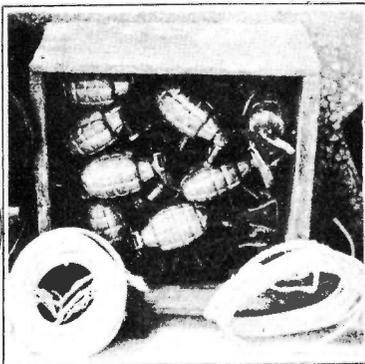
SANTIAGO DE CUBA.—Grupo de profesoras y profesores de Instrucción Pública que tomaron parte en las oposiciones. (Foto Moisés).



SANTIAGO DE CUBA.—Mestras habilitadas que se habían acudieron a las oposiciones. (Foto Moisés).



SAN LUIS, P. DEL R.—Señorita **EMMA MAREMOL VALDES**, que acaba de obtener el título de Profesora de Piano con las más altas calificaciones, y que abrió su escuela en la Academia "Adelphi", bajo su dirección, en esta localidad. (Foto Buenaño).



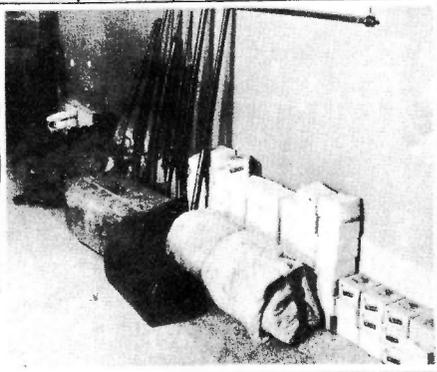
SANTIAGO DE CUBA.—Bombas de mano recuperadas. Los sediciosos por la fuerza del Ejército. (Foto Moisés).



SANTIAGO DE CUBA.—Tribunal calificador de los opositores para maestros celebrados recientemente en esta ciudad. (Foto Moisés).

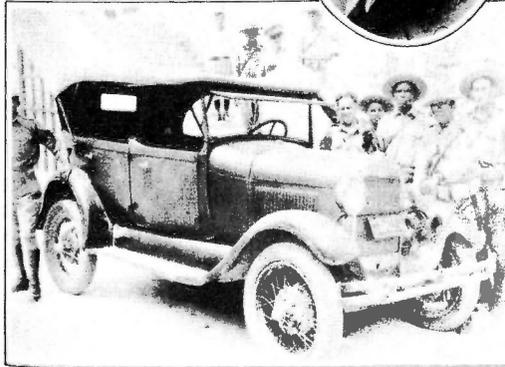


YABA.—El acreditado alumno de Medicina **RAIMUNDO ESPINOSA SÁIZOL**, que se ha trasladado a Francia para terminar su carrera. (Foto Aguilera).

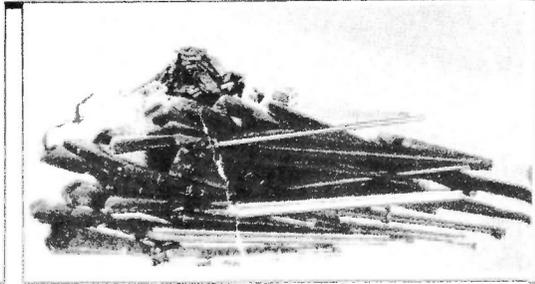


SANTIAGO DE CUBA.—Perforados de guerra que se ocuparon a los cañones del ejército. (Foto Moisés).

SANTIAGO DE CUBA.—Fuerzas del Ejército ocupando el cuartel en el que vivían varios sediciosos. (Foto Moisés).



SANTIAGO DE CUBA.—Rifles que destruyeron los en el punto de reunión de los sediciosos. (Foto Moisés).



tranquilo tenía que presentar a diario una víctima. Así cayeron en manos de los sabuesos del Comité de Seguridad Pública los hermanos Freys y hasta la misma Leopoldina. Robespierre se hallaba en el colmo del desasosiego. De hecho se vió envuelto en el mar de pasiones desbordadas, y durante un momento se arrojó a la mara por su vez. Por tanto extendió la mano en súplica hacia el único hombre en quien confiaba por su lealtad a toda prueba y por la vivísima inteligencia que lo distinguía: el Caballero de Saint Just, que se encontraba en Estrasburgo infundiendo el santo terror de la guillotina a los habitantes de aquella remota región francesa, a la que hasta entonces no habían llegado los latidos revolucionarios sino erradamente atenuados.

Y Saint Just se presentó como un San Gabriel que hubiera cambiado su espada flamejera por la más contemporánea guillotina; precedido por ésta, ya que el joven miembro de la Montaña había sido el más noble instrumento creado por la macabra inventiva del doctor Guillotin ternuras de madre amorosa y desvelos de amigo leal...

Llegó y su oratoria hizo mila-

Nuevas...

ros. Aquellos labios siempre estrechamente cerrados y perennemente pálidos, que jamás se habían manchado con una mentira tenían para el pueblo doble prestigio: el que emanaba de su oratoria maravillosa y de su pureza indubitable. Conocidas eran sus costumbres: la sobriedad espartana de sus comidas, las largas horas de estudio que se imponía diariamente, el absoluto olvido en que, no obstante su edad, tenía todos los placeres característicos de la juventud. Además odiaba el dinero... Por ello decía, y con razón, que no pedía a los demás sino aquello que se exigía a sí mismo.

Habló al pueblo y lo ganó. De creerlo había que dar gracias a Dios Azar que había permitido descubrir en sus comienzos un período de desverguenza que podía haber llegado a extremos insospechables. Aquella denuncia que colocó en la piqueta pública a Chabot y compañía había tenido algo bueno: demostrar que la Convención hallábase muy lejos de la inmoralidad, puesto que la claudicación delictiva de unos cuantos había procurado azaramiento tal entre

(Continuación de la Pág. 39).

sus compañeros. El pueblo francés no debía, pues, desconfiar, sino afirmar más profundamente su fe en los que lo representaban en el alto cuerno a que tenía él la honra de pertenecer. Etcétera, etcétera. Únicamente al tercer día de estos *pases himnóticos* pudo Maximilien Robespierre dormir tranquilo, seguro de que la Montaña había reconquistado sus viejos prestigios y él, su guía, su mentor y su dueño, asentados sobre más firmes bases.

El trabajo de Saint Just en la Convención facilitó por el hecho de haber podido mostrar a los ojos de sus compañeros y del pueblo la excelente tarea que realizara en Estrasburgo. Tolón, era cierto, continuaba siendo un foco de reacción, pero en el resto del país la bandera de la República ondeaba victoriosa.

Por aquellos días regresó de su dilatada luna de miel el terrible Danton. Llegaba con renovados bríos, decidido, afirmaba, ya que los establos de Augias habían sido convenientemente higienizados, a asentar la fuerza del Gobierno

sobre nuevas bases, y, al efecto, comenzó una campaña definitiva contra Debert.

Robespierre, en tanto, viejilaba, seguro de que a la postre el beneficio sería solo suyo. ¿Quién podría disputarle el supremo dominio una vez que las dos facciones comandadas por los populares jefes dichos se destruyeran? Y al pensar esto tendría de agradable, de rotunda, de definitiva su victoria, sonreía con su característica sonrisa de gato-tigre...

Un hombre immaculado resta ante el lector, entre los actores de la Convención: Saint Just. Pues contra este arremeterá Andrés Luis, en su tarea de derribar los ídolos del pueblo. ¿Vencerá en su demanda? Por lo menos ha sumido el Gobierno en la confusión ya una vez y se arresta a hacerlo otra. ¿Soportará el pueblo tales burlas a su novel soberanía? Y por lo que respecta a "Scaramouché", el "non parell" protagonista de la obra, ¿sabrá antes de terminar su vida, en su entrada que Aina de Keradiou está pronta a caer en brazos del Conde de Provenza, como supremo sacrificio? El próximo capítulo aclarará estas incógnitas.

trañas historias en la población. Se recuerda ahora que hace seis años desapareció en la misma forma un inglés, ingeniero de minas, y se reconstruyeron los detalles de la también misteriosa desaparición después de haberse visto por los alrededores a la misma posada. A más de esto, una zagala afirma haber visto a la esposa del posadero, M. Benet, en los momentos en que lanzaba unas ropas al río allí cercano, en el interior de los bosques, en la mañana del veinte y seis de agosto. La zagala describe a la mujer del hotelero como molesta por haber sido sorprendida cuando arroja las ropas al río, como si estuviera actuando en una forma en que no le agradaba haber sido vista por nadie. En todo esto hay un misterio que todavía no se ha podido dilucidar."

"A la disposición de mis amigos! No pude contenerme por más tiempo. Grandjean me llamó involuntariamente, con asombro de M. Cote que no comprendía el por qué de mi exclamación y me lancé hacia la puerta de salida, como si fuera impelido por una fuerza extraña que me indicaba, a pesar de la opinión que yo tuviera, que mi sueño de hacía tres años no había sido una pesadilla sino una premonición convertida en triste realidad por un desventurado compañero.

"Los jueces que intervinieron en el proceso se hallaban en posición difícil ya que no tenían datos precisos ni pruebas evidentes sobre las cuales actuar para el esclarecimiento de los hechos. Yo me dirigí a la oficina de mi colega, el Juez de Instrucción, llegando a ella precisamente en los momentos en que iban a declarar los dueños de la posada donde se decía que M. Arnaud había estado solamente para tomar algún alimento. Solicité, y me fué concedida autorización para quedarme en el recinto donde la declaración había de ser prestada y escuchar lo que ellos dijeran.

"La mujer, que levantó su mirada hacia mí tan pronto como penetré en la sala donde se hallaban, no me reconoció y puso poca atención en mi permanencia allí. Pero al relatar los acontecimientos que siguieron tengo que ser

Un Crimen...

(Continuación de la Pág. 14.)

muy cuidadoso en la relación, porque si ella tiene alguna importancia por cuanto cae en el terreno de los fenómenos psíquicos, deseo que resulte absolutamente correcta. Por esta razón no he fiado simplemente a la memoria esta relación de hechos si no que he vuelto a consultar las hojas del proceso de M. Arnaud y constatao de las palabras verdidas por mí al narrar el desarrollo de los acontecimientos.

"Un viajero, que por la descripción que se nos ha hecho de su persona, parece ser M. Victor Arnaud—comenzó a declarar la mujer del hotelero en tono seguro y voz rotunda—llegó a nuestra posada en la tarde del veinte y cuatro de agosto. Comió allí, pero se marchó poco después no pasando la noche en nuestra hospedería. Vea usted, señor Juez, que nosotros no tenemos nada más que dos cuartos en nuestra humilde posada y los dos estaban ocupados por huéspedes. Aquí hay testigos que pueden comprobar que esto que estoy diciendo es la verdad.

"Un momento—interrumpió yo entonces.—¿Y el tercer cuarto? El que está precisamente sobre el estable, ¿quién lo ocupaba?"

"Ante esta interrupción tan brusca la mujer dirigió su mirada hacia mí llena de espanto, aunque haciendo esfuerzos seguidamente para recomponer de la impresión recibida. Una sensación de terror

se reflejó en su semblante poco después mientras me miraba fijamente tratando de penetrar en los más mínimos detalles de mi filonomía como si tratara de reconocerme. Pude notar que comenzaba a temblar; un temblor tenue pero que yo percibía claramente. Con un movimiento particular en sus labios, que estaban secos y blancos, pretendió hablar tratando de replicar a mis manifestaciones, pero no salieron sus palabras. Comenzó a tragar en seco y poco después pudo solo decir:

—"Señor... yo... yo..."

"No importa—interrumpí—déjeme que le siga relatando lo que sucedió—segui diciendo en forma audaz y segura, como si estuviera respondiendo a una extraña inspiración cuya naturaleza yo mismo no comprendía.—Victor Arnaud durmió en esa tercera habitación sobre el estable. Durante la noche usted fué en compañía de su marido; usted llevaba en la mano una linterna; él llevaba un largo cuchillo. Usted subió por una escalera desde el estable. (Al decir esto, sin saber por qué, una sensación de frío invadió todo mi cuerpo poniéndome de punta los vellos como decimos vulgaramente) Usted abrió la puerta secreta que conduce al interior de la habitación. Se quedó en el dintel de esa puerta mientras su marido penetraba con paso cauteloso hasta situarse al lado de su huésped para asesinarlo, después de haber-

le robado su cartera y su reloj. (¿Era mi sueño de hacía tres años lo que yo estaba relatando; y mi colega, el Juez de Instrucción, permanecía allí, asombrado, como petrificado mejor, ante mi declaración, viendo el efecto que estaba produciendo. Le dije, por su parte, llena de terror, me miraba con ojos que parecían quererle salir de sus órbitas, mientras castañeteaban sus dientes). Entonces,—proseguí formulando una acusación rotunda,—usted levantó el cadáver de su huésped; su marido lo sostenía por los pies mientras usted lo cargaba por debajo de los brazos. Descendieron por la escalera con él. Y para que usted pudiera ver los escalones, su marido sujetó el anillo de la linterna entre sus dientes para que no resbalara.

"Al llegar a este punto de mi narración la mujer que estaba declarando, blanca como la nieve, aterrorizada, exclamó con una voz casi imperceptible, llena de desesperación:

—"Usted lo vió todo, entonces..."

"Después de esta manifestación se sumió en silencio absoluto, sin poderse arancar ninguna otra respuesta complementaria del hecho.

"Cuando yo colégué en la declaración prestada por mí al marido de la mujer que yo había acusado, sin decirle de quien era, creyó realmente que su propia mujer lo había traicionado y con horrible y procaz juramento, creyéndolo así, dijo ante el Juez:

"¡Ah, sinvergüenza, ya me la pagará algún día!"

"Las investigaciones realizadas más tarde a causa de mi declaración y las consecuencias que tuvo en cuanto se refiere a los dueños de la posada, comprobaron que no solo mi sueño había sido una página vivida por mí durante mi niñez, si no que todo ello había tenido en el futuro del tiempo, una triste realidad.

"Se comprobó que en el estable, bajo la habitación por mí indicada, cubierto por un montón de estercol, estaban los restos de M. Victor Arnaud conjuntamente con los restos humanos que se supusieron del otro ingeniero inglés desaparecido hacía seis años en la misma forma misteriosa que re-

El sistema digestivo, aún de los atletas más robustos requiere a veces ayuda benigna. Pero hay que evitar purgantes violentos, tomando en vez de ellos este laxante efectivo y agradable.

"SAL DE FRUTA" ENO

Marca de . . . ENO'S "FRUIT SALT" . . . Fabrica

de la muerte de nuestro colega...

“¿Fue la intención de la vil pareja hacermse seguir la misma suerte que a los huéspedes anteriores aquella noche que pasó en su posada? ¿Durante aquella noche, cuando me pareció que estaba

dormido, sentí realmente abrir la misteriosa puerta contra la cual puse la mesa y sillas que habia en la habitación? ¿Vi realmente la luz de la linterna a través del ojo de la llave en la cerradura? ¿O habia sido todo ello un simple sueño sin importancia, producto de una imaginación exaltada y llena de lúgubre presentimiento?

No acierto a comprender lo que hay en el fondo de todo esto. Pero aún hoy no puedo acordarme de estos hechos sin experimentar un vivo sentimiento de terror que se fija en mi mente al reconstruir las sensaciones tenidas en aquella hospedería a la que llegué después de haber estado perdido en el bosque...

“No hay para qué decir que tanto el posadero como su mujer fueron ejecutados, pagando así con sus vidas el horrendo crimen cometido. Ella hizo al fin una confesión completa mientras su esposo se mantuvo hasta el fin negando los hechos, maldiciendo a su mujer hasta los últimos instantes.

para los dos, y nada me parece demasiado bello para los Uccelli.

Marco aceptó. Al día siguiente, Paolo, sin tener en cuenta para nada el compromiso de su hermano, declaró a Don Cósimo que se casaría con Santina.

—Escoje—dijo el viejo a su hija.—Mi elección está hecha ya. Me quedo con el mayor.

La ambición la arrebató. El padre se sintió maravillado y turbado al mismo tiempo.

—El negocio es demasiado bello —he aquí lo que se decía en el fondo de su pensamiento. Ni siquiera necesitó excusarse con Marco: después de la segunda elección de Santina, nadie habia vuelto a verlo. Pero, dos días más tarde, un montón de listones de roble recostados contra el almuerzo empezó a arder y don Cósimo lo quemó todo.

El viejo sardo gritó tan alto su pena que Paolo Uccelli le dirigió vivos reproches.

—No me haréis la injuria de pensar que eso me produzca la menor pena, le dijo. Me casaré con Santina, y toda desnuda si gustáis. En cuanto a vos, todavía os queda bastante, don Cósimo.

Quince días antes del matrimonio, el bosque de la Giudicada ardió. Dos mil hectáreas, cien mil pies de robles, un producto neto de cincuenta mil francos, así fue bueno o malo el año. Don Cósimo creyó volverse loco. Corrió al lugar del incendio y volvió de él con los cabellos y las cejas chamuscadas. Aunque habian sido vistas varias personas al resplandor del fuego atizándolo, la instrucción sumariar, conducida perezosamente, no puso nada en claro.

—Si mi enemigo hubiese querido obligarme de todos modos a casarme con Santina, no lo hubiese conseguido mejor—dijo Paolo.

Quedaba todavía al autor de aquellos crímenes una carta por jugar: matar al mayor de los Uccelli. Lo cual fue honestamente intentado. ¿Por el mismo Marco? Dios sólo puede saberlo, pues podían imaginar que hubiesen sido el viejo sardo o su propia hija. En efecto, esta muerte lo hubiera arreglado todo. Santina hubiese puesto de acuerdo su amor con su ambición. Don Cósimo hubiese sido probablemente indemnizado, y Marco convertido en el marido de la joven. El hecho es que una noche la muchacha vio entrar a Paolo extrañamente pergeñado, aunque siempre con su majestuoso

La Muerta

(Continuación de la Pág. 24).

andar: un vendaje le cubría la nariz, la barba y las mejillas, y debajo de aquellos lienzos ensangrentados murmuraba palabras de odio y de violencia. En el momento de su entrada, sintió un paso rápido que huía: alguien acababa de abandonar precipitadamente el salón de Santina. Sin haber reconocido al fugitivo, pensó en su hermano. Frunció las cejas, y mostro la herida a su novia, un tiro que le habia atravesado las dos mejillas, llevándose de paso su fuerte dentadura de lobo. Santina se deshacía en lamentaciones, pero él le rogó callarse y mostrar toda la dignidad que convenia a su perfecta belleza.

Desde entonces se hizo guardar por hombres seguros y apresuró la boda, que celebró el arzobispo en el templo de San Juan Bautista, con la pompa debida a tan ilustre abuelo. Marco no asistió a la ceremonia.

El primer cuidado de Paolo Uccelli, al día siguiente de sus esposales, fue prohibir a Santina poner un pie fuera de su casa; el segundo, instalar una especie de rejilla provista de una puertecilla que barria enteramente el acceso a la escalera que conducía a los departamentos de su mujer.

La casa de los Uccelli era una construcción muy antigua, de muros exteriores planos y desnudos, de techos lumbriados, atiborrada de viejos muebles y decorada con malos retratos de oscuros antepasados. No faltaban las barras de hierro en las ventanas. La joven desposada pudo creerse absoluta, prisionera entre las manos de un marido, por otra parte, muy enamorado de su mujer. Las vastas y bellas habitaciones que le fueron destinadas para pasear por ellas su aburrimiento, ocupaban todo el cuarto piso de la casa, edificada en el punto más alto de la ciudad.

Santina no salía nunca, pero recibía amenudo envidiosas visitas. Sacerdotes y monjas intervinieron, invocando la necesidad, para una buena cristiana como era la señora Uccelli, de asistir a misa. Paolo les propuso instalar una capilla en su propia casa, entendiendo que él y su esposa serían los únicos fieles que la visitasen; y luego, para cortar la cuestión de raíz, le obsequió un elefante de oro macizo que uno de sus ante-

pasados habia traído de las Indias.

Don Cósimo, arruinado, era mantenido por Marco, quien, personalmente, por todo alimento rumiaba su miseria. Las sirvientas de Santina, a escondidas de Paolo, nutrian al viejo. Un día se atrevió a presentarse en el dintel de la casa Uccelli. Paolo le amenazó con hacerle rodar la escalera de alto a bajo. Marco, del mismo modo, no fue nunca recibido en ella. La rejilla estaba cerrada para todos.

Un día, entre tantos, Santina tomó la resolución de fugarse. Habia conservado su bello rostro, de líneas puras, de mejillas firmes, pero su reclusión la habia engruesado, aumentando su peso. No hizo confidencia de su idea a ninguna doncella. Aquella alma fuerte no tenia ningún punto de apoyo fuera de sí misma, como no fuera la certeza de que el amor de Marco no habia disminuido. Imaginó destripar las sábanas de su lecho, y descender por ellas hasta el camino de ronda, donde algunas noches gemía la mandolina de Marco, y dirigirse después a casa de su padre. Allí podría sin duda permanecer bajo la protección de don Cósimo, de su cuñado y de algunos parientes de su marido.

Desgraciadamente, éste la seguía casi constantemente de cuarto en cuarto, y tenia que apresurarse. Además, su peso la molestaba. Cuando se hallaba suspendida en el vacío, a la altura del tercer piso, la sábana se rompió, o tal vez fue cortada desde arriba. Una caída, un grito, y la oscuridad de la noche.

Acudieron los vecinos. Paolo llegó de los primeros, y en seguida, con el rostro impasible, dió orden a los sirvientes para que llevasen arriba a su señora. Tenia las dos piernas rotas, y apretaba furiosamente los dientes sobre su dolor.

El práctico del lugar aprisionó las dos piernas maltruchas en dos enormes taparrabos de madera, mantenidos contra los flancos de Santina por una multitud de ligaduras. Después, cuando se vio que las piernas de la joven no se enderezarían nunca, Paolo mandó a buscar un médico italiano, al otro lado del estrecho. Este hombre, cuya habilidad era tan alabada, rompió de nuevo una de las piernas para ver de enderezarla. Santina no pudo resistir este tra-

tamiento, que habia rechazado desde el principio, y cuando sintió el crujido de sus huesos nuevamente rotos, llena de cólera golpeó a su verdugo en el rostro. El relato de esta cura sorprendente corrió por la ciudad. Don Cósimo y Marco habian visto, en el fracaso de Santina, una señal de la cólera de Dios, mal dispuesto respecto a ellos. Este golpe embroteró al viejo sardo y convirtió a Marco en blasfemador y libertino. Cuando el médico de Santa Teresa vino a ver a la señora Uccelli, don Cósimo, que guardaba cama y no podía moverse, le rogó que fuese a verlo. El otro no le ocultó que su hija se hallaba en desesperado trance, cada vez peor, rechazando no solamente las medicinas, sino los alimentos. A la cabecera de don Cósimo el médico pudo observar una figura sombría. Allí estaba, con los codos apoyados en la madera del lecho, Marco Uccelli. Inmóvil. Cuando el médico terminó su discurso, Marco juró sobre el Cristo suspendido en el muro que aquella era la más grande ignominia que se hubiese visto jamás sobre la tierra. Al día siguiente por la noche, don Cósimo se hizo transportar a la casa Uccelli. El pueblo se reunió alrededor de su camilla y así llegó ante la puerta de labrada madera, seguido de varios centenares de personas que se ahogaban apretujadas en la estrecha callejuela. Un hombre se separó de los demás, subió la escalera y, ceremoniosamente, ante la reja:

—Don Cósimo rueca al señor Paolo—dijo—que se digne recibirlo en su casa.

Paolo, con las mejillas hundidas y los ojos fulgurantes, gruñó mirando al enviado.

—Se trata de un acto de caridad, afirmó el cura, que habia su-

(Continúa en la Pág. 46)

LA HOJA

PROBANK brinda más rápida y suave del mundo!

DE VENTA EN TODAS PARTES



PROBANK

ÚNICAMENTE PIDIENDO

BROCCHI

TOMARÁ VERMOUTH

GRATIS

J. BROCCHI & C^o
San Ignacio 18, Habana, Cuba.
Si desea recibir una botellita muestra del vermouth Torino Brocchi, de Martini & Rossi.

Nombre

Dirección

Ciudad

País

bre a febrero y el aguinaldo morado, de octubre a noviembre.

Las abejas tienen, pues, materia prima todo el año, aunque sus mieles se diferencian, sobre todo por el color.

El mango, por ejemplo, da una miel amarillosa, de color agradable; el aguinaldo—como he dicho—la da blanca, y la palma la da obscura.

La miel se suele vender en sus panalitos o se extrae hoy por medio de centrífugas, para envasarla en pomos o barriles. Para la venta de miel en panal, hay que esperar a la época de las flores que dan la miel blanca.

Generalmente, las colmenas se castran en noviembre, diciembre y enero, y rinden por colonia de

LA ABEJA...

(Continuación de la Pág. 20.)

8 a 10 galones de buen producto, pesando un galón entre 11 y 12 libras.

Como el fin primordial de un colmenar es la miel, los apicultores emplean cajas con bastidores, a los que colocan su pared de cera, que se prepara mediante aparatos adecuados.

Generalmente se colocan en cada piso de caja diez bastidores, que sirven, en el primer piso, para cría. Sus dimensiones son de 9 y media pulgadas de alto por 16 de ancho. En el segundo piso, ya se elabora la miel, y se emplea un tercer piso.

Como una recomendación diré

que es prudente no trabajar en un colmenar con traje negro, pues es más visible para las abejas.

Como se ve, el apicultor le da al enjambre parte de su trabajo de cera hecho ya, con los tabiques que en cada bastidor le coloca, pues el estampado y laminación de ese tabique se hace fácilmente.

La cera se puede blanquear empleando ácido sulfúrico y sumergiendo la cera en un barril con agua y ácido, hasta que ésta se empape. La cera blanquea. La temperatura de fusión de la cera es entre los 64 y los 70 grados. Actualmente, en los Clubs Azri-

colas que ha fundado el doctor Arias en la Secretaría de Agricultura, se están dando lecciones prácticas sobre esta explotación apícola a los niños. Esto es un gran bien.

Vea pues el amable lector cómo la abeja tiene su economía, y cómo todavía en Cuba esa producción nos representa la riqueza que debe merecer.

Acompañó con este trabajo el grabado de un pequeño colmenar al aire libre, una lámina de cera estampada, mitad llena y mitad vacía, una caja con sus bastidores, y finalmente, una abeja obrera y una abeja reina de tamaño aumentado, diferenciándose perfectamente este último de la noble obrera, por su forma.

Ike pensó que esta vez Hortet estaba loco. Pero, de todos modos, parecía haber algunos detalles de razón en sus palabras. El batallón hubiera estado combatiendo una hora para abrirse paso en esa plaza. Y, entre tanto, esta caravana estaría en marcha pacíficamente a través del valle de Azariff. Un comité de recepción de la Legión allí arriba...

—¡Espléndido! — El honorable Geoff lanzó un "cheer" y Hortet allí arriba y apoderándose del botín cuando lleguen, no es eso, teniente? "Ripping!"

"Parfaitement!"—convino Hortet y reunió tras sí a toda la escuadra de Angeles del Infierno, ante la puerta trampa de la azotea.

Ike no tuvo más sospechas respecto a la mentalidad de Hortet. Era lo único que se podía hacer. Dejar aquí al batallón limpiando la población, en tanto que unos cuantos hombres determinados, devolvieran la visita a Azariff! Y cuando la caravana llegara allí, se apoderarían de ella y todo estaría arreglado. Y el comandante Knecht podría... Oh, bien, había muchas posibilidades en esta idea!

La población sobreviviente lanzó cuanto tenía a mano a la escuadra de Hortet así que ésta descendió a la calle, pero los Angeles Infernales hicieron buenos progresos. Derribarón a unos cuantos rifeños o "goums"—tenían tiempo para hacer averiguaciones en la confusión—y se encaminaron hacia Bab-Kebir.

Había un valle profundo, negro, ante ellos. Estrellas en calma, arriba, que delineaban los picos de sierra de la región del Riff, opacamente. Una población como un atardecer cinematográfico, detrás. Hortet hizo un alto para escuchar y localizar el paradero de la caravana de camellos. La cabeza de la caravana debía estarse moviendo hacia Azariff, en medio de la noche.

Pero todavía había mucho ruido, mucho. Bajaron en línea recta hacia Azariff situada en las montañas opuestas. No había ni una luz en ella, el lugar más pacífico, al parecer, de toda la zona de la guerra del Riff. Y después—Yap-yap! Yip-yp-yp! Kiyih! Ow-ow-ow!" Todavía estaba allí aque-lla infatigable jauría de perros! Lo que hacían los hombres no era cosa que les importase mientras hubiese un chacal al que perseguir! La escuadra maldijo los perros en siete lenguas, mientras la cacería proseguía por delante de ellos. Eran una amenaza ahora porque, seguramente chocarían con la caravana y provocarían el desbande de los camellos. Anhelaban hacer fuego, destruir aquellos perros a la luz de la luna, pero no se atrevían a hacerlo.

Marruecos...

(Continuación de la Pág. 29.)

"Groo-ah-ah-ah-oh-oh-oh-gau-gau-gau!" Era un grupo de cien camellos por lo menos según un conteo conservador, y estaban todos por delante de ellos en la oscuridad. A juzgar por las intensas maldiciones que poblaban el aire, los camellos estaban derrochando en ellos una gran suma de teología árabe. Criswell, aquel carno estudioso, que estaba mejorando firmemente su árabe reía. "Estáos quietos, malditos! Que Allah os ahogue con arena!", traducía para beneficio de la escuadra.—Es a los perros a los que ellos están maldiciendo, teniente! —informó a Hortet.

—Gracias a Dios que no es con nosotros!—exclamó Hortet. "Pas gymnastique! Ike comenzó a correr. Nunca estaba de acuerdo con esa orden francesa, pero un camello había tomado el paso de cinco pies, y la marcha más rápida difícilmente podía igualarla. No tenían tiempo que perder si es que querían llegar a Azariff primero!

Resoplando la escuadra conti-

nuó y por delante de ellos aconteció lo inevitable: un tumulto de sonidos provenía de la caravana. Una explosión de aullidos sollozantes mezclados con acre árabe informaron que la jauría de perros había llegado hasta ellos. La caravana se detuvo, como si la mano bondadosa de la Providencia la hubiera contenido! Tenían ante sí una labor de ordenación, e Ike creyó que había llegado el momento para que la Legión cayera sobre la caravana y la capturara, pero Hortet continuó la marcha.

—No es más que una sección!—dijo entrecortada la respiración. —O toda o nada, "morbleu!" Vite!

Vite!... Echaron a correr en la confusión, ascendieron la colina y llegaron a las murallas de Azariff sin que nadie les diese el alto. Se recostaron en la puerta muertos de risa. Pero la puerta estaba cerrada!

—No hay nadie en casa, eh?—dijo entusiasmado el honorable Geoff. "Stymie!" Y volvieron a reírse con extraordinaria hilaridad por ello.

Cuán necio era el Riff! Cerraron la tienda y se fueron a Issoual para hacer una visita! Lo más divertido de todo era que este plan de Hortet estaba clasificado en aquel momento mismo como un fracaso cien por ciento. Se encontraban allí—y pronto estaría también allí la caravana—pero ellos no podían entrar ni dejarse descubrir por el menor ruido—tal como el de volar la puerta con una granada—sin perder todas las probabilidades de éxito! Y había por todo un regimiento de rifeños con aquella caravana!

Escucharon durante un rato, apoyados a la puerta cerrada. Issoual estaba atrayendo su atención en aquellos momentos. Su fies ta africana, todavía estaba acompañada de tiros de rifle—y nadie había acabado con sus fuegos—pero los rifeños parecían estar moviéndose desde la línea principal sobre la población, por ambas partes, con la intención de preguntar a Issoual qué cosa era lo que le estaba pasando. Ike creía oír las fuertes voces del comandante Knecht inyectando el temor de Dios a la Legión, podía oír distintivamente el "rataplan" del tambor de un regimiento de Tiradores en su paso rápido. Ya calmarían a Issoual esos Tiradores!

Y mientras tanto aque chacal estaba tejendo su mágico hechizo, en erráticas elipses y trazando ochos, alrededor y por dentro de la misma caravana, perseguido por perros enloquecidos, y ayudado en su huida por las patadas de los camellos y los insultos de los camelleros. La segunda caravana estaba ya encimándose a la primera.

Y en aquellos momentos—Yip-yp-yp!... Yap-yap-yap!—en una línea recta como de una bala, había algo que venía directamente hacia ellos. Una figura indistinta pasó como un tiro por medio de los Angeles Internales, maullando como un gato. Trataron de alcanzarla y no consiguieron nada. Hubo un raspado de espinazo contra madera, un susurro de piel y un traqueteo de patas posteriores. Y bajo el centro de la puerta del "goum" se desvanecieron un rabo espeso y dos patas traseras no dejando tras sí más que un olor peculiar y un aullido.

—¡Mi palabra! Con que una gatera, eh?—exclamó el asombrado Jeff.

—Es un edificio que no está a la moda: tiene una gatera en la puerta!—dijo Ike.

No la había, pero sí una depresión en el camino de piedra por debajo de las puertas, una especie de canal o arroyo formado por la línea central de pedruscos. La abertura tendría como tres pulgadas, pero era lo suficiente para

Aviso Importante

A fin de evitarles los perjuicios y molestias que les acarrearía al vernos precisados a recurrir a las vías judiciales, advertimos por este medio a las personas o entidades que aparecen en esta lista, para que se sirvan concurrir o comunicarse inmediatamente con nuestras oficinas:

- Sr. Antonio Escámez,
- „ Enrique Kératry,
- „ Miguel Miguel y Cortés,
- „ J. Ramos Quirós,
- „ A. Rosado Ávila,
- „ Isaac Winer,
- „ Santiago J. Blain.

SINDICATO DE ARTES GRÁFICAS
DE LA HABANA, S. A.

que pasara aquel chacal aterrado!

Los perros perseguidores no dejaron tiempo a la escuadra para concertar pensamientos. El primero de ellos llegó veinte segundos después, metió la nariz por debajo de la puerta, hizo fuerzas con sus hombros quedando medio encallado, dió marcha atrás y salió del atolladero con quejidos. Sus patas delanteras volaron en un ciclón de raspados contra la piedra dura del piso. Después se volvió hacia los leonarios y lanzó un nuevo ladrido lastimero.

«¿Cae no?» de una gallina ahogada, gruñó Hortet. «Ese perro tiene sentido común! Y ni un "imbecile" de nosotros había pensado en eso!"

Mientras hablaba se ponía de rodillas y palanqueaba con su bayoneta una de las grandes piedras. Instantáneamente, tres o cuatro hombres estaban excavando, palanqueando también en las juntas de la piedra. Poco después salía la primera. El resto fue sencillo. Lo hicieron los perros. Sus patas volaron contra la tierra, y por detrás de ellos caía a corta distancia como una lluvia de tierra. Se unieron más perros en esta labor minera. Las piedras caían por su propio peso minadas en su base y los Angeles Infernales las quitaban, bajo aquel temporal de patas como aspas y de tierra voladora. Hubo como un grito de triunfo cuando el primer perro pasó por debajo de la puerta y reanudó la cacería.

Los Angeles Infernales se arrastraron también, por debajo de la puerta detrás de ellos. Se hallaban en el patio usual, rodeado de arcadas, con el techo de una pequeña mezuquita, en una esquina levantándose en forma semejante a un duomo. Azarif, evidentemente, había sido el "marabout" de algún santo en los primeros tiempos de su historia, mucho antes de haber sido convertido en "poste" rifeño. Tenía su galería, su fuente, sus habitaciones para los discípulos y todos los atributos de un monasterio dominado por un solo hombre. Los rifeños no habían hecho nada para transformarlo en un "poste" defensivo. Había escaleras que conducían a los tejados donde podía establecerse un centinela a lo largo de los parapetos y líneas de tiradores en caso de alarma.

Hortet lo examinó todo y ordenó a los soldados que preparan las barbedos. Su plan estaba desarrollado: había que irse a la cacería a aquellos perros! La carga debía llegar allí, descargaría sus efectos en el mismo patio. Aquel agujero hecho debajo de la puerta se evidenciaria por sí mismo: hecho por aquel chacal y los perros. No sospecharían de la presencia de la Legión.

El sargento Ike y Criswell tomaron posiciones en la torre de observación del "poste", situada más al sudeste, desde la cual podía verse a Issoual, a través del negro valle, rodeado de montañas y ruinas. Los perros de allá abajo estaban, también, realizando una cacería de casa en casa, buscando algún chacal peculiar y algunos de ellos ladrando. En cuanto a Issoual parecía haberse esparcido en todas direcciones. Parte de ella, en forma de caravana, venía en aquella dirección; detrás un cordón de rifeños, que estaban invitando a los leonarios a abandonar la persecución con promiscuas descargas; más atrás de ellos, nuevamente, el batallón desplegado en línea de tiradores.

—El gran sueño nos hemos ti-



un perfume único

perfumería godet de paris

sus lociones y perfumes predilectos:

- pequeña flor azul predilección
- ambre de godet
- chypre de godet

la toilette et les cosmétiques

rado los muchachos!—observó Ike. —Sin duda que el estado mayor eligió bien esta zona, como área de descanso!

—Yo me pregunto, cómo se las va a arreglar el Teniente—Interrumpió Criswell, como entre dudas.

—Esos camellos no son una maravilla para velocidad, pero con todo eso, los muchachos no van a poder alcanzarlos, y menos con cuarenta o cincuenta rifeños metidos en el medio.

—Bueno,—dijo Ike flemáticamente—algunos de esos vagabundos llegan aquí con la llave, primero, no es eso? Abra la puerta, y entra la vanguardia. Nosotros los capturamos con toda la mayor corrección que podamos. Y cerramos de nuevo la puerta. Llegan más moros hostiles y les aplicamos la misma medicina. Después, gentilmente, nos llevamos la caravana alrededor del "poste" y trazamos un círculo con ella hacia Issoual, derechos hacia nuestro campamento. No tiene importancia alguna. Observa Hortet!

Parecía como si esa fuera la forma en que habría de resolverse la situación. Llegó ruidosamente la primera sección de la caravana hasta la puerta. Un pelotón, la vanguardia rifeña, avanzó sin preocupaciones hasta la puerta, con la llave en la mano, una llave como de dos libras. Hubo murmullos respecto al hueco debajo de la puerta, y se oyó el gruñido "Keib!" (perro) con profanas referencias a la ascendencia ilegal de toda la jauría. Chirriaron las puertas mientras se abrían hacia dentro. El pelotón de alborroces malolientes penetró al patio, y otro pelotón—los Angeles Infernales—los derribaron con hospitalarias bayonetas, y una vez desarmados, los metieron, no sin pro-

testas, en el cuarto número dos, de la izquierda, al frente.

—Son unos muchachos muy diestros a todos los juegos!—dijo Ike con sorna, mientras arreeba al último con su bayoneta.—Mira a ver si recibes algunas enseñanzas acerca de religión mientras nosotros estamos acorralando a estos niños y tú los guardas, Mora!"

El español del pelotón montó guardia a la puerta, en tanto que Hortet salía y ordenaba a los camelleros que dieran la vuelta y se ocultaran detrás de la "poste". Eran un grupo de hombres estupefactos, por una u otra razón, aquella noche los conductores de la caravana. Pero los uniformes de la legión lucían como buenos, y apresuraron el trote de las bestias hasta dar la vuelta al fuste. El pelotón se reunió de nuevo, detrás de las puertas cerradas de la "poste".

—¡Diablo!—exclamó Hortet, escuchando los ruidos y rumores del valle exterior.—Están apremiándonos duramente nuestros "garcons"! En arrive en foule!" Parecía como si todos los habitantes del Rif llegaran en una muchedumbre, como decía Hortet. esta vez. La segunda sección de la caravana estaba llegando en el más terrible desorden, oyéndose sus rugidos y borbotos, aún por sobre el rápido fuego de rifle. Parecía que Knecht estaba haciendo grandes esfuerzos para envolverlos antes de que pudieran llegar a la "poste"! Una escena desordenada de descarga, bajo intenso fuego estaba a punto de producirse en la parte exterior de la puerta, y el pelotón pensó en ello.

—Digo, ustedes saben, —habló Geoff excitadamente.—Tenemos la llave Teniente: todo lo que te-

nemos que hacer es quitarle las barras a la puerta y no dejarlos acercarse a ella, ¿qué?

Ike contuvo la carcajada. Había siempre alguien en esta patalla que tenía una idea! Hortet se sonrió, y dijo: Excelente! Al techo todo el mundo. Será una trampa esta "poste"!

Hortet era rápido en abandonar un buen plan por otro mejor! Cogieron las pesadas barras de madera que cerraban la puerta y se las llevaron al parapeto con ellos. Abajo, en el valle, estaba desarrollándose el gran final, un semicírculo de brillantes relámpagos que iluminaban la noche incesantemente, descargas a la derecha y a la izquierda, donde Knecht empujaba hacia adelante a las patrullas flanqueadoras, para que llegasen a la puerta de la "poste" antes que la caravana. Los alborroces estaban ascendiendo la colina en una confusa multitud, con testando con incandescentes descargas de máuser. No iban a llevarse aquella caravana de entre las garras del comandante sin pagar un elevado tributo por ello!

Era vociferante la caravana. Gruñía, gritaba, aullaba, mientras los camelleros hacían esfuerzos frenéticos. Parecía que hacía progresos a un torpe galope que era mucho más rápido, sin embargo, que el avance de la legión. Llegarían allá con tiempo sobrado para descargar y trasladar todos los efectos al gran patio. Ike no se hacía idea de como podría contentarse. Le parecía que aquello terminaría en una fiesta, con un recibimiento de granadas de mano y fusilería descargadas contra el patio, una especie de bienvenida de la patrulla que lanzaría todo lo que tenía al patio creando una diversión a favor de la Legión.

Naturalmente, la patrulla no duraría mucho una vez que el patio estuviera lleno de rifeños. Y había una gran cantidad de ellos, en cualquier parte, en aquella manilla, de treinta pies! Sería mucho mejor que se hiciera algo a aquella caravana antes de que descargase, pero, ¡diablo!, no podía pensar en nada que fuese satisfactorio!

Hortet dió el orden de prepararse con granadas. Un grupo grande de rezagados rifeños estaba retirándose ascendiendo la colina, dirigiéndose hacia la puerta. Con ellos llegaban la caravana, su escolta, sus camelleros, todos en un tumulto de precipitación. Se encontraban ya muy cerca allá arriba; estaban deteniendo a las bestias que marchaban a la cabeza. Los guardias de la escolta daban ordenes a los rifeños obligados a unirse de aquellos rezagados que ayudasen a descargar. Se había iniciado la descarga.

—¡Hicimos fuego, Teniente? —preguntó Ike, con preocupación al ver eso.

—«Mais non!»—gruñó el Teniente.—¡Déjenlos que traigan la carga adentro. Hay que capturar esta "poste" con botín y todo! Que nadie haga fuego hasta que yo dé la orden.—Era algo que estaba de acuerdo con Hortet, pero en desacuerdo con Ike. Se convertiría aquello en seis gatos refugiados en un techo inhospitalario, una vez que los rifeños salieran del establo y comenzara a hacer fuego desde el patio! Seis hombres sacados, a menos de que alguna de aquellas patrullas flanqueadoras pudiese llegar a tiempo para ayudarles.

Y entonces, aunque nadie tenía idea de lo que se debía hacer, las

(Continúa en la Pág. 52)

¡Jáid detrás con dos o tres viejos.
— Señor Cura, si don Cósimo su-
be, esto le recibirá.

Y le mostró su fusil.
Se oyó la voz de Santina:
— ¡Oh, Pá! ¡Oh, Pá!, ¡piedad!
Deja venir a mi padre, te lo ruego.
Voy a morir; déjame verlo. Oh, si
pudiese marchar todavía. ¡Es decir
que no existe Dios! ¿Pero qué
hace Dios que no me ayuda? ¡Ase-
sino!, ¡asesino!

Y los ecos de la bella voz se
apagaron detrás de la puerta,
bruscamente cerrada.

Desde ese día, nadie volvió a
contemplar a Santina, cuyo padre
murió sin haberla visto.

Ocho días después, cuando el mé-
dico del lugar fué a hacerle su vi-
sita, encontró a la señora Uccelli
demacrada, la piel color de cera,
la mirada obstinadamente fija a
través del vidrio sobre un punto
del cielo; no habló una palabra,
y como apretara demasiado los la-
zos del aparato, la madera com-
primió duramente alguna gruesa
arteria, y la joven murió. Tal vez
la razón por la cual, entre el canto
de las campanas, ante todo el pue-
blo convenientemente reunido y
las cuatro cofradías de la ciudad
agrupadas con sus trajes de cere-
monia en honor de los Uccelli,
Santina descendiese la larga y
empinada escalera y saliese de la
casa de su marido, con los pies
hacia adelante, bien estirada en su

La Muerta

(Continuación de la Pág. 43).

lecho de madera, para dirigirse a
la iglesia, cosa que no sucedía des-
de hacía dos años.

Desde la iglesia fué conducida
hasta la capilla de los Uccelli,
edificada al otro lado del puerto y
sombreada por dos robles eterna-
mente verdes. Desde su cúpula se
descubría un panorama de diez
leguas a todo alrededor. No podía
negarse que era un lugar poé-
tico y sobrado conveniente para
aquella que, durante tanto tiempo
no había podido ver del mundo
otra cosa que la longitud de su
pequeña calle.

Durante todo el cortejo, Marco
fué hablando tonterías, entre las
cuales la más notable era que Pa-
olo había matado a su mujer; pero
todos habían tenido siempre al
menor por un pobre loco, y ade-
más, como toda persona de orden
sabe, la mujer debe ser un mueble
entre las manos de su marido...

Santina, convenientemente en-
cadenada en su pequeña capilla,
Paolo volvió a su casa, y cuando
todos sus parientes hubieron parti-
do, echó los cerrojos a la reja, se
encerró en tres aposentos, y se
puso a pasearse a través de ellos
para matar el tiempo. Fumaba pi-
pa tras pipa, bebía de cuando en
vez un gran trago de agua fresca,
y hacía alternar el monólogo en
alta voz con la lectura de viejos
libros italianos que hablaban de
amor y de aventuras. En su re-
cuerdo de Paolo leía, todo el
contenido de su biblioteca, estante
por estante, de derecha a izquier-
da, para después empezar por el
primer libro. Había dejado crecer
su barba y no había vuelto a reci-
bir a nadie. Esta manera de guar-
dar un duelo era entonces bastan-
te frecuente; la conducta del vi-
duo pareció sin duda muy edifican-
te, tanto más cuanto que no había
en ella nada que chocase con la
costumbre; alienta las conversa-
ciones ligeras durante una sema-
na y después se habló de otra
cosa. Por otra parte, ni siquiera
un niño de cinco años pudo van-
gloriarse de haber visto un pelo de
la barba de Paolo Uccelli.

En cuanto a Marco, se paseaba
durante todo el día, la pipa en la
boca o las manos en los bolsillos.
Periodos de tristeza, vagabundeos
poblados de un recuerdo imperce-
dadero, y que, sin embargo, no po-
dría jamás modelar un poco de
materia luminosa, móvil y cálida.
Se paseaba a lo largo de los
muelles, durante días enteros. Ca-
da vez que se volvía hacia el norte,
votaba la cabeza a la derecha y
miraba la nueva capilla donde
formaba Santina entre sus dos ár-
boles verdes. Sus miradas, dejando
transparentarse en ellas su ven-
gativo espíritu, se fijaban sobre el
pequeño monumento, hundiéndose
en la mancha blanca perdida en-
tre el azul y el verde. Y el hombre
se sumergía de este modo en un
viejo amor o bien en un viejo odio,
ambos inextinguibles. Buenos ali-
mentos para tales almas.

Un día del mes de mayo, mien-
tras se paseaba entre los cestos
llenos de pescados y mariscos, el
juez de paz, que era uno de sus
amigos, llegó a decirle:
— Oh, Marco, ¿sabes que tu her-
mano, anoche, cerca de las once,
cantaba una canción de amor
acompañándose con una mandoli-
na?

La frase hirió a Marco como
una puñalada. Se detuvo, miró al
juez y dijo:
— Antonio, tú estás loco.

— Te diró que lo he oído.

— ¿Estarías borracho, Antonio.

— Lo he oído con mis oídos, y
— Yo sé un violento tirón para
significar y señalar su existencia.

Luego, como Marco dudase aún,
el juez levantó la mano y juró so-
bre la cabeza de sus hijos, alzando
la voz:

— ¡Que pierdan los ojos, si no
digo verdad! ¡Que se los lleven
mañana al cementerio!

Aquella fué la causa de que
Marco, esa mañana, dejara la Ma-
rina para ir a donde que de octubre
y se encaminara hacia la casa de
sus antepasados.

Desde su vuelta de Francia ja-
más se había aproximado a menos
de cien metros de ella, distancia
enorme en aquella pequeña ciudad
estrechamente amurallada. La ca-
lle, al verlo, se puso en movimien-
to, y las buenas comadres junta-
ron sus cabezas con aire trágico.
Una compañía de chiquillos le se-
guía, las mujeres ponían la mano
sobre el corazón.

— ¡Ahimé! ¿Qué va a suceder?
¡Van a matarse! ¡Ahimé!

Marco ni siquiera les vio. La
puerta chilló en sus goznes mo-
hosos, como sorprendida; empezó
a subir la escalera de piedra terri-
blemente estrecha, empinada, con
sus cuarenta escalones hechos pa-
ra hombres de largas piernas y
rodillas de acero; pronunció algu-
nas palabras sin lación ante la
reja y la sacó con fuerza. La
sirvienta acudió, con los brazos en
alto y los ojos redondeados por la
sorpresa y el temor. Juró el hom-
bre:

— ¡Abreme, bruja!
— Señor Marco, me lo han pro-
hibido.

Se cogió de la puerta:
— ¡Sangre de Cristo! ¿Vas a
abrirme, o quieres que haga saltar
la cerradura a tiros?

Y tomó su pistola con la mano.
La vieja tuvo miedo, pero su
prudencia se sobrepuso.

— Sin armas, — dijo.
Con un gesto furioso, Marco ti-
ró su pistola detrás de sí, en el ne-
gro de la escalera.

— ¿Estás contento?
— Entrad, señores Marco.
Entró con las espaldas hacia
adelante, la boca pronta a morder,
y escuchó junto a la puerta.

Se oía la voz de Paolo, su hija
voz amorosa y ronca, aquella que,
en otro tiempo, no se atrevía a
dejar oír a su mujer. Cantaba una
canción de amor. Eran las mismas
palabras tristes y dulces que Marco
había encontrado en pasadas
épocas; y palabras que son como
brazos como labios penetrantes..

El menor gritó:
— ¡Paolo!

La voz se rompió en la garganta
invisible del cantor. Y Marco en el
silencio:

— ¡Estás muy alegre!...
— ¿Por qué no?, preguntó el re-
cluso.

Un perfume pasó bajo la puerta
y se oyó el frufiteo de la seda.
Paolo murmuró liernamente:

— No tengas miedo, Santina mía.
Luego, más rudamente:

— ¿Qué vienes a buscar a mi
casa?

— ¡Imbécil!

— Marco, no te muestres tan mal
hermano. Estoy aquí tranquilamente
con mi mujer, y no te he
pedido nada. ¡Déjanos!

— Santina está allá, en su capi-
lla de los robles...

— Bueno, — dijo el otro — vé a
verla entonces.

Luego se oyó como una doble

risa. Una burla acudió a la lengua
de Marco, pero apretó los dientes.

Durante todo el medio día, Mar-
co dió vuelta por todos los cafés
de la Marina, diciendo que Paolo
estaba loco, y contando su ante-
rior experiencia como una prueba
de sus palabras. Al caer la noche,
su voz se hizo ronca. Al fin, no
pudiendo soportar más, fué a ron-
dar al alrededor de la capilla.

Estableció su morada en el
dintel de la puerta de mármol.
Durante horas y horas permane-
ció allí, mirando el estrecho puer-
to y más lejos aún, la mar agita-
da. Vagos ruidos subían del suelo,
confundidos con el perfume de la
hierba y aún otro olor... Se sentía
como el crepitir de un árbol
que rompe su corteza. Un desfale-
cimiento acostaba al enamora-
do sobre la hierba, y sus labios
erraban temblorosos sobre la tie-
rra como sobre un cuerpo viviente
de mujer. Una de aquellas noches,
se atrevió a pedir la llave de la
capilla a su hermano, que se la
arrojó por la ventana, (y esta fué
la única vez en que ojos humanos
pudieron ver un brazo de Paolo
Uccelli). Llevando la llave, Marco
subió a la tumba, y soñó. Sorpren-
dido de que una voz querida no
contestase sus quejas, lloraba. La
capilla era igual a todas las de-
más; era casi nueva, conteniendo
justamente al padre y a la madre,



Rápida
y suave afeitada...
¡Gracias a esta
espuma!

Proporciona todo lo
que Vd. quiera, más
de lo que se imagina:
reblandecer la barba
más dura, suavizar
el corte de la hoja,
dejar liso y fresco el
cutis. Y esta espuma
solo la produce la



SUPER-CREMA
DE AFEITAR

MENNEN
Mentolizada o simple



En la casa solariega

hay muchas tradiciones que
se transmiten de padres a hijos.
Una de ellas, acaso la que se
cumple más estrictamente es

LECHE DE MAGNESIA EL FAMOSO PRODUCTO PHILLIPS

para cualquier indisposición
del estómago.

Agrietas, biliosidad, pesantes
después de las comidas, indi-
gestión, estreñimiento.

Si no es Phillips no es
Leche de Magnesia. Cuí-
dese de las imitaciones.



uno encima de la otra, y a Santina.

Sola en su rincón, la bien amada. Abrir la puerta, llenar sus narices con aquel relente frío, un olor de yeso húmedo, y considerar que detrás de la placa de mármol, había... ¿Qué? ¿Santina? Todos los días hablaba de exhumaciones, sacando r a z o n e s estúpidas del fondo de su cerebro de donde huían las ideas. Todas las noches, erraba ante la casa Uccelli, llena de mandolinas, de risas y de canciones amorosas.

Una noche, el otro, exasperado, le gritó que la hiciera exhumar, si quería convencerse...

—Ladrón de mujeres, vete allá abajo, a nuestra capilla. Lévese a las palas, y ¡por el diablo!, será mucha casualidad si encuentras a tu princesa...

Luego, con una voz más dulce, casi riante:

—¿No es verdad, mi Santina? Ese loco de Marco acabará por hallar alguna princesa.

En voz alta:

—¡Anda pronto. Aprestate, ladrón. Podría llevársela alguien antes que tú...

—¡Ya te mataré, puerco!, le gritó Marco.

Durante la noche, en compañía de Giacomo, abrió la puerta de la capilla, encendió una lámpara que posó encima del altar, rompieron los sellos de la tumba, extrajeron el ataúd, y pusieron descubierta una pobre cosa odiosa, repelente, que el sepulturero reconoció. Descubierta ante el cadáver, juró:

anciano inclinó su cabeza, y dijo algunas palabras llenas de majestad.

—Mi padre os ruega que consideréis este pobre lugar como vuestro, interpretó la muchacha, y me encarga os diga que vuestros caballos serán bien atendidos.

—Un pueblo hospitalario, comentó el polaco, cuando estuvieron solos.

—Todos lo son, excepto aquel tipo grandulón, dijo Falconer.

—Tiene cara de asesino.

—El anciano, —prosiguió Zaluski, alegremente— debe ser el Gran Señor y debe ser el Gran Señor y debe ser el Gran Señor... Y para concluir la sentencia, besó la punta de sus dedos.

En los días que siguieron, durante los cuales Falconer y Zaluski hicieron incursiones diarias a la foresta para sostener su carácter de naturalistas, supieron que, efectivamente, Zircincamaro era el Gran Señor, el cargo que ostentaba por sucesión directa que Zetala, su nieta, a causa de una serie de muertes desdichadas, era la última de la remota línea. Su español tenía origen en un misionero, muerto desde mucho tiempo antes y nunca más reemplazado, y éste había sido su principal contacto con la raza blanca, porque los saacatlanos, reducidos a unos cientos, vivían aislados y para sí mismos, desdénando las relaciones con el mundo exterior. Todos resultaban bastante corteses, si no amistosos, y solamente Sicurancha, el joven cabecilla, continuaba enmurrado.

—Está enamorado de Zetala, —advirtió Zaluski. —Poned manos atención en la muchacha, o tendremos algún otro tiempo.

Aquello era lo más prudente, admitía Falconer para sí mismo, pero cada día se sentía menos inclinado a seguir la norma indicada. Al atardecer, cuando regresaba de la caza de plantas,

—La señora Santina... Se santiguó, lloroso. Pero Marco sacudió la cabeza:

—No es verdad!, ¡no! —gritaba. —¿Comeréndonos tú? ¡no quiero que sea verdad!

Entonces, con los brazos retorcidos, el rostro convulso, rodó sobre la perfumada tierra, gritando hacia las estrellas el nombre bien amado. Luego, cerrando la tapa, golpes de pie y de pichoa, rechazaba aquel horror, sellando como para la eternidad, la tumba y gritando:

—¡No es cierto! ¡No es cierto! Ella no...

Marco reconoció su anterior existencia perezoza de soñador. Por la noche, cuando resonaba en las pasos frente a la casa Uccelli su loco nervioso y desvelado. Paolo, desde lo alto de su ventana, oculto detrás de las cortinas, como un demonio invisible y tentador, le pedía noticias de Santina. ¡Y real!

El último que vio a Marco, un Marco enflaquecido y completamente mudo, fue el juez de paz, una tarde de julio. Se pasaron mucho tiempo juntos y se separaron muy entrada la noche en la esquina de la iglesia de los Templarios. El menor de los Uccelli no volvió a su casa.

En aquellos días, un hombre de imaginación, que sabía el fondo de muchas cosas y que tenía un arte maravilloso para obtener de las gentes las confesiones más sombrias, suave material para edificadas historias, me contó lo siguiente:

Pasión...

iba adquiriendo más y más el hábito de visitar al anciano, tratando de convencerse a sí mismo de que su interés solamente radicaba en las reminiscencias de Zircincamaro; pero, como Zetala era la que interpretaba, Falconer oía solamente la música de su voz, no veía nada más que los rostros rosados de sus labios y las suaves curvas de su garganta. Mientras tanto vagaba a incesantemente, franco en su declaración de interés por el templo y sus desmoriadas esculturas.

—Desde luego, no sospechan de nosotros, —insistía. —La bóveda del tesoro ha mantenido su se-

guente:

Así pues, Marco se despidió de su amigo Antonio, y encaminó sus pasos a donde tenía costumbre de hacerlo todas las noches, ante la casa de los Uccelli. Allí, suspiró pensando en Santina que no se hallaba en la tumba. Aquella cosa odiosa que él había sentido, no era Santina. Santina era una carne palpitante y madre de todos los perfumes, que se arropaba en trajes de seda y terciopelo. La mandolina, desde el fondo de la casa, parecía decirle: "Tienes razón; ella está aquí"... Marco comprendió la llamada de las metálicas cuerdas y subió. Sacudió la verja. La vieja le abrió, romoviéndolo sin cesar sus ojos blanquecinos. Él, con los brazos, acumuló las palabras temerosas... Ante la puerta de su hermano, dijo:

—¡Paolo!

—¿Y bien?

—¿Dónde está Santina?

—¡Aquí, per la Madonna! Sobre una silla, frente a mí; ¡Marco, vete!

—¡vete!, ¡ladron!

Marco sin duda apoyaría su fuerte espalda contra la puerta (la puerta era tan vieja), y entraría, creyendo ver a Santina. Amigo mío, ¿cómo podríamos suponer otra cosa?

Creó verla tal como era en otro tiempo, y colocándose ante la imagen diría:

—¡Es mía!

Paolo al principio debió reír, y después que aquello era la primera vez que los dos hermanos se veían desde hacía diez años, y después pretendió, según me pa-

rece, separar al menor, y entonces, ¿usted comprende?, un golpe de puñal se recibe pronto.

Me imagino a Paolo cayendo a tierra y estremeciéndose algunos minutos, el tiempo justo para vaciar sus arterias. Golpeo con sus pies el pavimento. Luego, sus manos crispadas se abrieron. De pie ante él, Marco contemplaba su obra. Oprímolo por la vista de aquel cadáver y de todas las imágenes que despertaba en él, se volvió y creyó oír una explosión de risas...

Buscó durante toda la noche, buscó al día siguiente, los demás días, durante diez años seguidos...

En la ciudad, creyeron que el menor se había marchado a América. Oprimido por la vista de aquel cadáver y de todas las imágenes que despertaba en él, se volvió y creyó oír una explosión de risas... Buscó durante toda la noche, buscó al día siguiente, los demás días, durante diez años seguidos... En la ciudad, creyeron que el menor se había marchado a América. Oprimido por la vista de aquel cadáver y de todas las imágenes que despertaba en él, se volvió y creyó oír una explosión de risas...

Y diez años más tarde, extrañada de que el solitario no acudiese a la ventanilla a recoger su alimento, la vieja sirvienta mandó echar abajo la puerta, y se encontraron dos cadáveres en dos habitaciones, uno de ellos pudriéndose justamente y el otro convenientemente. La casa de Zetala, olvidado los dos el mismo sueño de amor helado en el fondo de sus ojos muertos.

(Continuación de la Pág. 19.)

creto durante varias centurias. ¿Cómo podrían ellos ni soñar siquiera que tenemos un indicio de la misma? Solamente ese maldito Sicurancha pone atención a mis merodeos, y eso me preocupa más que cualquier otra cosa.

Por espacio de dos semanas, nada tuvo que informar, poniéndose de más mal humor con cada día de desengaño que trancurría. Al fin, llegó una tarde en que su rostro lucía incandescente por la excitación. Falconer notó que deseaba aislarse de toda compañía, y lo siguió sin demora cuando el polaco presentó una excusa cual-

quiera para retirarse temprano.

—Es cierto, Rodney, es cierto... Escasamente habían llegado a su cima cuando Zaluski lo abrazó gozoso. Pude escapar a Sicurancha esta tarde, y pasar una hora solo en el templo. La piedra movible está allí. ¡La encontré! Ajistada con maestría tal, que me inclino a creer que hace años es evolucionada de su lugar, por lo que cubre a perfección su papel de trampa. ¡Estoy seguro de ello! No sé cómo Zaluski se dio cuenta del altar, sino a cinco pasos detrás de él. Eso fue lo que me tenía desconcertado. El altar debe haber sido trasladado de lugar. El reservado e imperturbable soldado de la fortuna casi estaba loco de alegría. ¡Pero estais callado! —exclamó de repente.— ¿Dónde está vuestro túbulo? Casi me inclino a creer, mi amigo. O sea un duro, que habeis perdido el valor necesario para la aventura.

—Lo he perdido, —admitió Falconer.— No es que haya dejado de anhelar el oro con igual frenesí que vos. Es más, me duele tener que desistír de la palabra empeñada. Pero, Casimiro, no creéis que ahora estamos envueltos en una cuestión de honor? Hemos compartido el pan con Zircincamaro, aceptado su hospitalidad y estrechado su mano en señal de compañerismo...

—Si Zircincamaro fuese de nuestra clase y calidad, —respondió Zaluski, frío y formal,— estaríamos de acuerdo en que nuestra conducta debería calificarse de ilegal. Pero el honor, mi amigo, solamente existe entre iguales. Eso es lo que se acepta en todo centro civilizado. Zircincamaro es un indio, un salvaje, y lo que nosotros hemos hecho corresponde a la estrategia. Pero sed sincero —agregó secamente.— Vos amáis a Zetala.

—Yo yo yo —dijo Falconer por un minuto. Inmediatamente.

Los mata de verdad

INSECTICIDA
MARCA
ABEJA
RÁPIDO
EFECTIVO

¡El campeón de la humanidad! El insecticida MARCA ABEJA es invencible contra la plaga de insectos. Etermina los mosquitos y los moscos al instante—lambas y todos los demás insectos. Y usando la nueva fórmula, resulta aun más eficaz y económico. MARCA ABEJA es nuestra segura y rápida para los insectos, pero indeseado para usted. Comprelo "libre de sus plagas. MICHENER & CO. Distribuidores, S.A.

REPRESENTANTES:
CASTELEIRO Y VIZOS LA HABANA

(Continúa en la Pág. 20.)

El abuelo se irguió y contempló el jarrón en silencio.
—¿Es este?— le gritó al oído un mujik de pelo rojo.

Ilya, sin responder, se arrojó hasta el otro lado para mirar el jarrón desde un ángulo distinto. Se detuvo y volvió a contemplarlo y siguió guardando silencio. De pronto exclamó con voz cascada:
—¡El mismito!
Y esta respuesta, como si se tratara de un chiste, provocó la risa de la muchedumbre.



“¡Yo quiero..!” GRATIS

Así exclamarán sus nenes cuando vean la Maizena Duryea en la mesa. La Maizena Duryea provoca especialmente el apetito de los niños. Sirvasela con frecuencia. Hará que sus niños se desarrollen robustos, saludables y vigorosos.

Centenares de platos deliciosos y apetitosos se pueden preparar fácil y económicamente con Maizena Duryea.

Permítanos enviarle un ejemplar GRATIS de nuestro bonito libro de cocina que contiene muchas recetas famosas. Llène y envíe el cupón.

MAIZENA DURYEA

F. A. LAY

Apartado 695.. Habana

26

Enfame un ejemplar GRATIS de su libro de cocina.

Nombre.....

Calle.....

Ciudad.....3048

El Jarrón...

—Eso es: ¡el mismito!
El abuelo Ilya murmuró con su boca desdentada:

—Cuando el Zar se lo regaló al Conde... hubo tres días de fiesta. Bebimos vino... en el patio del amo. Luego, cuando lo trajeron a la casa... bebimos otros tres días más... vino.

—¿Por qué se lo regalaron, ¿eh? ¿Nunca lo oiste decir?— volvió a preguntar el mujik pelirrojo.
—¿Cómo no voy a haberlo oído? Claro que lo oí decir. Nuestro Conde hizo la paz con una gran potencia: con los chinos o con los árabes, no recuerdo cuál; por eso se lo dieron. Lo trajeron de Petersburgo en trineo, envuelto en pieles y sobre un colchón de plumas, como a una dama.
—¡Miren ustedes con lo que se diviertan los nobles!

—Se bebían nuestra sangre y traían sus jarrones en colchones de pluma.

—¿Y qué opinan ustedes de las estatuas que también colocaban aquí?

—Enséñeme al abuelo la de la mujer. Que vea las cosas con que se diviertan los nobles.
Bromeando, acercaron al abuelo Ilya a la estatua femenina. El viejo la contempló en silencio un minuto, y de repente:

—¡Tfu!—escupió.
La multitud lanzó una estruendosa risachota.

—¡Muchachos!—aulló el aldeano pelirrojo.—¡Regalemos el jarrón al abuelo Ilya!

Y mil voces respondieron al unísono:

—¡Tiene razón! ¡Se lo regalamos!

Stepan Mihvalyeh agitó las manos.
—¿Qué vamos a hacer con él? ¡No, no! Además, no me lo podría llevar. Probablemente pesa más de veinte puds.

—Nosotros te ayudaremos.
—¿Te ayudamos, te ayudaremos!—gritaron todos a la vez.

—Pero tiene que llevarse también las estatuas. ¡Las dos!

Una alegría tan desenfadada llenaba la casa y el dominio todo, como no se había visto desde mucho tiempo atrás. En vano Stepan Mihvalyeh movía negativamente la cabeza y agitaba los brazos. Los mujiks mismos pasaron por la puerta del frente, primero el jarrón chino y luego las estatuas; los colocaron sobre montones de paja en los carros y los transportaron a Shikhanly para el abuelo Ilya. Este iba en el primer carro con Stepan Mihvalyeh. Seguía una larga caravana en torno a la cual caminaba la turba, riendo estruendosamente.

Dunya, en cuanto se enteró de que no sólo traían el jarrón chino sino también las estatuas, cerró la puerta, agarró una tranca y salió al encuentro del gentío.

—¿Qué se proponen?—chilló.—¿Qué se proponen queriendo deshonrar mi patio? ¡Tengo hijos jóvenes! ¡Tengo una hija casadera, y se aparecen ustedes trayendo estatuas desnudas a mi casa! ¡No lo consentiré!

—La comuna ha resuelto regalárselas al abuelo, y no puedes negarte a recibirlas—ironó la turba.
—¡Tienes que aceptarlas!

Dunya alzó la tranca y marchó hacia el carro.

—¡Voy a hacerlas añicos!—aulló.
Stepan la cogió de la mano y le dijo por lo bajo:

(Continuación de la Pág. 10)
—Esta noche lo areglaremos todo. ¡Ahora, cállate!

—¿Por qué significa esto? ¿Somos peores que los demás? ¿Por qué no arrastran esta vergüenza a casa de los Kostarev? ¿Por qué nos la traen a nosotros?

—Cállate, mujer!—ordenó Stepan con severidad, y fué a abrir la puerta.
Al son de los juramentos de Dunya y de los gritos de alegría de la muchedumbre, el carro penetró en el patio. El mujik más fuerte de todos condujo el jarrón al portal. Querían meterlo en la cabaña pero no pasaba por la portezuela, lo que les hizo dejarlo en el portal.

En cuanto a las estatuas, fueron colocadas en un rincón, cerca del pajar. El patio estaba lleno de gente. Gritos y risotadas ensordecían la aldea entera. Stepan Mihvalyeh cubrió las estatuas con paja y unas esterillas y sólo después que hubo terminado esta faena, comenzó a dispersarse la muchedumbre.

Transcurrieron seis meses y el distrito empezó a olvidarse de cómo se habían repartido las pertenencias del Conde. Los mujiks y sus mujeres, los viejos y los chicos—todos cuantos vivían en las dos aldeas y los siete caseríos—no pensaban ya más que en una sola cosa: cómo dividirse la tierra del Conde en la primavera. Las otras cosas no eran lo esencial. Lo esencial era la tierra.

Carecían de importancia los objetos que todos habían recibido en el primer reparto: éste un potrero corsario; aquél un carnero de Schley, y el otro un jarrón chino.

Lo importante era a quién le iba a tocar la cuña, para trigo de invierno, que estaba en el Pantano de la Cabra; la tierra allí era como la cera: una sola cosecha enriquecía a la aldea entera.

Habían arriado el jarrón en una esquina del portal; todo el mundo acostumbrárase a él y dentro de él guardaban los escobillones con que barrían la choza y el corredor. Sólo de vez en cuando, al cruzar cerca del pajar, Stepan Mihvalyeh miraba las estatuas a respetable distancia. Aún en aquellos agitados días un pensamiento que no tenía de práctico le roía el cerebro a aquel hombre justo. Mirando para el mármol blanco se preguntaba: “¿Cómo es que los nobles tenían en sus casas cosas tan indecentes? Hasta un mujik se avergüenza de llevarlo a su choza”.

Incabaz de resolver el enigma, se contentaba con mover la cabeza, y recordaba la actitud de Dunya en los primeros días que tuvieron en su casa las estatuas.

—¡Rómpe las, destruyelas!—era el solo consejo de la mujer.

—Aguarda, necia. Ya tendremos tiempo de romperlas. Primero, debemos comprenderlas—contestaba, apaciguándola, Stepan Mihvalyeh.

—¡Ahí no hay nada que comprender! ¡Los nobles eran unos libertinos—chillaba Dunya.—¡Y tú también quieres ser libertino?

Confuso, Stepan no hacía más que murmurar frases vagas. Hasta intentó pedir consejo al abuelo Ilya.

—¡Fíjate toda la desvergüenza que existía entre los nobles!

El abuelo Ilya se limitó a responder, rezagando:
—Desde luego, los nobles... ¿qué les importaba nada? ¡No tienen vergüenza!

—Yo creo que no todos eran iguales. La Condesa nos edificó una iglesia; era piadosa, y sin embargo, en su casa no tenían inconveniente en mirar una estatua desnuda. ¿Cómo te explicas eso?

—Son gente extraña esos nobles. Una vez hubo un Conde que comía ranas. ¡Qué asquerosidad!

—Sí, por supuesto. Y sin embargo, ahí tenemos esas estatuas desnudas de un hombre y una mujer... ¡Malo!, ¡malo! Es pecado.

—¿Quién sabe? Quizás ni siquiera sea pecado.

Poco después, Stepan Mihvalyeh fué a consultar con el salmista Alejo Nikolaevich.

—¿Por qué los condes tenían en sus casas estatuas desnudas?—le preguntó.

Alejo Nikolaevich meditó un rato y luego dijo:

—Para pasar el tiempo agradablemente.

Pero Stepan Mihvalyeh no halló explicación en semejantes palabras.
Días antes del carnaval, pasó a caballo por la casa saqueada. Todo estaba cubierto de nieve. La avenida de tilos que se extendía desde el pórtico frontero hasta la verja no había sido talada todavía a pesar de que cuando el reparto todo el mundo gritaba que había que talarla inmediatamente, pues los tilos iban a permanecer en pie durante mucho tiempo y luego servirían para nada. Junto a la avenida, Stepan Mihvalyeh notó las huellas de un carro.

—¿Qué harán en la casa?—se preguntó sorprendido.

Amaró el caballo a la verja y entró en el edificio. Los suelos de mosaicos de madera estaban cubiertos de nieve. Las paredes desnudas, tachonadas de manchas negras, una gruesa capa de escoria pendía, en agujas, de lo que quedaba del techo.

Stepan Kikhalych cruzó las habitaciones vacías hasta llegar a la “gadería”. Allí lo condujeron las huellas que había en la nieve. En la “gadería” oyó crujir una sierra. Stepan Kikhalych atisó con cautela por detrás de la puerta. Alguien aserraba un marco dorado. Ya no quedaban cuadros en la pared. Hasta los fuertes ganchos de que pendían habían desaparecido.

—¡Dios sea contigo!—gritó bromeando Stepan Mihvalyeh.

El hombre que aserraba el marco se echó a temblar y se volvió presuroso. Era el molinero Ivan Dryumin.

—¿Qué trabajo te lleve—rió—qué susto me has dado. ¿Qué te trae por acá?

—Quise ver cómo andaba la casa del amo.

—Pues mira, estoy aserrando el último marco. Como ves, ya no quedan más que las paredes peladas.

—¿Y dónde están los cuadros? ¿Dónde van a estar? ¡En donde deben! Las mujeres están haciendo con ellos pantalones y camisas.

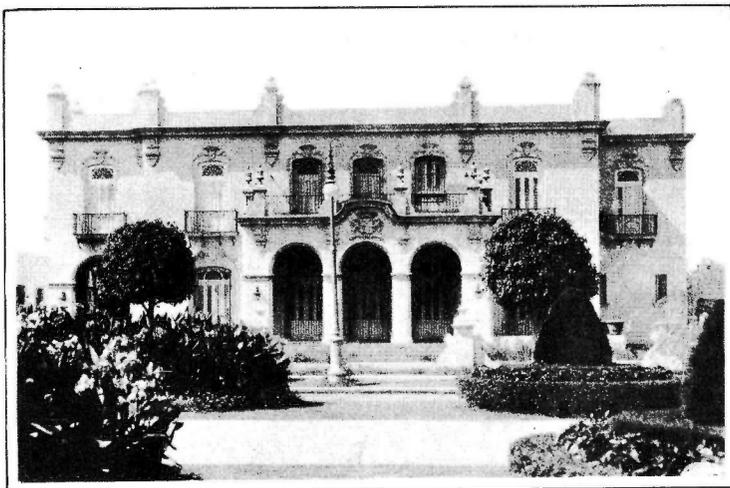
—¿Cómo, cómo? ¿Es posible? ¿Cómicos otros no sabrían, pero ellas sí que saben.

Y como quien trata de un negocio, el molinero explicó a Stepan en pocas palabras que ya se habían llevado todo de la casa y sólo quedaban los cuadros, cuando él pronto un aldeano, lleno de rabia, le dió un puñetazo al más grande y le abrió un agujero enorme que dejó colgando unos guñafos. Una de las mujeres se acercó y lo examinó al tacto. “Caramba”, dijo, “padrecitos, ¡qué buen lienzo! Serviría para pantalones”.

(Continúa en la Pág. 54)



B



B

Mansión de la Sra. Condesa de Buenavista, en MIRAMAR. Arquitectos: Morales y Co.

Las Grandes Fortunas Nacen de las Grandes Crisis

EN ÉPOCAS de bonanza el valor del dinero desciende a su más ínfimo nivel. Las inversiones se realizan con tan escaso como peligroso margen de utilidad. Los *grandes negocios* de las épocas de crisis se buscan tan afanosa como estérilmente. La normalidad económica provee a todas las necesidades y los capitales a invertir entran en crisis. **ES LA ÉPOCA DE ECONOMIZAR...**

En las grandes crisis— como la actual— que se presentan de tarde en tarde en la vida de los pueblos, (y que son siempre precursoras de una más firme y prolongada estabilidad económica) el valor del

dinero se agiganta. Cada peso parece fecundarse para multiplicarse después. Las grandes facilidades que se brindan para adquirir valiosas propiedades vienen a ser las simientes de fabulosas fortunas. **ES LA ÉPOCA DE INVERTIR SUS ECONOMÍAS HASTA EL ÚLTIMO CENTAVO.**

Jamás se le presentará a Ud. oportunidad comparable, como la que hoy le brindamos, de adquirir una de las magníficas parcelas residenciales en el jardín de la Habana, o sea MIRAMAR y ALTURAS DE MIRAMAR, reputada en el mundo entero como la barriada más bella, fresca y aristocrática de nuestra capital

A un precio que equivale a un 50% de su verdadero valor y a una fracción de lo que costará tan pronto se inicie la era de normalidad.

Más un 20% de descuento por venta al contado antes del día 15 de Julio.

Llame en seguida por teléfono **M-3462** y no deje de aprovechar esta oportunidad de asegurar su independencia económica en un próximo porvenir.



Paseo de Martí, (Prado), 9

Torre del Reloj - 5ª Avenida

**CARTELES
(KARTELL)**

mente contestó con orgullo:—Pues bien; sea. La amo con toda mi alma.

Y ella también os ama,—in-sistió el polaco.—Con todo el fuego de su ardiente y salvaje sangre. Cualquiera tonto puede ver eso. Y ya que vos mismo habéis puesto sobre el tapete la cuestión del honor, ¿puedo preguntaros cómo igualáis a Zetala con vuestra cuna? Una vez ganado su amor, ¿qué pensáis hacer de él? ¿Os casareis? ¿Llevaréis a vuestra casa, a vuestros padres y a vuestros amigos esa india del antiguo pueblo de Guerrero? Vamos, Rodney,—dijo gentilmente, al notar la desventu- ra del tejano.—Debeis admitir que eso es imposible.

—Comprendo que tenéis razón, —murmuró Falconer, con la cabeza entre las manos.—Pero... ¡Oh, Zetala! ¡Oh, Zetala! ¡Oh, Zetala! La voz convirtiéndose en gélido.

—Pobre amigo mío,—consolóle el polaco, enterneciéndose como una mujer.—Pero, eso pasará. Eso es, a un mismo tiempo, la bendición y la tragedia de nuestras vidas. Todo pasa.—Por un momento permaneció pensativo; y de repente, dijo brusco:—Saldremos mañana por la mañana y daremos el golpe por la noche.

—¡No, no! No tan pronto. —Es mejor. Diremos que vamos a Michoacan en busca de arqui- deas, y que retornaremos, para una breve permanencia, en nuestro regreso a casa.

Al fin, llegaron a un acuerdo sobre el plan a seguir, y al día siguiente Zaluski anunció su propósito sin el dismulo de Falconer. Zetala paldecido al oír las primeras palabras, recobrando sólo el color cuando el polaco, en respuesta a la ardiente invitación de Zirzincamaro prometió otra visita, a su regreso a la ciudad. La tribu reunióse para despedirse de ellos, y a medida que se alejaban, Falconer mantenía, resuelto, su vista al frente, no creyendo en su propia fuerza ni aún para dirigir una sola mirada hacia atrás.

—Viajaremos en círculo,—explicó Zaluski, tan pronto como la flor- esta cerróse a su alrededor,—y llegaremos al templo poco después de la media noche.

Respetando el deseo del tejano por el silencio, no dijo nada más. Hasta bien entrada la tarde cabalgaron en línea recta hacia Michoacan. A esa hora, Zaluski, creyéndolo ya prudente, empezó a formar el círculo.

Horas después se detenían ante un añejo roble que se alzaba gigantesco e imponente en la noche. —Estamos a una milla del templo,—dijo Zaluski.—No creo prudente acercarnos más con los caballos. Mantenemos cerca de mí y procurad no hacer ruido al caminar.

Sus ojos parecían estar aveza- dos a la oscuridad, pues dirigióse resuelto hacia el claro en que se encontraba el templo. Al llegar cerca de él, dijo al oído de Falconer.

—No os mováis. Deslizándose en la oscuridad, pronto regresó con dos lanzas y dos antorchas.

—Escuchad esto hoy por la mañana antes de amanecer y mientras vos dormiais. Tomad.

Subiendo los escalones, Zaluski buscó la mano de su compañero al llegar a la puerta del templo, y encontrando la pared, adelantó con cautela hasta que el alto altar de piedra tropezó con sus tanteantes dedos. Dando la vuelta hacia el lado opuesto, contó cinco pasos, y entonces, arrojándose,

Pasión...

encendió una cerilla usando el sombrero como pantalla. —¡Mirad!—En la débil y vacilante luz, sus ojos brillaban como ascuas.—Un cemento enteramen- te distinto. Enterrad vuestra lanza aquí,—dijo, señalando el lugar. Yo atacaré la piedra por este otro lado. Y cuidado con el ruido. El menor sonido puede compromete- rnos seriamente.

Durante una hora ambos sudaron, rompiendo clavos y lastimán- dose los dedos hasta que sangra- ron, pero cuando ya Falconer de- sesperaba, el polaco lanzó una exclamación de triunfo en voz baja.

—Mi lanza ha penetrado baste- tante para no creer que haya llega- do al otro lado. Preparaos para enterrar vuestra lanza por debajo de la piedra tan pronto como yo la mueva.

Levantando la losa, y empuján- dola hacia atrás con extremo cuida- do, Zaluski exploró la tenebrosa cavidad con vacilante pie, y, en-

(Continuación de la Pág. 47).

contrando escalones, bajó por ellos Avanzando, con todo género de precauciones, pulgada a pulgada, por la amenazadora oscuridad, no se atrevió a encender su antorcha hasta no estar bastante lejos de la abertura. La luz mostró una espa- ciosa cámara, con techo de mader- a y paredes estucadas.

Tanto el polaco como el tejano vieron algo que iba mucho más allá de sus sueños. La cámara mos- traba oro en barras; oro en tanta- tas formas como dioses zacatalua- nos existían, con incrustaciones de gemas que relucían deslumbrado- ras; cuencos de malaquita y tur- quesa rellenos de anillos, brazale- tes y collares; corazas de oro y brillantes mazas cubriendo todas las paredes: todo lo que aparecía en el inventario estaba allí.

—¡Cortés no vio jamás tanta ri- queza reunida,—exclamó Zaluski. —¡Ni tan poco! Pizarro! ¡Mon Dieu! Somos ricos, Rodney. ¡Ricos! Cuando aún seguían embriaga-

dos de felicidad ante el descubri- miento, una porción de la pared del fondo giró ruidosamente sobre sí misma, y a través de la abertu- ra entraron tumultuosamente los zacatalunos, con las lanzas en alto. Zirzincamaro, Zetala y Sicu- rancha iban al frente de la tur- bamulta. Desesperadamente, el polaco echó mano al revólver, pero desapareció bajo la presión de aquellos cuerpos cobrizos, y Fal- coner cayó bajo el mismo peso aplastante.

Las lanzas se levantaron en alto sobre sus cuerpos, notados, pero Sicuancha, saltando como un gato, les dió un terrible puntapié y comenzó una apasionada arenga que pareció encontrar favor inme- diato, porque fué contestada por un rugido de aprobación. Solamente Zetala disintió de la mayo- ría, saltando hacia el frente en una protesta de pasión, pero el de Zirzincamaro la arrestró de nuevo a su lado; su tostado rostro dominado por una cólera terrible. A una orden de Sicuancha, tanto Falconer como Zaluski fueron atá- dos de pies y manos con correas de piel de ante, y los hombres de la tribu, llevando a la llorosa Ze- tala con ellos, salieron de la cáma- ra, dejando a los cautivos solos en la tenebrosa oscuridad.

—Fuiamos seguidos,—dijo Zaluski.—Probablemente por Sicuancha. Fui un tonto en no tomar precauciones.

—¿Qué creéis que piensan hacer con nosotros?

—Alguna especie de tortura. No puedo imaginar otra razón por la cual Sicuancha nos salvase las vidas. Y además veríais el terror en los ojos de Zetala.

—Sí,—dijo tiernamente el teja- no.—Quiera Dios que no la hagan presenciar nuestro suplicio.

—Si pudiese aflojar una mano, —gruñó el polaco,—todavía tengo mi revólver. Mejor sería morir así que... Alguien se acerca,—dijo de repente.

Falconer oyó también débiles so- nidos en el pasaje exterior, el fro- te de escalón en escalón, y después pasos cautelosos y respiración agi- tada. Su intuición le hizo com- prender que no era un asesino quien se acercaba, y, dominado por la emoción, gritó el nombre de su querida.

—¡Zetala! ¡Zetala! Guiada por su llamada, la mu- chacha llegó a su lado precipita- damente y, tanteando, con amoro- sos dedos, cortó las correas de Fal- coner con el cuchillo que portaba.

—¡Huye!—le ordenó, ponién- dose en pie.—Huye inmediatamente. Pueden llegar de un momento a otro.

—¿Huir? ¡Sí! Pero, contigo.—Y cogiéndola en sus brazos, el teja- no la besó en los ojos, en la boca, en la garganta.

Un segundo de lucha, y ella se entregó, rendida, a su abrazo. Fué la voz un tanto plañidera de Zaluski la que recordó a los aman- tes el éxtasis en que se habían sumido, y reprochándose a sí mis- mo, Falconer encontró el cuchillo y soltó a su amigo. Entonces, abrazado mejor a Zetala, empezó a subir por la escalera, pero al llegar al rellano superior se detuvo seguro de que no era seguido.

—¡Casimiro!—gritó.—¡Casimiro! —Ya voy.—El murmullo llegaba del extremo más distante de la cá- mara, y no fué hasta después de una tercera llamada imperiosa que Zaluski se le reunió.

—¿Estás loco?—rugió el tejano. —¡Por Dios, vámonos de aquí!

Subiendo de manos y rodillas, llegaron al nivel del templo pero

(Continúa en la Pág. 52)



Rostros alegres -- demuestran que el asentado mejora la afeitada

Una afeitada suave crea sonrisas felices en millones de rostros por todo el mundo. La afeitada Valet es la más suave de todas. Se necesita poco esfuerzo para afeitarse con limpieza y rapidez y sin el menor "tiron".

El acero de la Valet se endurece especialmente para que admita un filo sobre-avale. Después, el afilado de la hoja Valet se renueva varias veces, usando el dispositivo de asentado Valet que forma parte de toda navaja Valet.

Adquiera un paquete de hojas y una navaja Valet—si todavía no tiene una. De venta en todas partes a precio módico.

GILLETTE SAFETY RAZOR CO. OF CUBA

Manzana de Gómez 466, Habana.

NAVAJA DE SEGURIDAD

VALET

Auto-Strop

v-04





El trabajo mental

desgasta al organismo y agota
las fuerzas físicas y mentales.

POLIMALT es un alimento expresa-
mente preparado para proporcionarle
a usted vigor intelectual y energías en
su naturaleza.

Por las sales minerales, el hierro y las vitaminas que contiene el
Polimalt es un poderoso reconstituyente y recalificante.

**Si quiere deleitar su paladar y repo-
ner sus fuerzas pida un POLIMALT**

PEDIDOS A TODAS LAS DROGUERÍAS Y ESTABLECIMIENTOS DE VÍVERES FINOS
Se considerarán proposiciones de Agencias en el extranjero.

DIETETIC FOOD Co.

Emil Hachez

EDIFICIO ABREU 302 O'REILLY Y MERCADERES LA HABANA, CUBA

en el momento en que se enderezaban, una figura oscura y amenazadora saltó de la oscuridad. La acometida del cuchillo de Sicurancha al corazón de Falconer fué rápida como un rayo, pero más rápido fué el salto que permitió a Zetala recibir el golpe fatal. Con un rugido salvaje, el tejano agarró al indio bajo su garra de hierro, lo levantó y cargándolo, a guisa de lanza, lo estrelló de cabeza contra las baldosas. Sin mirar el cadáver, cayó de rodillas al lado de la muchacha herida.

—Está muerta, — gruñó. — La mató.

—No,—Arrodillándose, a su vez, el polaco había puesto el oído so-

Pasión...

bre el pecho de Zetala.—Vive aún. Cargada y seguidme rápido.

Estaba amaneciendo cuando llegaron a los caballos, y a los primeros rayos del sol vieron que la blanca túnica de Zetala estaba roja de sangre. La herida estaba cerca del corazón, y aunque Zaluski habló en tonos optimistas al tiempo de vendarla, en sus ojos se reflejaba un tenor oculto.

—¡Montad, Rodney!—ordenó.—Llevada en brazos. No os ocupéis de las riendas. Vuestro caballo seguirá al mío.

Corriendo rápidos, llegaron al

(Continuación de la Pág. 50).

rio sin oír el grito de guerra de los zacatanulos, y una plegaria de gracias salió de los labios de Falconer cuando vieron el bote de un pescador en medio de la corriente.

Los nativos pronto arrimaron el bote a la orilla, y mientras Zaluski dejaba en libertad los jadeantes caballos, Falconer embarcaba con su preciosa carga.

—¡Vamos a Acapulco,—dijo en español.—Cien pesos si corremos todo lo que sea posible.

Antes de que estuviesen de nuevo en la corriente, ya estaba llevando las sienes, el pecho y la

garganta de Zetala, y gracias a sus angustiados cuidados un débil color sonrosado tñó las pálidas mejillas de la muchacha y sus párpados se alzaron lentamente.

—¡Nena!—Lágrimas de felicidad empaparon el bronceado rostro del joven.

—¡Amor mío!—Los pesados brazos se levantaron dolorosamente y pasaron alrededor del cuello de Falconer.—¡Alma de mi alma!

Pronto quedóse dormida, y el tejano, levantando por un momento la vista de aquella graciosa belleza, movió la cabeza tristemente.

—Debí estar loco cuando creí que podría vivir sin ella,—pensó para sí.

cosas se desenvolvieron como quería Hortet. Mora, al parecer, estaba preocupado por aquellos perros que estaban todos rascando con sus patas, frenéticamente en el tubo de la cloaca, penetrando uno por uno, viéndose detenido, y regresando nuevamente al ataque. El chacal estaba allí, salvivo, pero aquella baba de ladridos frenéticos estaba descomponiendo los nervios del filósofo Mora. Abandonó su puesto a la puerta de la habitación, metió su rifle en el tubo de la cloaca y apretó el gatillo.

Inmediatamente resonó un extraordinario coro de gritos y ladridos en la parte exterior de la muralla. El chacal había sido lanzado de su lugar como una piedra que cae por una chimenea! Y toda la jauría de perros pareció oír aquella sirena anunciadora, simultáneamente! Echaron a correr a través del patio, se deslizaron por debajo de la puerta, y cayeron en medio de la caravana.

Aquello era ya demasiado para los lígubres camelos! Habían sufrido todo lo que un camello puede esperar que sufra durante la noche, y se desbandaron en todas las direcciones, mezclándose desesperados con aquella tormenta de perros delirantes!

Ike se rió hasta que los ojos, llenos de lágrimas, se negaron a ver. Había cambiado completamente la decoración allí afuera, aquel disparo inocente de Mora! El Riff había abandonado su presa. Una sección de la caravana había desaparecido misteriosamente, y la otra se había diseminado por todo el África.

Ya no pensaban en otra cosa que en retornar al fuerte y cerrar la puerta. El cuerpo principal se había retirado para formar una especie de arco de fuego frente a su "poste". Los más enteros estaban formando una línea de batalla irregular, conteniendo al batallón de la Legión; el resto se amontonaba hacia el fortín, abrió sus grandes puertas y se agrupó en el patio. Entonces Hortet dio una orden aguda: "¡Corred!"

Cayeron aquellos diabólicos hoves sobre la muchedumbre apretujada! Estremecieron el patio hasta en sus cimientos e hicieron caer la mayor parte de las tejas. Lanzaron por el aire a todo cuanto de humano había allí, como un volcán en erupción. Surgieron en el exterior gritos de desmayo, que se comunicaron a los límites extremos de la defensa. Su "poste", su fuerte, se encontraba, misteriosamente, en manos de aquellos malditos legionarios! Y sin tener lugar alguno donde replegarse, porque el resto de la legión los rodeaba por todas partes en la montaña! Se esparció el pánico como un resaca de pólvora entre ellos y podían oírse las exclamaciones de terror y las ordenes indecisas

MARRUECOS...

de sus "sheikhs". Un grupo de moros se reunió ante la puerta, cobró valor y se preparó para una embestida. Hortet los recibió con una segunda lluvia de granadas, y los sobrevivientes salieron con mucha mayor rapidez de la con que habían entrado.

Criswell dejó escapar una risa burlesca. Esos se encontraron con que las barras de la puerta habían desaparecido, teniente!—le dijo desde su puesto, traduciéndolo las exclamaciones.

—"Bien!" — exclamó Hortet. — Abran el fuego, "mes enfants!" Era todo lo que faltaba. Cuando los Lebeis comenzaron a restallar contra ellos desde el parapeto de su propia "poste" y la puerta no podía cerrarse de ningún modo, acabaron por desmorozarse. Los Angeles Infernales eran tan solo

(Continuación de la Pág. 45).

seis, pero producían un ruido suficiente para un regimiento. En diez segundos se hizo insostenible todo el frente exterior para los rifeños. Los moros devolvían el fuego, pero sin calor, y se retiraban con locos gritos hacia sus propias líneas frontales, llevando consigo una sensación de inseguridad y la terrible noticia de que la mitad de la Legión se encontraba ya en su fuerte. Podía oírse a los "sheikhs" del Riff celebrando una rápida consulta ante la noticia. Y después se alzó un implorante grito de rendición.

Hortet y su pelotón permanecieron en las murallas de Azarif, esperando acontecimientos. Poco después, desde la noche, la voz del comandante Knecht se dirigió hacia ellos, en lenguaje de felicitación.

FLY-TOX

EXÍJASE EL GENUINO

No hay más que un Fly-Tox - el de la lata de rótulo azul

MATA TODOS LOS INSECTOS CASEROS

—"Pigs!"—decía extortórameamente, avanzando solo hacia Azarif,— "Coquine! Déserteurs!" Eres tú seguramente, mi "zou-zou!" — y abrumó a Hortet en epítetos de cotorra burlesca.—Tú y esos "malins" de Angeles del Infierno, no es eso?

—"Bien!" Somos nosotros, mi comandante!—replicó Hortet respetuosamente.—Alma de mi alma, ¿hicieron una pequeña visita y es de etiqueta militar que las visitas se devuelvan inmediatamente, "n'est-ce pas"?

El sargento Ike se desholizó de la mascarada de tabaco que había sido su solaz durante todo el rato de calma y dijo:—Tenemos un pequeño presente para usted, mi comandante: las caravanas, rifeños y los "goums" aliados que aún quedan vivos. Vinimos para aquí para conseguir dormir un poco, si usted quiere saberlo! No había nadie en la casa. Y es el único lugar tranquilo que había en el sector, de modo...

El comandante Knecht se rió a carcajadas. Su rápida mentalidad francesa le había hecho comprender todo lo que había pasado, uniéndolo los alegres sarcasmos de Hortet a las alusiones de Ike respecto de Issoual como lugar de descanso.

A Dios gracias, Knecht no necesitaba preguntar si en algún tiempo había habido un par de "bandoleros" más versátiles que aquel villano de "zou-zou" y aquel "cowboy" de Texas, su sargento. "Estoy sufocado, "mon cher" Estoy apoplético!—murmuró.—Y mi caravana de provisiones alientas para el sector, "mon braves!"—preguntó al pelotón cuando recobró el aliento.

—Es que usted no la huele, mi comandante?—preguntó Ike con indignación. — Están detrás del fuerte... algunos. El resto está diseminado por el territorio. Se ha enredado con una pandilla de perros que comenzó a perseguir a algún animal escandalizador, desde el mismo momento en que tratamos de conciliar el sueño!

El comandante volvió a reírse con franca alegría. Había oído las quejas respecto a aquellos perros de boca de los legionarios resentidos por haberles destruído su sueño. Y todavía se rió más cuando le contaron como los perros habían desmoralizado la caravana en el momento preciso, cuando estaba en poder de los rifeños. Pero Ike estaba lleno de amarguras y continuó con aspereza:—Con perdón del comandante, pero si los camelos vuelven al campamento nosotros nos quedamos aquí señor! Los muchachos no han dormido en esta zona que se suponía era de descanso, señor! Yo me quedo aquí, se lo digo. Y esa Issoual es una población inmoral,

(Continúa en la Pág. 58).

SOLIDARIDAD

POR MARIBLANCA SABAS ALOMÁ

SI el linotipo poseyese signos para expresar el tono medio entre una ironía amarga y un desmayado sarcasmo en caracteres tipográficos, esta palabra, *Solidaridad*, aparecería, por esta vez, impresa en esos signos. Mi máquina de escribir también carece de recursos para expresar gráficamente ese tono: así es que aquí me tenéis como una tonta más tonta de lo que parece, repletiendo en voz baja: so-li-dar-i-dad... so-li-da-ri-dad. Habría que añadir una palabra: *solidaridad je-me-ni-na...* (Origen de esta tontería? Leedlo a continuación, rota su integridad desalentadora por el único detalle de la piadosa supresión de la firma:

Habana, Agosto 20 de 1931.
Srta. Mariblanca Sabas Alomá.
Redactora de CARTELES.

Ciudad.

Distinguida señorita. Acabo de leer su artículo titulado "Ruth Kinsey y la Justicia Social", en la edición de CARTELES correspondiente al día de hoy. Me ha causado tal impresión, que me pongo inmediatamente a escribirle; creo que tengo derecho a ello, no sólo porque una vez le escribí felicitándole cuando su valiente campaña en favor de las mujeres trabajadoras (que por cierto ahora más que nunca necesitan de su ayuda), sino porque me parece bueno que usted sepa que no todas las mujeres estamos de acuerdo con los puntos de vista que usted sustenta en el artículo citado. Usted es, sin duda alguna, la más alta representativa, por su inteligencia, por su carácter y por su honorabilidad,—en manifiesto durante tanto tiempo por sus brillantes campañas periodísticas,—de la mujer cubana. Es bueno, pues, que cuando se equivoca, una mujer cubana como yo se lo diga francamente, sin recurrir al anonimato, sino firmando cívicamente su carta como la firmo yo.

Diga usted lo que diga, las mujeres decentes no hacemos causa común con las que no lo son, y Ruth Kinsey, en mi concepto, no lo es, por tres razones que voy a explicarle en seguida: porque mató a un hombre cuyo apellido llevaba legítimamente su hija, y por este hecho ha sido condenada a cadena perpetua por uno de nuestros competentes Tribunales de Justicia; porque la confesión de enfermedades y cuestiones íntimas ante un tribunal que para nada tenía que tener en cuenta estas cosas, evidencia falta de pudor y porque, principalmente, no supo ser madre y sacrificarse por su hija. Una mujer que de veras lo sea, señorita Mariblanca si tiene hijos, por el honor y el buen nombre de ellos recogerá gustosa todos los calvarios del mundo. Hablo como una mujer sana

y feliz, a pesar de que usted se dirige, en la invocación final del artículo, a las de espíritu maltratado o entrañas destruidas. Soy casada, tengo un niño de tres años, mi marido y yo nos adoramos y constituimos un matrimonio perfecto. Usted es soltera, según tengo entendido, y, sin embargo, siente una compasión que yo no siento hacia cierta clase de mujeres que, créalo, señorita Mariblanca, le hacen más daño que beneficio a la colectividad. A mí no me preocupa ni me quita el sueño que hayan condenado a esta mujer; en realidad, en el fondo, no podía esperar un trato amable por parte de su marido quien, según se desprende de cuanto usted dice, "cumplia sus deberes de esposa con asco y con angustia". Fíjese que esta dama es americana, y no olvide que esta gente tiene una idea del deber completamente distinta de la que tenemos nosotros.

En igualdad de circunstancias y aún dando por aceptado que mi esposo fuese una segunda edición corregida y aumentada de Luis Eduardo Cabra, yo no lo hubiese matado jamás. Demasiado bien sabe usted que las cubanas, con nuestro gran espíritu de sacrificio que constituye la base de nuestra virtud y el cimiento inconvencible de nuestros hogares, sabemos sobrellevar dignamente un matrimonio desgraciado cuando su disolución, en cualquier forma, afecta al buen nombre y al honor nuestro y de nuestros hijos. Usted la ha combatido muchas veces: pero la piedra angular de nuestra virtud legítima es la resignación cristiana en que se apoyan nuestros corazones.

No me gusta que utilice usted su sitio privilegiado de las columnas de CARTELES, revista la mujer de

Cuba, muy leída en el extranjero, para hablar de "las entrañas de mujer criminalmente destruidas que se ocultan bajo sonrisas de Giocondas", de "la desolación de espíritu de tanta mujer aparentemente sana y feliz a quien la cuchilla del cirujano ha cercenado la posibilidad del hijo" ni de "la angustia y el asco de las Ruth Kinsey que, enfermas, contagiadas, forzadas a una absoluta continencia por prescripción facultativa, se ven brutalmente compelidas a "cumplir con sus deberes de esposas" por los Luis Eduardo Cabra que pululan por este valle de lágrimas"... Esta clase de mujeres no debiera desfilarse por una revista tan culta como esa, que es recibida confiadamente en el seno de todos los hogares.

Deje a "su estimada amiga" Ruth Kinsey donde está, y rectifique, por favor, su aseveración de que TODAS LAS MUJERES la hemos abuelto, solidarizadas con su desgracia. Yo no me siento solidarizada con quien no es igual a mí, por mi parte. Y usted misma, sea franca, ¿se siente "solidarizada" con las mujeres recluidas en la cárcel de Guanabacoa, por ejemplo, o con las que se arrastran por el fango vendiendo su cuerpo por dinero y causando la ruina de tantos hogares honorables?...

La igualdad es un mito, señorita Mariblanca. No todas las mujeres somos iguales, ni todos los hombres lo son tampoco. Lo que sucede es que las cubanas, cuando somos "madres", somos más "madres" que otra cosa; mientras que las americanas—y si no preguntáteselo a "su estimada amiga Ruth Kinsey"—son muy diferentes.

En nombre de las mujeres cubanas que no estamos de acuerdo con su artículo de hoy, le suplico haga la correspondiente aclaración.

No siempre han de ser de felicitación las cartas que usted recibe, y es de esperar que las censuras, cuando son justificadas como ésta, le merezcan si no agradecimiento, porque sería mucho pedir, por lo menos estimación.

Su muy atenta y afectuosa lectora y amiga,

X.

Yo me pregunto, desolada: ¿será esta, en efecto, la opinión de "todas" las mujeres "decentes" de mi país?, ¿será esto, en realidad, "la decencia", "lo decente"? ¿pensarán de este modo "las mujeres sanas y felices", solamente, o todas aquellas que, sin serlo, poseen o ejercitan la virtud "legítima" de la resignación cristiana? ¿no ha de haber, para Ruth Kinsey, piedad, comprensión, justicia, ningún vínculo de SOLIDARIDAD?... ¿es posible que una mujer "sana y feliz, que adora y es adorada por su marido", le lance, sin compasión, esta afrentosa piedra?...

Una mujer, una mujer, es la que me dice que no haga desfilarse por estas columnas honorables a "esa clase" de mujeres. Y me interesa, con puntanzita, ironía, si me siento "solidarizada" con las presas y con las mujeres de mal vivir, y si le dijera que sí, señora mía, y si le asegurase QUE ME SIENTO SOLIDARIZADA con tanta alma de mujer destrorada, en una u otra forma, de una u otra manera, por la infame y maquiavérica nuestra horrible organización social, con su "resignación cristiana"—en mi concepto la más estúpida y estéril de todas las virtudes—y su espantosa intolerancia y su carencia casi absoluta de la única gran facultad que eleva al hombre por encima de la bestia: la facultad de amar, de comprender, de perdonar...

No. No es posible. Yo no acepto la crítica contenida en esta carta. Rechazo la tan poco justa como poco entil aseveración de que Ruth Kinsey, ciudadana americana, por el solo hecho de serlo, es MENOS MADRE que cualquier MADRE cubana. Ninguna mujer cubana es BUENA por el simple y circunstancial hecho de ser cubana, ni ninguna mujer norteamericana es MALA por el hecho de ser norteamericana. La nacionalidad poco tiene que ver en este caso con los hechos que se comentan. Ruth Kinsey no es "una americana", sino, simplemente, UNA MUJER. Una mujer llamada a cada uno de sus deberes pre-cia-esta-

BIOPHORINE GIRARD
Estimulante de energía

BIOPHORINE GIRARD
LA MEJOR KOLA GRANULADA PARA LOS SPORTIVO

TALISMÁN DEL VIGOR MUSCULAR



...aún con los
resaltidos más
ligeros, pasa
desapercibida
a toda apariencia
exterior...

MODESS
LA ZIGUILLA SIN AFRITA MEXICANA
Johnson & Johnson
NEW BRUNSWICK, N. J. U.S.A.



**Una bebida
deliciosa y
refrescante**

¡Prepárela usted misma!

PRUEBE este delicioso y saludable refresco, fácil de preparar en la casa, hecho económicamente con Quaker Oats y frutas del país. Aporta la sed, es sabrosísimo y a la vez alimenticio.

Refresco Quaker

1. En un litro de agua, se hierven por espacio de 4 a 5 minutos, 4 cucharadas de Quaker Oats "de Cocimiento Rápido."
2. Se le agrega el jugo de 10 naranjas mandarinas (o el equivalente en jugo de naranja).
3. Se endulza al gusto, se cuele y se sirve con hielo.

El refresco Quaker se recomienda especialmente para quienes residen en localidades que carecen de buena agua potable. Sirvato a menudo en las comidas, o a cualquier otra hora.

...anunciaron a los...
...emos de la defensa. Su "posi...
su fuerte, se encontraba, misteriosamente, en manos de aquellos malditos legionarios! Y sin tener lugar alguno donde replegarse, porque el resto de la legión los rodeaba por todas partes en la montaña! Se espantó el pánico como un reguero de pólvora entre ellos y podían oírse las exclamaciones

Y en el acto con tijeras y hoces cortaron todos los lienzos de los marcos, los dividieron en pedazos y se los llevaron.

—¿Y la pintura?
—¡Oh! ¡han sabido arreglárselas perfectamente! Las mujeres son muy vivas. Los metieron en una vasija grande; luego en levija y después en el horno. Los hirvieron tres veces y se les cayó la pintura.

—¿Y no se ve nada?
A tres no. Algunas veces te vuelves y ves una mano; en una pierna del pantalón notas un ojo. ¡Pero eso qué importa! Ya se irán borrando. Hoy en día cualquier clase de tela es pasable.

—En pocas palabras, que lo han utilizado ustedes todo.

—¿Por qué no? Aquí me tienes, aserrando este último marco.

—¿Para qué lo quieres?
—Para clavarlo debajo del alero de mi casa. Ya me puse allí uno y luce muy bonito. Todo el que pasa, mira para mi choza.

—Si, contestó arrastrando las palabras Stepan Mikhalych, —muy bonito; la gente de cabeza sabe sacarle partido a todo. En cuanto a mí, no hallo lugar ni para el jarrón ni para las estatuas.

—Todo no se puede hacer a la vez. Cuando llegue el otoño puedes encurtir pepinos en el jarrón; y las estatuas, ponlas en el huerto en vez de espantapájaros. La cosa es bien sencilla.

El molinero Dryunin resultó profeta. El jarrón de nada sirvió durante la primavera y el verano; pero en el otoño, cuando llegó el tiempo de los encurtidos, el consejo de familia acordó encurtir pepinos en él.

—Claro que haremos en el nuestro encurtido—declaró Dunya.—¿Para qué tener arrinconada una cosa inusable?

El hombre justo, Stepan Mikhalych, gritó al oído del abuelo Ilya: —Vamos a encurtir pepinos en el jarrón del amo.

El abuelo Ilya movió la cabeza y resopló:
—No, yo no voy, me duele la espalda.

—No te digo que vayas a ninguna parte. Te digo que vamos a encurtir pepinos en tu jarrón. ¡Qué sordo estás!

No le pudo sacar una palabra más al viejo. Ilya estaba ya tan deacrípito que no oía ni veía. A menudo, hacía el atardecer, habiéndose arrastrado hasta el portal, miraba largo rato para el rincón vacío. Pero no preguntaba nada, como si se hubiera olvidado de que allí estuvo el jarrón. Sólo los vecinos movían la lengua:

—Dunyasha, ¿qué has hecho con el jarrón?

—Lo llevamos al sótano para hacer encurtido de pepinos. ¡Y qué trabajo nos costó trasladarlo! ¡Que me ahorquen si el trasto ese no pesa más de veinte puds!

—¿Y no se les rompió?
—Ni un pedacito. Hasta el borde quedó intacto. La más pequeña rajadura habría sido desastrosa, pues se hubiera salido todo el vinagre.

—¿Y qué han hecho con las estatuas desnudas?

—Nos las llevamos para la siembra de cañamo, detrás de la casa de baños. Queríamos romperlas, pero un hombre de Klyuchy nos dijo que por ahí andaban unos mercaderes comprando todas esas cosas. Quizás pasen por aquí y podamos venderlas las estatuas; ¡es vergüenza tenerlas en casa!

Parece que la codicia de aquella mujer trajo el infortunio a la aldea entera, porque apenas habían puesto los pepinos a encurtir cuando de improvviso se presentaron en Schukhy tres individuos con gorras y revólvers, y se dirigieron inmediatamente al soviet de la aldea, llamando a un lado al presidente para interrogarlo.

—¿Qué han hecho los aldeanos con el jarrón chino?—le preguntaron.

El presidente procuró esquivar la respuesta, pero no pudo. Los jóvenes insistían.

—Constituíamos una comisión muy severa—le dijeron.—Venimos a llevarnos todos los objetos de arte; todas las cosas que sacaron ustedes de la casa del Conde.

Y le mostraron al Presidente un papel en que decía que si no entregaba los objetos, podían fusilarlo.

Entonces el presidente se manifestó que el jarrón chino estaba en el sótano de Stepan Mikhalych. Cuando la comisión—con gorras y revólvers—vió el jarrón con los pepinos en el sótano de Stepan, dos de los miembros se echaron a reír a mandibula batiente, pues la cosa les hizo mucha gracia. Pero el tercero se puso livido de cólera y gritó:

—¿Es así como se tratan los objetos históricos? ¡Qué vergüenza! Saquen de ahí esos pepinos en el acto.

Al oír esto Stepan Mikhalych avanzó unos pasos.

—No, ciudadano camarada. Ya pasó la hora en que se puede arrojar al suelo la propiedad de un mujik. No entregaré el jarrón hasta que nos hayamos comido todos los pepinos.

Pero el desconocido insistía.
—¡Arrojen en el acto esos pepinos!—y le restregó casi por las narices el papel a Stepan, con una mano, blandiendo con la otra el revólver.

—Pueden echar los pepinos en una tina—dijo uno de los miembros humoristas de la comisión.

—Es imposible—contestó tercaamente Stepan Mikhalych.—Los pepinos se echarían a perder si los trasegáramos antes de estar encurtidos.

Pero el comisario no quiso entrar en razón, y siguió enseñando el papel y agitando el revólver.

Dunya trató de persuadir a uno de los recién llegados:

—Por qué no se llevan las estatuas y nos dejan el jarrón?

De nada le valió. Tuviéron que trasladar los pepinos a una tina y la comisión no sólo se llevó el jarrón sino también las estatuas. Y lo que es más, recorrieron la aldea de casa en casa arrasando con todo: divanes, sillas, relojes, fuentes y platos.

El vidriero Ebrejkin quiso ocultar un despertador guardado en el estiercol, pero de allí lo sacaron los desconocidos. Reunieron en total quince carros de objetos en la aldea y se los llevaron para la ciudad. Y en el primer carro, envuelto en alfombras y paja, se llevaron el jarrón chino.

El hombre justo, Stepan Mikhalych estuvo malhumorado durante los tres días subsiguientes: la cólera lo dominó. Pero ahora tendrán una nueva clase de nobles en la ciudad que necesitarán mujeres desnudas y jarrones.

Trascurrieron seis años. Murió el abuelo Ilya. Su biznieto Mikolka, ya estaba en el último año de

colegio. En la primavera los colegiales fueron con su maestro, Pedro Petrovich a la población, cabecera del distrito, para ver las maravillas de la ciudad. Mikolka volvió a casa muy azorado.

—Papá—dijo.—¿Te acuerdas de aquel jarrón de los nobles? Está en el museo, y las estatuas también.

El hombre justo, Stepan Mikhalych se quedó igualmente sorprendido.

—¿Las estatuas? ¿No me lo digas! Las habrán cubierto con alguna cosa.

—No las han cubierto con nada. Están completamente desnudas.

El padre y la madre se miraron. Hubieran querido preguntar algo más, pero ¿cómo iban a despertar la malicia del muchacho... cuando... las estatuas estaban desnudas? Cuando Mikolka se hubo marchado a la calle a contarles a sus amigos las maravillas de la ciudad, Stepan Mikhalych dijo pensativamente a su mujer:

—¿Qué opinas de eso, Dunya? Yo no puedo explicármelo. Nosotros nos avergonzábamos de esas estatuas, y otros las han puesto en el museo. ¿Qué conclusión sacas de eso?

—Están corrompiendo a la gente. Se han vuelto libertinos—contestó Dunya.

—No; ahí debe de haber otra cosa. Sería conveniente averiguar. Y además, los nobles... después de todo, eran gente educada, y no le tenían miedo a las estatuas desnudas. ¿Por qué?

Al domingo siguiente mismo, —con una carga de manteguilla, huevos y leche—Stepan Mikhalych y Dunya fueron a la ciudad. Detuviéronse a lo último de una calle, frente por frente a la casa redonda de la esquina, donde antaño estuviera la Duma de la ciudad. Ahora, en el frente del edificio, pendía un ancho cartelón azul con letras doradas que decía: "Museo Municipal".

Mientras vendían la leche y la manteguilla que llevaban en el carro, Stepan Mikhalych miraba para las puertas, para ver qué gente entraba en el museo. Entró primero un rebano de niños, de ambos sexos, con una mujer tocada con sombrero. Probablemente colegiales con la maestra. Luego una mujer con espejuelos y con ella un hombre de barba gris, puntiaguado. Después, siete hombres—evidentemente de una fábrica,—y más y más gente.

Stepan Mikhalych se bajó del carro, se sacudió la paja que se le había adherido a los pantalones, y le dijo a su mujer:

—¿Verás lo que voy a hacer, Dunyasha. Tú haste cargo de la venta, que yo entraré en el museo a mirar. Tal vez Mikolka nos haya mentado mentiras.

Un poco indeciso, esperando que un vigilante saliera y le gritara: "¡A dónde te vas a meter, mujik!" Stepan Mikhalych penetró en el museo. Pero allí no había vigilante alguno. Una joven sentada en el vestibulo recibía piezas de diez kopeks a cambio de las entradas.

—Pasen por esa puerta—decía con amabilidad.

Con mucho cuidado, cual si temiese romper el picaporte de bronce tallado, Stepan Kikhalych abrió la puerta... y a poco se desmayó. Frente por frente, en un pedestal de piza, se erguía la estatua de la mujer desnuda. En

Vida mía!...

CAPRICHIO CUBANO

por Rodrigo Prats

Piano

Musical notation for the piano introduction, featuring a treble and bass clef with a 3/4 time signature. The piece begins with a mezzo-forte (*mf*) dynamic and transitions to piano (*p*) by the end of the first system.

Canto

Musical notation for the vocal entry, including a vocal line and piano accompaniment. The lyrics "De-di - cán-do-te mi" are written below the vocal line. The dynamics are marked *p*.

Musical notation for the vocal line, including a vocal line and piano accompaniment. The lyrics "vida pre - ten - dí queol - vi - da - ras - tu ver - gon - zo - so pa -" are written below the vocal line.

Musical notation for the vocal line, including a vocal line and piano accompaniment. The lyrics "sa - do mas fuéj - nu - til pues so - lo con - se - guí" are written below the vocal line. A *cres - cen - do* dynamic marking is present.

Musical notation for the vocal line, including a vocal line and piano accompaniment. The lyrics "con - se - guí el ver mía - mor tan pu - ro des - pre - cia" are written below the vocal line. Dynamics include *pp* and *ten. ten.*

Apuntes Intimos

de la Vida de John L. Sullivan

por Arthur Lumley



Grabado en madera de SULLIVAN el año de 1882.

Este es el segundo capítulo de una historia íntima de la vida del más grande y más popular de los boxeadores modernos.—Incluyendo a Jack Dempsey.—John L. Sullivan vivió una vida pintoresca, repleta de emociones y fué el hombre más popular que ha conocido el deporte. Arthur LUMLEY, decano de los escritores deportivos, lo conoció y fué su amigo íntimo por espacio de cuarenta años. En esta historia, Lumley refleja el verdadero carácter de Sullivan y ofrece verdícas versiones de hechos que el público desconoce.

RECORDANDO a Sullivan, jamás olvidó su espíritu magnánimo con sus contrarios, después de derrotarlos. Recuerdo sus frases después de noquear salvajemente a un buen contrincante: "Pobre muchacho. Hizo todo lo que pudo. Pero no tengo más remedio que terminar la pelea de la manera más rápida. Yo subo al ring para pelear y así lo hago. Nunca me he sometido a arreglos, a pesar de haber recibido muchas ofertas tentadoras".

Casi todo lo que se ha escrito sobre las peleas de Sullivan descritas por el mismo es apócrifo. John no era partidario de contar sus proezas en el ring, y muchas veces que nos sentábamos varios amigos con él y discutíamos sus peleas más importantes, permanecía impasible o tomando una copa.

Cuando la discusión alcanzaba proporciones de argumento acalorado, Sullivan llamaba al criado y le decía: "Trae copas y whiskey, muchachos, a ver si se callan estos tontos. A ver, hombre, tomen y no hablen más!"



John L. SULLIVAN en sus buenos tiempos, cuando no tenía rival en el ring.

Años después de haberse retirado del ring y en ocasión de estar ganando mucho dinero con su "show" de revistas, Sullivan supo que Jake Kilrain, uno de sus antiguos contrincantes, estaba pasando necesidades. Lo mandó a buscar y le asignó un sueldo sustancioso como secretario. Esto sorprendió a muchos de sus íntimos, que no habían olvidado la mala acción de Kilrain cuando reclamó el campeonato mundial aprovechando la larva y penosa enfermedad de Sullivan en 1888.

John ripostó a sus amigos de esta manera:

—¿Por qué no he de ayudar a Jake? ¿No peleó 75 rounds conmigo, cosa que no ha hecho ningún otro hombre sobre la tierra?

Y terminaba su peroración con el mandato de ritual:

—¡Mozo, traiga más copas y una botella!

Diez años después de haber noqueado a Paddy Ryan y conquistar el campeonato mundial con la victoria, Sullivan supo que el hombre a quien le había ganado el título estaba en la miseria. Le envió un telegrama, lo abrazó en la estación donde fué a esperarlo, y lo llevó en una de sus "tournée" por los Estados Unidos, llenándole la bolsa generosamente.

Lo mismo hizo con muchos de sus antiguos opositores. Es más, yo lo he visto penetrar en el camerino de un contrario a quien había lastimado en el ring y colocarle en la mano un billete de cien pesos, haciendo abrir de asombro los ojos mortecinos del boxeador semi-inconsciente.

Cuando alguno de sus distintos managers lo increpaba por su generosidad, solía contestar:

—"No seas un bellaco egoísta! No tengo corazón para dar una estropeadura al infeliz y verlo marcharse sin dinero. Mientras tenga plata, no se quedará un contrario mio con el recuerdo de mis golpes solamente!"

Sullivan era por naturaleza el individuo más generoso que he conocido en mis sesenta años de in-

timidad con figuras prominentes del deporte y del teatro. Gastaba sin tasa, y muchas veces en reuniones improvisadas pagaba cuentas de mil y dos mil pesos de bebidas.

Un día estaba sin un centavo y al siguiente portaba una bolsa de varios millares de pesos.

Tenia amigos millonarios que le daban dinero a granel. Quizás en esta liberalidad de sus amigos ricos encontró la enseñanza que lo convirtió en botarate. Su dinero jamás duraba más de una semana en el banco. Muchas veces hacia el propósito de enmendarse y guardar dinero. Iba al banco con un rollo de veinte o treinta mil pesos, y a los cuatro o cinco días el dinero había desaparecido.

Sullivan llegó a enmendarse. Juró solemnemente dejar el alcohol, y cumplió su juramento. Muchas veces, en su era de arrepentimiento, me decía: "—¿Qué tonto he sido. Si hubiese dejado las juergas y el whiskey, hubiese conservado mi campeonato veinte años en lugar de diez. Hubiese ganado más de dos millones de pesos, y cuántas obras públicas no hubiese acometido con ese dinero! Pero he tratado de beberme todo el whiskey que hay en esta América, y ya ves los resultados. Yo no estimo mal que un hombre beba, si lo hace con moderación; pero cuando yo empinaba el codo, no había límite. No fué Corbett quien me derrotó, amigo; ¡fué Su Majestad el Whiskey!"

Y agregaba, lamentando esos momentos débiles que tuvo en su vida:

"El alcohol fué mi perdición. Cuando yo gané a Paddy Ryan yo pesaba 175 libras y en mi sentir me hallaba en magníficas condiciones. Y ahora heme aquí hecho un paquidermo de grasa, de sebo, de gordura. Y todo, producto del whiskey. ¡Maldita sea la bebida! El alcohol arruinó mi vida y mi bolsillo!"

Los últimos tiempos de su vida, ya retirado de la escena y del ring, los pasó este admirado idolo de las multitudes entregado a diversos trabajos en su granja de North Abington, Mass.

Por esta época gustábase hacer él mismo las diversas reformas que constantemente proyectaba en su hogar. Y entregado a estas domésticas tareas se le veía barnizar los muebles, arreglar el techo de la casa, instalar las tuberías y llevar a cabo otros trabajos de ese género. Aquellas tareas eran su mayor distracción.

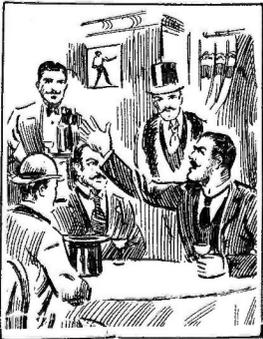
Sullivan en su juventud, antes de dedicarse al boxeo, había sido plomero y había agradado tanto el oficio, que luego, aún en sus días de gloria, recordaba siempre con simpatía aquellos tiempos y de vez en cuando, por puro sport, se le veía manejar con habilidad los instrumentos con que se ganó el pan en su mocedad.

Yo muchas veces me burlaba ante él de esa desmesurada afición que sentía por la instalación de cañerías, diciéndole que cuando yo poseyera una casa lo iba a contratar para que instalara en ella los servicios sanitarios.

—Y lo haré mejor que nadie, —respondía.—Mis conocimientos son científicos. Tengo título de plomero. Pero no de esos plomeros que hay hoy que se dice que a muchos boxeadores, que no saben donde tienen la mano derecha. No te creas que el instalar cañerías es cosa fácil. Hay que poseer, mi amigo, algunos conocimientos científicos. Como les son también precisos a los que se dedican al ring. ¿No ves cómo ahora apenas le dan dos trompadas a muchos de ellos, en seguida se tucpen o se perforan? La cuestión no es sólo dar golpes a diestro y siniestro, como hélice de un barco. Si no hay timón que guíe se está perdido. Y el timón se hace de "punch" y ciencia".

Convengamos en que Sullivan era un gladiador fotográfico.

(En el próximo número finalizarán estos apuntes íntimos, sobre una de las figuras más admiradas y populares del ring, John L. Sullivan).



—"Trae copas y whiskey, muchacho, a ver si se callan estos tontos!"—gritaba JOHN con su vas' estentorea.

1. *io.* De - di

2. *Balero Lento*

p

Es-toy cu-ra-do ya de una pa-sión que mi vi-da lenta

cresc.

men-te con-su-mia ya soy di-cho so

ya mi co-ra-zón no-ha de lla-mar-te vi-da mi a vi-da

pp

1. *mia* *Es-toy cu-* *mi-a* *vi-da* *mi-a-*

2. *molto rit.* *morendo* *pizz.*

pp

BUFONES FAMOSOS

El bufón doméstico parece haber tenido origen en Asia, entre los persas, en Susa y Ecbátana; acaso también en Egipto. Más tarde apareció el bufón de Grecia; luego en Roma, donde se le dió el nombre de "aretólogos"; no siendo otra su misión que la de excitar la risa con ocurrencias chistosas y absurdos discursos.

Los "aretólogos" eran, según Casaubou, unos filósofos pobres, estoicos o cínicos, que frecuentaban los festines de los ricos, "presentándose con la barba inculta, enmarañada y el manto sucio y derrotado", que concurrían a los funerales y que formaban parte del cortejo de los más ilustres romanos.

Suetonio, en la "Vida de Augusto", nos presenta a este emperador llamando en torno de sí a los "aretólogos" para alegrar su mesa. Plutarco en la "Vida de Antonino", refiere que la casa del triunviro, casi siempre cerrada a los generales y a los embalsadores, estaba en todo momento llena de bufones y danzantes encenagados en la crapula.

El bufón doméstico era tan común en la antigüedad, como lo fué en la Edad Media, destacándose entre estos parásitos encargados de producir la hilaridad, el fabulista Esopo, esclavo frigio, al decir de Plautodo, de una fealdad y deformidad repugnante; en la época feudal, cuando la fuerza y la violencia lo avasallaba todo, el bufón que hacía parecer menos alto y menos negros los muros de los castillos, que arrancaba por un momento el espíritu de las duras realidades, era por muchos solicitado y por no pocos retenido, tomando puesto al lado del lebel, del enano o del esmerlejon de las más nobles damas.

Y no sólo en los castillos de que estaba erizada Europa en la Edad Media, sino también en la corte de los príncipes y en los conventos. Los reyes y los príncipes necesitaban en sus palacios, como los señores en sus castillos, y los abades en sus conventos, divertidores de oficio. Por un caso del libro de Samuel, se ha podido entender que

el rey Akisch, del país de Gath, tenía bufones de corte. Salomón tuvo a Marcofo, de "cara ancha y arrugada, de ojos grandes, de ojos ojotas, de nariz aguda, de labios colgantes y barba de chivo. Y hubo bufones en la corte del tirano de Peres: en las de los Hierones, en Sicilia; en la de Filipo, en Macedonia; en la de Atala, en Bérzamo, llegando Antiocho IV, rey de Siria, a mezclarse con sus bufones. En la mesa de Teodorico II, rey de los visigodos de España (443-466) jamás faltó el bufón y sábese que el fiero Atala tenía bufones en su palacio, lo mismo que los soberanos de Constantinopla. En Francia hubo bufones con títulos en el palacio de Luis el Piadoso; en el de Felipe V el Largo; en el de Felipe de Valois; en el de Carlos V el Sabio, y en el de su sucesor. En los reinados de Luis XII y Francisco I, comienza la serie de bufones de corte verdaderamente célebres. Callejo fué el bufón de Luis XII, y el de Francisco I, Triboulet, "loco de mutillada cabeza, frente pequeña, ojos revoltosos, nariz grande y acaballada, espalda alta como bestia de carga y estómago huido y largo". En la corte de Enrique II alcanzo gran fama el bufón Brusquet.

ANECDOTAS Y CURIOSIDADES

LA MEJOR Y MAS ENVIDIABLE DE LAS ESTATUAS

Los diputados de una provincia se presentaron ante el emperador Vespasiano para anunciarle que, por pública decisión, se había destinado un millón de sextercios para levantarle una estatua. Vespasiano amaba el dinero y, tendiéndoles la mano, indicóles: "Poned aquí esa estatua, que el pedestal ya está listo..."

FIESTA JAPONESA

Todos los años se celebra en el Japón la fiesta de las muñecas, en la cual exponen las jóvenes todas las que poseen y compran algunas más. Los niños tienen otra fiesta llamada de las banderas, en la que se les regalan sables, banderas, figuras de guerreros y otros juguetes masculinos.

RAZON DE PESO

El político Mr. Contans, siendo ministro del Interior, veíase de continuo atacado por Rochefort. Un día el implacable libelista acusó a Contans de haber en su juventud asesinado a uno de sus asiados, quien, en efecto, había desaparecido misteriosamente, sin que volviése a saberse de él.

Tal fuerza cobró la leyenda creada por Rochefort que cierto día en la Cámara un diputado reprochó su crimen a Contans, exclamando:—

—Y vuestro asociado, ¿dónde está? ¿Quién descubrirá su paradero?

El ministro, con la mayor sangre fría, replicó:—

—Nadie ha de descubrirlo. ¿Cómo queréis que se descubra si después de haberlo asesinado me lo comí.

Una estrepitosa carcajada resonó en la Cámara, dando al traste con la invención de Rochefort.

DE LO ANTIGUO Y LO MODERNO

INVENTOS ANTIGUOS

Los relojes de agua (clepsídras) se conocen en Egipto desde el año 250.

En 234 Cleobio de Alejandría descubre los órganos hidráulicos.

Arquimedes inventa la espiral, los espejos ustorios, el aerómetro y la polea móvil por el año 200.

HOMBRES SIN PIES

Una raza de hombres sin pies, o poco menos, ha sido descubierta, según se dice, en Nueva Guinea. Viven en medio de los lagos, recorriendo éstos en pequeñas canoas, y habitan en chozas construidas sobre estacas. Sus pies son tan pequeños que pueden considerarse atrofiados y no sirven para andar.

EL PROYECTO DE UNA COMISION

Una expedición norteamericana tiene la esperanza de hacer los siguientes hallazgos en la cuenca del Amazonas:

El merosaurio, reptil gigantesco, cuya mordedura es venenosa.

El pererezo gigantesco, de más de seis metros de alto.

La rana gigantesca que exuda

por su piel un veneno que mata al que lo toca.

Una tribu de indios fosiles que han de ser anatómicamente diferentes de los actuales mortales, y por último, la gigantesca ave llamada taorchacos, tan grande como cincuenta avestruces reunidos.

RASGOS DE MODESTIA

La reina Isabel de Inglaterra visitó al canceller Baun en su modesta casa de Herfort.

—Esta es una casa demasiado pequeña para un hombre como usted!—le dijo.

—Señora, la culpa es de vuestra majestad, que me ha hecho demasiado grande para mi casa—contestó el canceller.

CURIOSIDADES

Una ostra que contenía una perla valorada en 500 dólares, fué encontrada por una muchacha a la orilla de un río escocés, al intentar recoger la pelota de golf con que estaba jugando.

Tres parajes hay donde se encuentra nieve de color verde; uno, cerca del monte Hecla, en Irlanda; otro, a veinte kilómetros al este de la boca del Obi, y el tercero, cerca de Quito.

La temperatura más baja que se conoce es la del aire líquido, comparado con el cual el hielo es tan caliente que lo hace hervir en seguida.

El capitán Perry, al explorar las regiones árticas, encontró una clase de ballenas que producen un sonido agudo y poco armonioso. Los marinos que frecuentan esos parajes llaman a ese sonido "el canto de la ballena".

A veces las esposas de ciertos reyezuelos africanos declaran la huelga del hambre y no comen hasta que él las obliga.

El marabú es un pájaro de la India que puede tragarse una liebre entera.

Hay en la Italia meridional una clase de ratas que trepan a los naranjos, chupan el jugo de las frutas y dejan el resto.

que no está preparada para albergar a vagabundos tan limpios como nosotros! Dá su permiso para que todo el batallón se quede aquí, señor?—preguntó Ike audazmente.

El comandante Knecht se rascó la cabeza.—"Eh, bien!"—dijo al cabo de un rato. Otro saltante! Y

torno a ella se movían la mujer de los espejuelos y el hombre de la barba, examinándola tranquilamente, por todos lados. Y en el centro mismo del salón, en el sitio de honor, también en un pedestal de pino, destacábase el jarrón chino. Stepan Mikhalych se rió los sus dientes, acordándose de los pepinos.

El jarrón estaba limpio, pulidísimo, retuciente; tan lustroso que nadie se hubiera atrevido a tocarlo. En un pedazo de cartón, con

MARRUECOS... (Continuación de la Pág. 52)

por qué no? Los "garçons" se lo han ganado, "pardieu!" También tienen necesidad de un pequeño reposo. "Alors", Ressot, quiere usted llegarse hasta la base y pedir a los coroneles Duvreyer y Beau-

mont que avancen en apoyo, con sus Marroquies y Tiradores?

Se volvió para gritar hacia las líneas que estaban formadas en descenso de armas. "Battalion, guardez-vous! En bivouac!"

El Jarrón...

(Continuación de la Pág. 54)

letras impresas, estaba escrito precisamente lo que contara el abuelo Ilya.

En otra esquina se alzaba la estatua del hombre... completamente desnuda. La gente le pasaba por delante y la miraba—los obreros, los colegiales y la maestra, los hombres y las mujeres—y ninguno de ellos denotaba ver-

güenza. Stepan Mikhalych recorrió todas las habitaciones: mobiliario, cuadros, tapices... y otras estatuas de mármol, desnudas, y muchas otras cosas. Sintió algo inexplicable allí en lo íntimo. Aquellas habitaciones tan limpias, aquellos cuadros, y en todas partes tanta luz...

Cruzando con viveza

Amanecía ya, pero lejos de la enloquecedora Issoual la Legión echada en el suelo dormía como piedras. Distintamente llegaba de las montañas próximas débilmente, un coro canino. Eran los perros de Issoual, y aquel chacal como un cometa que aceleraba su paso en dirección al norte...

lido y resbaloso, Stepan Mikhalych volvió a la primera sala, donde estaban el jarrón chino y las estatuas. Y le pareció como si una especie de vida tierna se desprendiera de las blancas estatuas. En su interior sentía agitarse un goccio insolito. ¿Qué sería? ¿Allo le daba la sensación de un amanecer de primavera, de un amanecer y el día de... ¿Y...?

Seguramente ya Ud. conoce la

LIGA CONTRA EL CÁNCER

Los fines de la Liga están señalados en las tres proposiciones siguientes:

A.—Reunir, distribuir y propagar todos los datos referentes al Cáncer.

La causa del cáncer nos es aún desconocida, y por lo tanto no pueden darse instrucciones terminantes para evitar este mal; pero hay un número de circunstancias que acompañan o preceden a la aparición del cáncer, que si no pueden calificarse de causa directa, por lo menos alguna relación tienen con ella, y es conveniente conocerlas. Por otra parte, el cáncer es una enfermedad local, susceptible de curarse por medios locales y sólo adquiere malignidad cuando invade órganos necesarios para la vida. Cuando se conocen los síntomas incipientes de la enfermedad, hay oportunidad de aplicar los medios de curación y salvar la vida. Estos son los conocimientos que se propone divulgar la Liga:

B.—Fomentar el estudio de las causas del Cáncer.

Para fomentar el estudio de las causas del Cáncer, se propone la Liga la creación de laboratorios de investigaciones, dotándolos de personal que se dedique a estos estudios, reunir estadísticas, casos clínicos; divulgar por medio de la prensa médica todo cuanto pueda contribuir a aumentar nuestro bagaje científico en esta materia, para aportar nuestro grano de arena a la hermosa obra de la curación del Cáncer.

C.—Contribuir al tratamiento del Cáncer en las clases pobres.

Será nuestro deber informar a los enfermos pobres de los recursos de que actualmente dispone la ciencia para la curación del Cáncer, así como organizar centros de diagnóstico al alcance de todos, y hasta la creación de clínicas para el tratamiento de esos enfermos.

Por este bosquejo de programa se comprenderá la necesidad de encauzar todos los esfuerzos en una organización central para que sea eficiente la acción conjunta. La Liga, en primer lugar, apela a la clase médica para reunir afiliados que desinteresadamente cooperen a esta labor y apela a las clases solventes de nuestro país para arbitrar los recursos necesarios para realizar nuestro vasto programa. *Sea usted uno de los que nos ayude en nuestra obra. Mucho se lo agradeceremos.*

A pesar del pronóstico tan adverso del cáncer, no hay motivo para entregarse a la desesperación, pues en sus principios esta enfermedad no sólo es operable sino que puede ser tratado con éxito por medio de los rayos X y del radium.

Lo que si es preciso es no descuidarse; mientras más pronto se someta el enfermo a un tratamiento adecuado, bien sea eléctrico o por el radium, o por una operación, si ésta fuese necesaria, más rápida, más sencilla y más radical será su curación.

La lucha contra el cáncer es desesperada.

Cuántos, en su peregrinación por la vida no caen a medio camino, abatidos por sus salvajes acometidas, y sin poder llegar al término de la ruta natural que debieron recorrer, tienen que abandonar en medio de la más completa desolación a padres, hijos, esposas y demás seres queridos.

El cáncer nos arrebatara ciegame los seres más queridos, más necesarios, y los precipita en la tumba tenebrosa, impasible ante nuestras súplicas, nuestro dolor y nuestra desesperación.

¿Qué familia de las generaciones presentes no ha tenido que lamentar en época cercana la pérdida de una madre, de un padre, de una esposa, o de otro ser querido, muerto en medio de los más atroces dolores a causa de esta enfermedad?

SEA UNO DE LOS NUESTROS, ÚNASE A NUESTRA CRUZADA CIENTÍFICA

CUALQUIER CANTIDAD SERA BIEN RECIBIDA

Para ello llene el siguiente cupón:

Sr. Presidente de la Liga Contra el Cáncer.

Instituto del Cáncer, Habana.

Señor:

Sírvase suscribirme con.....
a esa Institución benéfica.

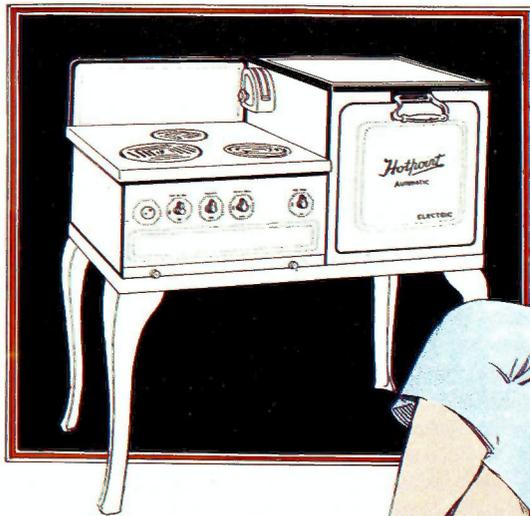
Nombre

Profesión..... Dirección: Calle.....

Nº..... Pueblo.....

Provincia.....

Trabaja por usted!



LA ELECTRICIDAD, la más poderosa palanca de esta época, ha invadido también el hogar moderno, para colmarlo de beneficios y comodidades infinitas.

La cocina eléctrica, es uno de los sectores en el que presta sus más valiosos servicios a la ama de casa.

Además de sus innumerables ventajas, tales como ser más limpia, rápida y segura que la cocina que funcione con cualquier otro combustible, tiene esta incomparable cualidad: Trabaja por Usted!

Y esto lo puede fácilmente comprobar. Presencie una demostración de la moderna

COCINA ELECTRICA

Hotpoint

Compruebe en la práctica como puede Ud. colocar en el horno el menú de una comida completa, fijar el control de temperatura en el tiempo y calor deseado y.... olvidarla. La comida se cocinará automáticamente, mientras Ud. puede descansar o dedicarse a otras ocupaciones.

Sus bajos precios, facilidades de pago y el hecho de ser la instalación COMPLETAMENTE GRATIS, la convierten en una magnífica compra.

Cia. Cubana de Electricidad
A las Ordenes del Público

Nuestra sugerión de HOR

POLLO CON MAIZ AL HORNO

- 2 tazas de maiz tierno de lata.
- 2 tazas de pollo picado.
- un poco de pimienta.
- 1 y media taza de caldo de pollo.
- 3 cucharadas de harina.
- 3 cucharadas de manteca.
- Sal.
- Media taza de apio picado.

Se hace una salsa con el caldo, harina, manteca, sal y pimienta. Se pone en el molde una capa de maiz y otra de pollo y así sucesivamente, a cada capa se le pone un poco de apio picado. Por último se le añade la salsa y se espolvorea con migas de pan.

Tiempo: 40 min. Temperatura: 325° F.



Una vez instalado su cocina, llame a los técnicos de nuestro Departamento de Servicio Técnico para que, sin costo adicional para Ud., todo el tiempo que sea necesario, se explique en el idioma español y en cualquier idioma.

INFORMACIÓN
RESERVAS
Pida una demostración
antes de comprarla.